Vampire at Blackthorn Manor
Series 1

La Maldición Vampírica de Blackthorn Manor



JADE CHRISTY

La maldición del vampiro

en la mansión Blackthorn

Jade Christy

Jade Christy Publishing

Copyright © 2025 by Jade Christy

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin permiso por escrito del editor o del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Índice

1. La Reina Carmesí
2. Sombras del Pasado y Presente
3. Condiciones de Herencia
4. El Paraíso Perdido y el Ocaso
5. Presentando a Adrian de Lanier
6. Planes y Presagios
7. Vino de Sangre y Exploración
8. Ajedrez, Música y Seducción
9. Los Fantasmas
10. La Advertencia de Pierce y los Grimorios
11. El Punto de Vista de Adrian
12. ¿Sueños o Pesadillas?
13. Revelaciones
14. Interrogando al Vampiro
15. Deseos Peligrosos
16. La Mañana Siguiente

17. Poderes Ascendentes
18. El Espejo Mágico
19. Explicaciones
20. Luchando contra La Sorcière Noir
21. Entrenamiento de Brujas
22. Susurros Nocturnos
23. Entrenamiento y los Secretos de la Bruja
24. Capturada
25. La Serie - Vampiro en la Mansión Blackthorn
Sobre el autor

Capítulo Uno

La Reina Carmesí

En mi carrera me he enfrentado a suficientes asesinos como para reconocer ese brillo depredador, esa evaluación calculada de la presa. James Constantin, heredero de la familia criminal más notoria de Boston, cree que está cazándome. No se da cuenta de que soy yo quien lo ha atrapado.

La sonrisa del acusado no llega a sus ojos.

—Señorita Marlowe —su voz tiene esa característica suavidad Constantin, como whisky añejo sobre cristal roto—. Debo decir que ha montado un espectáculo impresionante estas últimas tres semanas. Pero, ¿no es hora de terminar con esta farsa?

Mantengo el contacto visual mientras me acerco al estrado, mis Louboutins negros resonando contra el mármol en la silenciosa sala del tribunal. —Señor Constantin, ¿podría leer la parte resaltada del Documento 47 de la Fiscalía? —coloco el documento frente a él.

Mira el documento y, por una fracción de segundo, su máscara se desliza. Capto el destello de reconocimiento, la microexpresión de miedo. Te pillé, cabrón.

—No recuerdo este documento en particular —dice, pero sus dedos manicurados se tensan sobre el borde del papel.

—Permítame refrescarle la memoria.

Me inclino hacia delante en mi elegante pero sobrio traje de Ralph Lauren, proyectando mi voz para que llegue hasta el fascinado jurado. —Esta es la factura del Restaurante Davio's, con fecha del 15 de septiembre. La noche en que María Santos desapareció —hago una pausa, dejando que la tensión aumente—. ¿Podría leer los artículos pedidos?

El abogado de Constantin se levanta a medias. —Protesto, Señoría. ¿Relevancia?

—La fiscalía ha establecido la afirmación del acusado de que nunca conoció a la señorita Santos —respondo, sin romper el contacto visual con Constantin—. Esta factura, autentificada por los registros del restaurante y las imágenes de seguridad que muestran a ambos cenando juntos esa misma noche, demuestra lo contrario.

El juez Harrison asiente. —Denegada. El testigo responderá.

Constantin lee, su acento de Boston acentuándose con la rabia contenida. —Dos Boulevardiers, un filete mignon poco hecho, una lubina chilena —levanta la mirada, recuperando esa sonrisa depredadora—. Una cena encantadora, señorita Marlowe, pero difícilmente una prueba de asesinato.

—Por favor, continúe leyendo. El pedido del postre.

Aprieta la mandíbula. Ambos sabemos lo que viene.

—Un... pastel de chocolate fundente con coulis de frambuesa.

Recojo un segundo documento de mi mesa. —Y ahora, el Documento 48 de la Fiscalía - los registros médicos de la señorita Santos. ¿Podría leer sus alergias alimentarias indicadas?

—Alergia severa a la frambuesa —lee Constantin, con voz monótona.

Levanto otro documento, el informe de la autopsia. —Su contenido estomacal incluía lubina chilena, chocolate y frambuesa...

El jurado se inclina hacia delante al unísono. Han escuchado testimonios sobre el trágico pasado de María Santos, su leal trabajo para la familia Constantin y luego sus esfuerzos por exponerlos cuando descubrió su corrupción asesina y la muerte de su prima a manos de ellos. Han visto fotos de su apartamento vacío, su coche abandonado. Y el vídeo de ella cenando con Constantin en Davio's la noche de su desaparición. Saben que ha mentido.

Ahora están a punto de escuchar la pieza final.

Me giro hacia el jurado. —Señor Constantin, usted pidió por los dos esa noche, el camarero lo confirmó, y un pastel así solo parece de chocolate. La frambuesa no habría sido evidente para ella.

Antes de que pueda responder, presento la imagen de las grabaciones de seguridad. —Esta imagen le muestra saliendo de

Davio's a las 10:47 p.m. con la víctima tambaleándose a su lado. Nunca más se vuelve a ver a María Santos. Hasta que su cuerpo fue pescado del río —dejo que la implicación flote en el aire—. ¿Le gustaría revisar su declaración sobre no haber socializado nunca con la señorita Santos?

La máscara se rompe por completo. Constantin se abalanza hacia delante, la rabia deformando sus atractivas facciones. —Zorra engreída... Yo te...

—¡Señoría! —la objeción de su abogado llega demasiado tarde.

No retrocedo mientras tres alguaciles se apresuran a contener a Constantin, que se ha abalanzado sobre mí. Los jadeos del jurado llenan la sala, pero mantengo mi posición, columna vertebral de acero y mirada firme. He pasado semanas construyendo este momento, preparando el terreno para que Constantin revelara su verdadera naturaleza.

—La fiscalía concluye su exposición, Señoría.

De vuelta en mi despacho, me quito los tacones y me hundo en mi sillón de cuero. El sol de la tarde pinta el horizonte de Boston en tonos ámbar y carmesí, una vista que apenas he notado estos últimos meses mientras construía el caso Constantin.

—¡Cariño, ha sido magnífico! —Marcus, mi ayudante, entra como una exhalación, llevando mi ritual post-victoria: una caja de chocolates de L.A. Burdick—. Pensé que el pobre señor Constantin iba a combustionar espontáneamente cuando sacaste ese recibo. El jurado prácticamente se desmayó. Sabes que das bastante miedo con esos Louboutins.

Acepto el chocolate con una sonrisa agradecida. —La factura del restaurante fue suerte. El pedido del postre fue arrogancia.

—Mmm, hablando de postres... —Marcus se sienta en mi escritorio, ordenando distraídamente mi colección de plumas estilográficas antiguas y el último catálogo de subastas de Sotheby's—. Ese canazo plateado de Harris & Reed llamó otra vez. Invitación a cenar número tres.

—Paso —muerdo una trufa de chocolate negro, dejando que se derrita en mi lengua—. Después de Constantin, necesito un descanso de hombres mayores hambrientos de poder con agendas ocultas.

—Cariño, sabes que eres impresionante. Todos los hombres intentan conseguir una cita contigo. Mi trabajo secundario es apartarlos —resopla.

—Sí, y la mayoría de los hombres con los que he salido o son aburridos como una ostra, o quieren controlarme, o quieren hacerse fotos con la mejor abogada penalista de la ciudad, algún trofeo para colgar en su pared... en realidad no quieren conocerme. Por supuesto, los hombres de mi edad están demasiado intimidados. Y los jóvenes solo quieren un revolcón. Tiene su momento, pero ninguno ha despertado mi interés.

—Cielo, necesitas un descanso, punto —Marcus coge un expediente, abanicándose dramáticamente—. ¿Cuándo fue la última vez que utilizaste esos días de vacaciones? ¿O leíste algo que no fueran informes judiciales?

Miro con culpabilidad al cajón inferior de mi escritorio, donde mi última novela paranormal romántica está escondida bajo

documentos fiscales. Y pienso en las que tengo junto a mi cama en casa, al lado de una caja de bombones y un vibrador. —Oh, leo.

—Cariño, ambos sabemos que tu colección de placeres culpables no cuenta como relajación cuando estás leyendo capítulos a escondidas entre declaraciones.

No se equivoca. El caso Constantin ha consumido mi vida durante meses, otro más en una interminable serie de procesamientos de muy alto perfil que me han ganado el apodo de "La Reina Carmesí" entre el círculo legal de Boston. Despiadada, susurran. Aterradora. Intocable. Siempre gana sus casos.

No ven las noches solitarias dedicadas a examinar pruebas. Las sesiones de investigación alimentadas con chocolate. El dolor cuando paso junto a galerías y casas de subastas, recordando las tardes que pasé allí con mi madre antes de que el cáncer se la llevara.

Mi mirada se desvía hacia el pequeño cuadro de Degas en mi pared, una de las únicas piezas que conservé de su colección. Muchas de las otras fueron vendidas para pagar tratamientos que no funcionaron.

—Tierra llamando a Charlotte —Marcus agita una mano ante mi cara —. La victoria sobre Constantin es enorme. Tómate un descanso. No tienes ningún otro caso pendiente por el momento. Tienes un gran colchón económico, un pequeño patrimonio familiar, ¡eres impresionante y necesitas un descanso! ¡Hazte un masaje, una limpieza facial, vete a los trópicos!

Se ríe, como solo Marcus puede hacerlo.

—Hablando de verificaciones de antecedentes... —alcanzo el sobre que llegó esta mañana, aún sin abrir—. Mi tía abuela Margaret ha muerto. El despacho de su abogado llamó ayer y dijo que esperara un sobre.

—¿La misteriosa pariente de Salem? —Marcus levanta una ceja perfectamente arreglada—. ¿La que te enviaba esas extrañas tarjetas navideñas con curiosidades históricas cada año?

—Apenas la conocía, pero lamento la noticia. Era excéntrica y estaba distanciada de la familia. Al parecer, soy su única heredera —rompo el sello de cera -¿quién usa sellos de cera hoy en día?- y despliego el grueso papel del interior—. Me ha dejado... —parpadeo, leyendo la línea dos veces—. Blackthorn Manor.

—¿Una casa solariega? ¿Quieres decir, ¿como un castillo? ¿En Salem? —Marcus prácticamente vibra de emoción—. Por favor, dime que es una de esas preciosas mansiones góticas con pasadizos secretos y maldiciones familiares. Quizás puedas venderla por una fortuna.

Salta del escritorio para rodearme y leer el documento.

—Oh, cariño, deberías ir a Salem, echarle un vistazo, buscar un agente inmobiliario, tomarte un descanso. Encontrar un hombre guapísimo que no me haga investigar sus posibles conexiones con la mafia.

Examino el documento, mi pulso acelerándose. —La mansión data de 1750. Mobiliario original, extensa biblioteca, terrenos privados — por primera vez en meses, algo se agita en mi pecho: la misma emoción que sentía de niña descubriendo tesoros en polvorientas salas de subastas con mi madre.

—El momento es perfecto —dice Marcus suavemente—. Acabas de cerrar tu caso más importante. La fiscalía te debe unos diez años de vacaciones. Y Salem está a una hora, ¿no?

Recorro con los dedos la dirección de la mansión, grabada en elegante caligrafía. Un descanso de la política, el crimen y la presión de Boston. Una oportunidad para explorar la historia de nuevo, para honrar el amor de mi madre por el arte y las antigüedades, para honrar a la poca familia que me queda.

—Quizás es hora de un cambio de aires —doy otro mordisco al chocolate, disfrutando del sabor en mi boca.

Marcus sonríe. —¿Me prometes una cosa?

—¿Qué?

—Si encuentras algún hombre guapo y taciturno que podría ser gay viviendo cerca de esta misteriosa mansión, llámame inmediatamente.

Me río y le lanzo un bolígrafo.

Capítulo Dos

Sombras del Pasado y del Presente

París, Hace Quince Años

—El arte nos revela secretos, *ma chérie*.

Observo el reflejo de mi madre en el cristal protector frente a "La Virgen de las Rocas" de Leonardo da Vinci. La iluminación del Louvre captura la plata que comienza a entrelazarse entre su cabello oscuro, haciéndola parecer casi etérea contra el cuadro en sombras.

—¿Qué tipo de secretos? —A los diecisiete años, intento aparentar un aburrimiento sofisticado, pero mi madre ve a través de mí.

Sonríe, señalando la misteriosa caverna oscura detrás de la Virgen María.

—Mira las sombras, los lugares donde la luz teme adentrarse. Los más grandes artistas saben que la belleza a menudo se esconde en la oscuridad. —Su dedo traza el aire sobre las rocas—. ¿Ves cómo

Leonardo usa el *sfumato* para difuminar los límites entre la luz y la sombra? A veces las verdades más importantes existen en esos espacios intermedios.

Me inclino más cerca, olvidándome de parecer indiferente.

—¿Como cuáles?

—Como el hecho de que esta no es la versión original. —Sus ojos brillan—. Hay otra en Londres, pintada primero. Algunos dicen que Leonardo hizo esta segunda versión porque fuerzas oscuras le amenazaron por los símbolos secretos en la primera. —Me guiña un ojo—. Aunque eso podría ser solo un cuento de hadas de historiadores del arte.

—Mamá. —Pongo los ojos en blanco, pero estoy sonriendo—. No todo es una conspiración secreta.

Ella ríe, entrelazando su brazo con el mío.

—Quizás no. Pero, ¿no es la vida más interesante cuando buscas los misterios?

Actualidad

—Mantenme informado, cielo —dice Marcus en nuestra llamada—. Mantendré todo bajo control por teléfono, pero todos saben que ahora estás de "año sabático" por tiempo indefinido. ¡Te lo has ganado! Y me voy a Hawái la semana que viene para ese largo viaje. Pero estaré en contacto si me necesitas, querida. —Cuelga.

Conduzco hacia Salem en mi Mercedes para ver la mansión que he heredado, y he hecho una maleta. También he traído el Degas de mi despacho, una de las pocas posesiones que atesoro de mi madre.

Es la primera aventura que tengo en bastante tiempo, y me siento... libre. Mi vida diaria ha estado llena de tantos criminales, tanta muerte y asesinato, tantas personas oscuras, mentirosas y conspiradoras. Necesito alejarme, y qué mejor que un pueblo pequeño y algo de historia familiar y tesoros. Quizás un masaje y una manicura en el pueblo. Correr por los terrenos de la mansión.

Una vez allí, podré reorganizarme. Tal vez Marcus tenga razón. Podría vender la propiedad por una suma considerable y cambiar el rumbo de mi vida. Pero por ahora, estoy lista para ver de qué trata esta misteriosa casa, y qué tesoros podría descubrir.

Paso el cartel de "Bienvenidos a Salem", la voz de mi madre resonando a través de los años. Su negocio como marchante de arte y casa de subastas creó tantos recuerdos maravillosos en mi infancia. Y, gracias a ella, pasé dos años en París durante la universidad, alimentando mi amor por la historia y el arte antes de estudiar derecho. También se aseguró de que aprendiera a hablar francés desde pequeña. "Debemos conocer otros idiomas para entrar en las mentes y culturas de los demás", solía decir siempre.

Le habría encantado esto: su hija práctica y lógica heredando una misteriosa mansión. Casi puedo oír su risa encantada.

Una ligera lluvia comienza a salpicar mi parabrisas mientras giro hacia carreteras cada vez más estrechas, los suburbios bien cuidados cediendo paso a un bosque antiguo. El GPS tartamudea y luego muere por completo.

—Perfecto —murmuro, sacando el mapa dibujado a mano que proporcionó el despacho del abogado. ¿Quién sigue usando mapas dibujados a mano? El mismo tipo de persona que usa sellos de cera en las cartas, aparentemente.

Otro recuerdo emerge. La última postal coherente de la tía abuela Margaret, hace cinco años, antes de que el Alzheimer se apoderara de ella. El grueso papel crema olía a lavanda y polvo, su letra arácnida relatando la historia de una noble del siglo XVII que supuestamente desapareció en un espejo del gran salón de Blackthorn Manor. "*La historia guarda secretos tan deliciosos, querida Charlotte*", había escrito. "*Uno simplemente debe saber dónde mirar*."

En ese momento sonaba tanto como mi madre que la llamé. Pero era demasiado tarde: el Alzheimer ya la había atrapado. Su cuidadora dijo que pasaba sus días o bien en la cama viendo televisión o, cuando tenía fuerzas, deambulando por los pasillos de la mansión, manteniendo conversaciones con personas que no estaban allí.

La lluvia se intensifica mientras giro hacia Blackthorn Road. Antiguos robles abarrotan el estrecho camino, sus ramas retorcidas formando un dosel que convierte la tarde en crepúsculo. Algo parpadea entre los árboles, probablemente un ciervo, aunque parecía demasiado alto, demasiado fluido en su movimiento.

La mansión aparece de repente, como si se manifestara desde la penumbra misma. Se me corta la respiración.

Blackthorn Manor no tanto se asienta en una pequeña colina como la domina. Tres pisos de piedra azul-negra se elevan hacia agujas góticas y pasarelas de viudas, mientras enormes ventanas miran

hacia fuera como ojos sin párpados. Las gárgolas se acurrucan en cada esquina, sus rostros de piedra desgastados hasta formar expresiones inquietantemente lisas por siglos de clima. Toda la estructura habla de dinero antiguo, secretos antiguos y poder antiguo.

Es el edificio más hermoso que he visto jamás.

Un Lexus plateado espera en la entrada circular, y junto a él un hombre nervioso con un traje impecable de color carbón sosteniendo un paraguas. Se endereza cuando aparco, pero no se acerca.

—¿Señorita Marlowe? ¿Señorita Charlotte Marlowe? —grita sobre la lluvia—. Harrison Pierce, de Blackwood & Pierce. Hablamos por teléfono.

Agarro mi maletín y me apresuro a través de la lluvia para compartir su paraguas. De cerca, noto que está sudando a pesar del día fresco. Sus ojos parecen nerviosos.

—Mal tiempo para buscar casa —dice, intentando sonreír.

—No estoy buscando. La poseo, según la carta de su firma.

—Sí, bueno. —Forcejea con su maletín—. Hay algunos... documentos adicionales que debería revisar antes de tomar cualquier decisión. Quizás podríamos encontrar una cafetería agradable en el pueblo.

Estudio la fachada de la mansión. Intrincadas tallas enmarcan cada ventana... ¿son esas runas mezcladas con los adornos decorativos?

—Preferiría revisar todo dentro. Seguro que la tía Margaret tenía un estudio o biblioteca, ¿no?

Pierce se queda muy quieto.

—Señorita Marlowe, no entraré en esta mansión. Realmente debo insistir...

—Señor Pierce. —Uso mi voz de tribunal—. Acabo de conducir una hora bajo la lluvia. Poseo esta propiedad, según su firma. O me da las llaves y la documentación, o llamaré a su socio principal y le preguntaré por qué está obstaculizando mi herencia.

Palidece.

—No lo entiende. No estoy obstaculizando. Hay... complicaciones. Y no entraré.

—Estoy aquí por la casa que he heredado. Quizás quiera ponerla a la venta, pero por ahora, estoy aquí para evaluarla.

—Podría tener dificultades para conseguir que alguien la liste... —mira nerviosamente entre yo y la mansión—. Es... complicado, como empezaba a explicar.

—Soy una fiscal penal que acaba de encerrar al señor del crimen más peligroso de Boston. Desayuno complicaciones.

Pierce me mira durante un largo momento, luego saca lentamente una antigua llave de hierro de su bolsillo. Mide al menos veinte

centímetros, elaboradamente forjada con símbolos que coinciden con los de las ventanas.

—La propiedad pasó a usted en el momento en que su tía murió —dice en voz baja—. Pero señorita Marlowe... hay condiciones estrictas.

—¿Qué tipo de condiciones?

Me entrega un sobre grueso, con las manos temblando ligeramente.

—Lea estos documentos una vez que esté dentro. Completos, por favor, con atención. Y... —Mira al cielo oscurecido—. ¡Es imperativo! No deje que se ponga el sol antes de tomar su decisión.

—¿Decisión sobre qué?

Pero Pierce ya se apresura hacia su coche.

—Mi tarjeta está en el sobre. Llámeme con su decisión, señorita Marlowe. Por favor.

Veo sus luces traseras desaparecer en la penumbra, luego me vuelvo hacia la mansión. La llave se siente pesada en mi mano, vibrando con una sutil vibración que descarto como imaginación inducida por los nervios.

Subo los escalones de la entrada. La puerta principal es una cosa masiva de roble y hierro. La llave se desliza suavemente, como si la cerradura hubiera sido aceitada recientemente, pero necesito toda mi fuerza para girarla. Algo dentro de la puerta hace clic, luego clic

de nuevo, y otra vez —una secuencia imposiblemente larga de mecanismos cayendo.

La puerta se abre sobre bisagras silenciosas.

El vestíbulo de entrada se eleva tres pisos hasta una cúpula de vidrieras, ahora oscurecida por la lluvia. Una gran escalera se curva hacia los pisos superiores, su barandilla tallada con más de esos extraños símbolos. Pinturas al óleo cubren las paredes —siglos de hombres y mujeres de rostro severo en vestimenta histórica. Sus ojos parecen seguirme mientras entro.

"*Los más grandes artistas saben que la belleza a menudo se esconde en la oscuridad*." La voz de mi madre susurra desde el recuerdo.

Un espejo enorme domina la pared del fondo, su superficie plateada empañada con un extraño patrón arremolinado. ¿Era este el espejo de la historia de la tía Margaret? Me acerco, atraída por la extraña forma en que refleja la habitación... ¿esas sombras se mueven de manera diferente a como deberían?

Algo se mueve en mi visión periférica. Me giro, pero no hay nada allí. Solo el retrato de un hombre apuesto en vestimenta victoriana, sus ojos de un inusual tono negro y ámbar.

Un trueno retumba en lo alto. La cúpula de vidrieras se ilumina brevemente con un relámpago, proyectando sombras prismáticas que danzan por el suelo como pasos fantasmales.

Encuentro un interruptor de luz, y funciona. Gracias a Dios.

Aferrando el sobre que Pierce me dio, mi formación jurídica está en guerra con instintos que no sabía que tenía. La parte racional de mi mente cataloga posibles explicaciones: las casas viejas crujen, las tormentas juegan trucos con la luz, el estrés hace que la imaginación se desboque.

Pero otra parte, quizás la parte que heredó el amor por los misterios de mi madre y la fascinación por los secretos de mi tía, susurra que he entrado en uno de esos espacios intermedios. Donde la luz encuentra la sombra. Donde la verdad se difumina en leyenda. Un lugar de aventura y misterio.

Donde todo podría ser posible.

Miro mi reloj. Tres horas hasta el atardecer. ¿Qué habrá querido decir el abogado sobre leer los documentos antes de que se ponga el sol?

Es hora de descubrir qué complicaciones asustaban tanto a Harrison Pierce.

Capítulo Tres

Condiciones de la Herencia

Encuentro el despacho en la planta baja hacia el este, con el gran sobre en la mano.

La habitación parece haberse congelado en el tiempo. Pesadas cortinas de terciopelo enmarcan ventanas azotadas por la lluvia, mientras que estanterías del suelo al techo se doblan bajo el peso de volúmenes encuadernados en piel. Un escritorio masivo domina la estancia, su superficie cubierta de papeles sujetos por cristales y curiosos objetos metálicos que no logro identificar.

Me hundo en el sillón de cuero detrás del escritorio, rebuscando en mi bolso por chocolate de emergencia. El envoltorio dorado de mi tableta de chocolate negro Godiva refleja la luz de una lámpara cercana que no recuerdo haber encendido.

—Al menos la tía Margaret apreciaba una buena iluminación —murmuro, intentando ignorar cómo el cálido resplandor de la lámpara no llega del todo a las esquinas de la habitación, donde las sombras parecen acumularse y moverse.

Abro el gran sobre. Contiene varios documentos, todos en el mismo papel cremoso y pesado que la notificación original. La primera página lleva el membrete de Blackwood & Pierce, Abogados, Est. 1789. Debajo, en elaborada caligrafía:

RESPECTO A LAS CONDICIONES DE HERENCIA DE MANSIÓN BLACKTHORN

Parto un trozo de chocolate, dejando que se derrita en mi lengua mientras leo:

Estimada Srta. Marlowe,

Como albaceas del patrimonio de su tía abuela Margaret, estamos obligados por un antiguo pacto a informarle de las siguientes condiciones relativas a su herencia de Mansión Blackthorn:

1. La propiedad debe ser siempre posesión de un descendiente de sangre del linaje original Blackthorn.

2. Ninguna porción de la propiedad puede ser vendida, arrendada o transferida de cualquier otra forma a terceros.

Bueno, ahí va mi idea de vender la propiedad, pienso, dando otro mordisco al chocolate.

3. Ciertas habitaciones (marcadas con el sello centinela) deben permanecer cerradas entre la puesta y la salida del sol.

4. La sección restringida de la biblioteca (identificada por encuadernaciones rojas) no debe ser accedida sin la debida

preparación y protección.

5. El espejo en el gran salón debe permanecer cubierto durante la luna nueva.

6. Las líneas de sal en ventanas y puertas deben mantenerse estrictamente.

7. Los—

Un repentino escalofrío recorre la habitación, dispersando los papeles por el escritorio. La lámpara parpadea una, dos veces, y luego se estabiliza.

—¿Hola? —llamo, orgullosa de lo firme que suena mi voz—. ¿Hay alguien ahí?

Algo se mueve en mi visión periférica: una mujer con un vestido largo, que aparece y desaparece tan rápidamente que podría haberla imaginado. Excepto que...

El aire ahora huele a lavanda.

—¿Tía Margaret? —La palabra sale apenas como un susurro. Realmente no creo que pueda ser ella, pero es lo primero que me viene a la mente.

Una suave risa hace eco desde la puerta, seguida por el crujido de faldas moviéndose por el pasillo. Sin pensarlo conscientemente, me pongo de pie y sigo el sonido. Alguien debe estar en la casa. Ha estado abandonada desde su muerte, y he oído hablar de okupas

que intentan apoderarse de las propiedades. O quizás algunos estudiantes de instituto están haciendo travesuras.

El pasillo se extiende ante mí, flanqueado por más retratos. Podría jurar que sus ojos siguen mis movimientos, pero me obligo a concentrarme en el sonido de pasos que se alejan y el persistente aroma a lavanda.

—¡Espera! —exclamo mientras la presencia invisible dobla una esquina. Me apresuro hacia delante, rodeo la curva y me detengo en seco.

Una joven con un vestido victoriano se encuentra al final del pasillo, semitransparente en la gris luz de la tarde. No es la tía Margaret. ¿Es esta chica un fantasma (y me obligo a pensar en esa palabra, porque no creo que crea en fantasmas)? Parece tener unos veinte años, con un rostro dulce y ojos tristes.

—No deberías estar aquí —dice, su voz como el viento entre las hojas—. No es seguro.

Antes de que pueda responder, otra voz se une a la conversación: más mayor, severa, proveniente de detrás de mí.

—¡Emily! Sabes que no debemos...

Me giro para enfrentar a la segunda voz. Este fantasma es más viejo, vestido como habría estado una ama de llaves hace un siglo. Mira al fantasma más joven con expresión de desaprobación.

—Pero señora Graves —protesta la joven fantasma, Emily—, ¡debemos advertirle! Antes de que...

—¡Basta! —La temperatura baja aún más mientras la señora Graves avanza—. Vuelve a tu lugar correspondiente, Emily. Conoces las reglas.

La forma de Emily vacila como humo en el viento.

—Lo siento —me susurra—. Pero por favor... lee las condiciones con atención. Todas ellas. Antes del atardecer. Antes de que él...

Desaparece a mitad de frase, dejando solo un leve rastro de lavanda en el aire. La señora Graves me dirige una mirada que de alguna manera logra transmitir tanto compasión como advertencia antes de desvanecerse también.

Mi formación jurídica se activa, tratando de racionalizar lo que acabo de presenciar. ¿Alucinación por estrés? ¿Bajo nivel de azúcar en sangre? Diablos, tal vez Pierce me drogó de alguna manera.

Pero en el fondo, en un lugar que recuerda las palabras de mi madre sobre secretos en las sombras, sé que lo que vi era real. Eran fantasmas.

Una tabla del suelo cruje detrás de mí.

Me doy la vuelta rápidamente, esperando otro fantasma, pero esta presencia se siente diferente. Sólida. Poderosa. Una sombra se mueve en el extremo lejano del pasillo, demasiado alta para ser humana, demasiado elegante para ser natural. Durante una fracción de segundo, vislumbro ojos brillando en la oscuridad, del mismo inusual ámbar que el hombre del retrato victoriano.

Luego desaparece, dejando solo la impresión de estar siendo observada. Estudiada. Evaluada.

Mi corazón late con fuerza mientras regreso apresuradamente al despacho, obligándome a caminar en lugar de correr. Los papeles dispersos han vuelto misteriosamente a formar una pulcra pila sobre el escritorio. Extraño.

Me siento, parto otro trozo de chocolate (mis manos no están temblando, me digo firmemente) y continúo leyendo donde lo dejé:

7. Los círculos de atadura en el sótano deben permanecer intactos.

8. Debes reconocer y aceptar la presencia de los otros... residentes de la mansión. Bueno, ya los he conocido, ¿no?

9. Nunca debes invitar a nadie después del atardecer sin la protección adecuada.

10. Lo más importante, debes decidir antes de tu primer atardecer en la mansión si aceptas estas condiciones y te vinculas a Mansión Blackthorn, o renuncias a todo derecho sobre la propiedad.

Ten en cuenta: Una vez tomada, esta decisión no puede deshacerse. Las consecuencias de aceptar van mucho más allá de la mera propiedad. Las consecuencias de rechazar... es mejor no discutirlas por escrito.

Si aceptas, pronuncia estas palabras exactamente como están escritas:

"Yo, [nombre completo], heredera de la sangre Blackthorn, acepto las condiciones de la mansión y reclamo mi legítimo lugar como su guardiana. Que el pacto sea renovado, las barreras mantenidas y el equilibrio preservado. Lo que fue atado permanecerá atado."

Si rechazas, simplemente abandona la propiedad antes del atardecer y contacta con nuestra oficina. Nos encargaremos de todos los trámites necesarios.

Elige sabiamente, Srta. Marlowe.

Con grave preocupación,

Harrison Pierce
Socio Principal, Blackwood & Pierce

Sigue una posdata en diferente caligrafía, más temblorosa pero de algún modo más autoritaria:

Mi queridísima sobrina-nieta,

Si estás leyendo esto, entonces me he ido y la carga de la elección ha pasado a ti. Debes saber que, sea cual sea tu decisión, estás más segura marchándote antes del atardecer que quedándote sin pronunciar la aceptación.

Pero también debes saber esto: tienes el corazón de tu madre y mi sangre. Ves lo que otros pasan por alto. Temes lo que otros deberían temer, y no temes lo que otros temen. Eres muy especial.

La mansión te ha estado esperando, querida Charlotte. Espero que decidas quedarte.

Con todo mi cariño,

Tía Margaret

P.D. Si aceptas, mira detrás de la copia de "El Paraíso Perdido" en la biblioteca. Y recuerda: algunos residentes son más peligrosos que otros, pero no siempre de las formas que podrías esperar.

Un trueno retumba sobre mi cabeza cuando termino de leer. La luz de la lámpara se atenúa, aunque no la he tocado. Cuando miro mi reloj, se me corta la respiración.

Treinta minutos hasta el atardecer.

Una elección que tomar.

Y en algún lugar entre las sombras que se acumulan, puedo sentir esos ojos ambarinos observando, esperando para ver qué decidiré.

Capítulo Cuatro

El paraíso perdido y el ocaso

Compruebo mi reloj otra vez. Veintisiete minutos hasta la puesta de sol.

La parte racional de mi mente —la que me ha llevado por Harvard Law y por innumerables casos difíciles— me grita que huya. Que me suba al coche. Que conduzca de vuelta a Boston. Que deje que Harrison Pierce se encargue de esta locura, sea lo que sea.

Pero otra voz susurra entre mis pensamientos, una mezcla del amor de mi madre por los misterios y algo más antiguo, algo que siento como si hubiera estado dormido en mi sangre. Realmente amo la aventura y los misterios, y he dejado esto de lado durante demasiado tiempo. Esta podría ser una oportunidad en el momento adecuado. Me está llamando.

Miro el post scriptum de nuevo:

"La mansión te ha estado esperando, Charlotte".

¿Cómo puedo simplemente abandonar esta intrigante mansión y todos los tesoros familiares invaluables que seguramente hay dentro? ¿Cómo puedo dar la espalda a mi sangre familiar? Puedo regresar a Boston, sin haber tomado días de vacaciones, y continuar penosamente con mi próximo caso criminal, dejando que la vida me desgaste mientras gano el siguiente caso desagradable. O puedo quedarme aquí, asumir cierta responsabilidad, investigar la casa y comenzar una aventura. Seguramente después de unas vacaciones, encontraré una solución y este podrá ser mi segundo hogar, ¿quizás una casa de vacaciones?

Me levanto, con mi decisión tomada, y me enfrento a la habitación que se oscurece. Mi voz suena más fuerte de lo que esperaba:

"Yo, Charlotte Elizabeth Blackwood Marlowe, heredera de la sangre Blackthorn, acepto las condiciones de la mansión y reclamo mi legítimo lugar como su guardiana. Que el pacto sea renovado, las barreras mantenidas y el equilibrio preservado. Lo que fue atado permanecerá atado".

La habitación... cambia. No hay otra palabra para describirlo. El aire se espesa, luego pulsa con una resonancia silenciosa que hace que me duelan los dientes. Las sombras en las esquinas se retuercen como seres vivos, luego se asientan en nuevos patrones. Incluso los libros encuadernados en piel parecen exhalar. Suena un trueno.

Algo fundamental ha cambiado —no solo en la mansión, sino en mí. Puedo sentirlo, una nueva conciencia zumbando bajo mi piel.

—Bien —murmuro, agarrando mi chocolate y los documentos—. El Paraíso Perdido.

Encuentro la biblioteca, no muy lejos por el pasillo ricamente decorado. Las puertas de la biblioteca se abren sin hacer ruido a mi contacto. La sala más allá es inmensa, dos pisos de libros que se elevan hacia las sombras. Una escalera de caracol se curva hacia el nivel superior, con barandillas de hierro forjado con más de esos misteriosos símbolos.

Encontrar el clásico de Milton lleva más tiempo del que debería —los libros parecen tener su propio sistema de organización que desafía tanto el sistema decimal Dewey como el sentido común—. La tormenta continúa desatándose fuera mientras subo las escaleras hacia el nivel superior. Finalmente, veo el gastado lomo de cuero.

El libro se desliza suavemente, revelando un pequeño nicho en la pared detrás. Dentro hay un antiguo diario de cuero y una pequeña caja de madera tallada con símbolos protectores.

La primera página del diario tiene una sola línea con la letra de la tía Margaret:

Para la nueva Guardiana - todo lo que aprendí demasiado tarde.

Abro la caja. Dentro, anidada sobre terciopelo rojo, yace una llave de plata diferente a cualquiera que haya visto. Su cabeza está tallada en forma de rosa, pero los pétalos están bordeados con espinas. El eje parece estar inscrito con los mismos símbolos que he visto por toda la mansión.

Una nota metida bajo la llave dice: *"Para la puerta que él guarda. Úsala solo en caso de extrema necesidad".*

Las páginas del diario están llenas de la caligrafía araña de la tía Margaret, diagramas, hierbas prensadas y lo que parecen ser notas de vigilancia sobre los "residentes" de la mansión. Mis ojos captan frases aleatorias:

...La verdadera naturaleza de Adrian sigue siendo compleja. Protege la mansión, pero sus motivos...

...La muerte de Emily no fue un accidente, a pesar de lo que afirman los registros...

...La señora Graves sabe más de lo que revela sobre los círculos de vinculación...

...La magia de sangre deja rastros. Los espejos recuerdan...

La última página contiene otra nota, dirigida a mí, escrita con mano temblorosa:

Mi queridísima Charlotte,

Si estás leyendo esto, has aceptado el papel de guardiana. Bien. La mansión eligió correctamente. Tú elegiste bien.

Hay tanto que contarte. Confía en tus instintos. Cuestiona todo. No hagas promesas precipitadas.

Lo más importante: el de ojos ámbar está ligado por reglas más antiguas que la propia mansión. Apréndelas. Úsalas. Pero nunca olvides que las cadenas de magia, como las cadenas de la ley, tienen lagunas.

Los fantasmas te ayudarán, a su manera. Los espejos mostrarán la verdad, si aprendes a mirar correctamente. La biblioteca contiene respuestas, pero algunos libros muerden.

Sé valiente, sé inteligente, y sobre todo...

Las palabras finales faltan, la página está rasgada.

Genial... ¿sobre todo qué?

Una tabla del suelo cruje detrás de mí. Las sombras de la biblioteca se profundizan, reuniéndose en una forma alta y elegante. Me giro lentamente, con el corazón acelerado.

Un hombre está parado en la base de la escalera de caracol. No... no es un hombre. Su belleza sobrenatural lo marca como algo mucho más peligroso. Con más de metro ochenta de altura, domina el espacio con presencia aristocrática, su poderosa figura envuelta en elegancia del siglo XVIII —una camisa de seda blanca abierta en la garganta, calzones ajustados y brillantes botas negras que le llegan hasta las rodillas—.

El cabello oscuro cae en una cola de caballo suelta por su espalda, con mechones rebeldes enmarcando características que harían llorar a Miguel Ángel. Pero son sus ojos los que me dejan sin aliento —profundos como estanques de medianoche con anillos de ámbar ardiente, guardando siglos de secretos y un hambre apenas contenida—. El poder irradia de él como fuego frío, antiguo y depredador.

Algo se agita en lo más profundo de mi ser mientras contemplo esta visión de belleza oscura. Incluso desde el piso de abajo, su mirada

me clava como un toque físico, lo suficientemente intenso como para enviar electricidad bailando sobre mi piel.

—Señorita Marlowe —su voz es como miel oscura sobre acero con un ligero acento—. Bienvenida a la mansión Blackthorn. Tenemos mucho de qué hablar.

El sol se pone.

Capítulo Cinco

Presentando a Adrian de Lanier

El aire de la biblioteca se cristaliza con su presencia. Incluso desde el nivel superior, puedo sentir el peso de los siglos en su mirada y en su cuerpo.

—Señorita Marlowe —repite mi nombre como si lo estuviera saboreando—. ¿O quizás... Charlotte? —Su acento francés se curva alrededor de las sílabas, sutil pero inconfundible.

Agarro con más fuerza el diario de tía Margaret.

—¿Y usted quién demonios es?

—¡Ese vocabulario! —Esboza una ligera sonrisa burlona.

—Permítame presentarme. Soy Adrian de Lanier, a su servicio —ejecuta una pequeña reverencia, un gesto tan perfectamente aristocrático que pertenece a Versalles—. Aunque creo que ya ha reclamado la propiedad de mi... residencia.

—¿Su residencia? —Arqueo una ceja, canalizando mi confianza de tribunal—. La escritura y los documentos de herencia indican lo contrario. Esta es ahora mi residencia, señor.

Una sonrisa juguetea en las comisuras de su boca.

—Ah, pero la propiedad legal y la verdadera posesión no siempre son lo mismo, *n'est-ce pas*?

—En efecto, no lo son —respondo en francés, observando cómo sus ojos se agudizan con interés—. Pero la posesión sin derecho es simplemente una intrusión, *monsieur*.

Se ríe, un sonido rico y peligroso como un vino añejo. Su risa va directamente a mi corazón. ¿Cómo puede un ser tan hermoso tener esa risa tan rica?

—Su acento es bastante bueno, *mademoiselle*. Aunque quizás más parisino que mis propios orígenes provenzales.

—Mi madre prefería los dialectos del norte —comienzo a descender por la escalera de caracol para enfrentarme a él directamente. No me va a intimidar, aunque estoy nerviosa. ¿A qué me enfrento aquí? —. Pero no estamos aquí para hablar de lingüística francesa. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo ha entrado? Voy a tener que pedirle que abandone mi casa, *monsieur*.

—¿Tu casa? —Ahora parece enfadado. Estoy al pie de las escaleras, y él se mueve con una velocidad imposiblemente rápida para colocarse frente a mí—. *Mon chérie*, he habitado en Blackthorn Manor desde antes de que naciera la tatarabuela de tu tatarabuela.

Me obligo a no tambalearme ante su repentina proximidad. De cerca, su belleza sobrenatural es casi dolorosa de contemplar: rasgos clásicos que harían llorar a los escultores renacentistas, esos extraordinarios ojos que me penetran y un aire de elegante peligro que hace gritar a todos mis instintos de supervivencia. Siento su energía y su poder; la habitación vibra con ello.

Pero no me convertí en la fiscal penal más joven de Boston retrocediendo ante hombres peligrosos.

—Entonces puede explicarme algo —continúo, cada palabra medida y tranquila mientras miro directamente a sus ojos hambrientos—. ¿Por qué el diario de mi tía le llamaba «el de los ojos ámbar»? ¿Qué reglas le atan? ¿Y qué hay detrás de esa puerta cerrada que usted vigila? ¿Son correctas mis suposiciones, *monsieur*?

Su expresión parpadea —¿sorpresa? ¿respeto?— antes de transformarse en una cuidadosa neutralidad.

—Bastante directa, ¿verdad? Aunque quizás no tan observadora como crees.

—¿Oh? Solo he tenido unos minutos para ojear el diario, pero sé lo suficiente para pedir una explicación.

—Has hecho tres preguntas, no «algo». Y estás sujetando ese diario como un escudo, pero te has colocado más cerca de mí que de la salida. Curiosos instintos para alguien tan... nueva en nuestro mundo.

Hace una pausa mientras me observa.

—Y vaya, tú —su voz se vuelve aterciopelada—, hueles absolutamente embriagadora.

—No llevo perfume, *monsieur* —mantengo mi voz firme a pesar del escalofrío que sus palabras me provocan.

—¿Perfume? —Una risa oscura—. No, *mon chérie*, hablo de algo mucho más... esencial —inhala profundamente otra vez, con los ojos entrecerrados en una muestra de placer que debería asustarme pero que, en cambio, acelera mi pulso—. Tu sangre canta.

Ahora estamos a menos de un brazo de distancia, el aire entre nosotros chisporrotea con una peligrosa electricidad.

—Es curioso que no tengas miedo. Aunque tu corazón late más rápido —murmura.

—No tengo miedo —digo, aunque sé que es una pequeña mentira—. Este es ahora mi hogar, y lo defenderé, incluso de ti.

Su mano se levanta hacia mi pelo, el gesto casi reverente.

—Como fuego y seda —murmura, con los dedos recorriendo los mechones castaño rojizos. Cuando su frío tacto roza mi mejilla, el poder vibra entre nosotros como un acorde pulsado—. Tan cálida. Tan... viva.

Me niego a dar un paso atrás, aunque mis mejillas se sonrojan bajo su caricia. Que sienta el calor de mi piel. Que sepa que, aunque su contacto me estremece, no me hace débil.

—Charlotte, o eres muy valiente... —Se acerca un centímetro más, trayendo consigo un aroma de rosas invernales y aire nocturno—. O muy insensata.

—O quizás —sostengo su mirada con firmeza—, he aprendido que los hombres que intentan intimidar suelen hacerlo porque carecen de verdadero poder.

Sus ojos brillan con algo antiguo y depredador. Entonces lo veo. Un atisbo de colmillos se muestra en su ira. Sus ojos son pozos negros con ámbar. La temperatura desciende varios grados más.

—Le aseguro, señorita Marlowe, que no carezco de poder.

Los libros cercanos traquetean en sus estantes. Las sombras se retuercen por las paredes. Todos mis instintos me gritan que corra, que me someta, que aparte la mirada del hambre inhumana de sus ojos.

En lugar de eso, mantengo mi posición.

—Entonces, ¿por qué está atado aquí? —Mantengo mi voz suave, pero la pregunta cae como un golpe—. ¿Qué cadena le retiene, monsieur de Lanier? ¿Qué maldición le exige que haga de perro guardián de una puerta cerrada?

Las sombras se congelan. Él entorna los ojos.

—No sabes nada.

—Sé que las maldiciones, como las leyes, requieren un lenguaje específico. Condiciones precisas —estoy lo suficientemente cerca de él como para tener que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, pero no me dejaré intimidar—. Sé que tu presencia aquí está de algún modo ligada a las condiciones que acabo de aceptar. Y sé que tienes respuestas. ¡Tengo derecho a saber!

—Conocimiento peligroso, *mon chérie* —su voz se ha vuelto baja, hipnótica. Parte de la ira ha desaparecido—. Algunas puertas es mejor dejarlas sin abrir. Algunas preguntas es mejor dejarlas sin formular.

—Eso lo dice el hombre atado por las reglas de otro —arqueo una ceja—. ¿Disfrutaste viendo cómo la última Guardiana se consumía? ¿Le advertiste sobre el precio de la ignorancia?

Su mano se mueve más rápido que el pensamiento, atrapando mi barbilla. Su tacto es fresco pero no frío, enviando escalofríos eléctricos por mi piel.

—No hables de lo que no entiendes.

—Entonces ayúdame a entenderlo —no me aparto de su agarre, aunque mi corazón late con tanta fuerza que duele. Admito que me gusta su tacto sobre mí. ¿Estoy loca?

—Sea cual sea el juego al que estás jugando, sea cual sea el papel al que te han obligado... ahora yo formo parte de él. Tomé mi decisión. Pronuncié las palabras. Así que, o me dices lo que necesito saber, o...

—¿O? —Su pulgar roza mi labio inferior, y siento una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. El gesto de esta hermosa criatura es tanto amenaza como caricia. ¿Qué me pasa? Me pregunto cómo se sentirían sus manos sobre mi cuerpo, cómo se sentiría en un abrazo. Me concentro de nuevo en la conversación.

—O... acepta que tu nueva Guardiana podría ser lo suficientemente inteligente como para descubrirlo por sí misma —sonrío—. Aunque no puedo prometerte que te guste lo que descubra.

Me estudia durante un largo momento, algo complicado moviéndose detrás de esos ojos antiguos. Luego me suelta con una suave risa y da un paso atrás.

—Inteligente, sin duda —retrocede, ejecutando otra pequeña reverencia—. Quizás demasiado. Dime, ¿ejercías el derecho antes de venir aquí?

—Soy fiscal penal. Actualmente de... excedencia.

—Ah, eso explica la técnica de interrogatorio —su sonrisa muestra un leve indicio de colmillo—. Aunque deberías saber, *chérie*, que tus métodos habituales pueden no servirte aquí. Las leyes humanas tienen poco poder sobre las criaturas de las sombras.

Tomo aire. Tanto que aprender, tanto que asimilar.

—Entonces edúcame —señalo la biblioteca que nos rodea—. Claramente eres un gran lector. Probablemente pases mucho tiempo aquí, dadas tus... restricciones.

Sus ojos centellean ante la palabra.

—¿Crees que puedes provocarme para que revele secretos? Inténtalo de nuevo.

—Creo que después de dos siglos de aislamiento, podrías disfrutar debatiendo con alguien que no te teme.

Se queda muy quieto.

—¿Dos siglos? ¿Qué te hace mencionar específicamente ese número?

Golpeo levemente el diario de tía Margaret.

—Tu forma de moverte, tu forma de hablar, tu forma de vestir... eres aristocracia francesa, pero hay algo arcaico en tus modales. No del todo moderno, pero no tan formal como el *ancien régime*. Te situaría en torno a la Revolución. ¿Huiste a las Colonias durante el Terror?

—*Ma foi,* —murmura, pareciendo sorprendido—. Quizás la mansión eligió bien.

—Estás evitando la pregunta.

—Y tú estás evitando varios hechos bastante importantes — comienza a rodearme lentamente, como un depredador evaluando a una presa particularmente interesante—. Como lo que soy. Lo que realmente habita bajo esta mansión. Por qué las líneas de sal y los círculos de contención aparecen tan prominentemente en tus condiciones de herencia.

Giro con él, siguiendo su movimiento como el depredador que es.

—Supongo que me lo dirás cuando estés listo. Después de todo, si tuvieras la intención de hacerme daño inmediatamente, no estaríamos manteniendo esta conversación.

—Qué confianza —ronronea, recorriéndome con la mirada con deliberada lentitud. Sus ojos se posan en mis labios, bajan por mi cuerpo con un calor que hace que mi piel hormiguee—. Qué fuego en alguien tan... exquisita.

Mantengo mi posición mientras él me rodea, cada nervio consciente de su presencia. Debería sentirse amenazante —este acecho grácil, esta descarada evaluación física. En cambio, envía electricidad bailando por mi columna vertebral, acumulándose en mi interior.

Ningún hombre ha creado jamás este tipo de excitación en mí.

Completa su círculo, terminando lo suficientemente cerca como para que pueda respirar su aroma de rosas invernales.

—Dime, *ma belle* —su voz desciende a miel oscura—, ¿no hay nada que te asuste?

—Muchas cosas me asustan —encuentro su mirada hambrienta—. El miedo simplemente no me controla.

—¿No? —Se inclina, sus labios casi rozando mi oreja—. Entonces, ¿por qué late tan rápido tu corazón, *mon chérie*?

Las palabras susurradas me provocan un escalofrío, no enteramente de miedo.

—Quizás estoy emocionada.

Se aparta bruscamente, la sorpresa rompiendo su cuidadoso control. Luego se ríe, un sonido tanto encantado como oscuramente peligroso.

—Oh, vas a ser un problema. Un delicioso problema.

Me mira nuevamente con hambre.

Luego sacude la cabeza.

—Muy bien, hagamos un trato, tú y yo. Por cada verdad que descubras sobre este lugar, sobre lo que habita aquí, las reglas y los secretos, confirmaré o corregiré tu comprensión. Pero no te daré simplemente las respuestas.

—¿Y a cambio?

—A cambio, tendrás precaución en cómo procedes. Hay fuerzas trabajando aquí más allá de tu imaginación, Charlotte. Fuerzas que se deleitarían en quebrar esa mente inteligente y ese espíritu valiente que posees. Eso no sería... bonito.

—¿Es preocupación lo que escucho, monsieur de Lanier?

—Quizás. E interés profesional —su sonrisa muestra de nuevo sus colmillos—. Después de todo, he visto morir a muchos Guardianes en esta casa. Sería... inconveniente entrenar a otro tan pronto.

Debería estar horrorizada. Debería estar corriendo. En cambio, siento esa misma emoción que siento cuando desentraño un caso particularmente complejo. O cuando mi madre y yo rastreábamos la historia de un artefacto o una pintura. O la misma emoción que sentía cuando leía uno de mis libros paranormales antes de dormir por la noche. Una emoción que me recorre hasta el núcleo.

—Entonces comencemos con una verdad sencilla —encuentro su mirada—. Eres un vampiro.

—Muy bien —inclina la cabeza—. Aunque eso es como decir que el océano es agua. Cierto, pero apenas arañando la superficie. Y tan obvio, ¿no?

—No te preocupes —saco una tableta de chocolate de mi bolsillo, rompiendo un trozo con deliberada naturalidad—. Se me da muy bien bucear en profundidad.

Sus ojos siguen el movimiento del chocolate hacia mis labios.

—Interesante elección de tentempié, dadas las circunstancias.

—¿Por qué? ¿Planeas morderme?

—Aún no —su voz se convierte en un ronroneo aterciopelado—. Prefiero ser... invitado.

El calor sube a mi rostro, pero mantengo mi voz firme.

—Lo recordaré. Supongo que ambos tenemos reglas que seguir.

—En efecto —retrocede, algo como respeto mezclándose con el hambre en su mirada—. Bienvenida a Blackthorn Manor, Charlotte. Espero con interés nuestras... conversaciones.

Desaparece entre un parpadeo y el siguiente, dejando solo el fantasma de su aroma de rosas invernales y el retumbar de mi corazón. ¿Cómo pudo moverse tan rápido?

Me desplomo en el escalón inferior, permitiéndome finalmente temblar. Pero, ¿estoy temblando de miedo o de excitación? Probablemente un poco de ambas cosas.

¿En qué demonios me he metido?

En la distancia, un reloj da las nueve. En algún lugar arriba, las tablas del suelo crujen con pasos fantasmales. Y en las sombras de la biblioteca, juro que oigo una suave risa francesa.

Mi primera noche como Guardiana apenas ha comenzado.

Capítulo Seis

Planes y presagios

Saco mi Degas del maletero de mi coche. Siempre pienso en mi madre cuando lo veo y quiero colgarlo en mi nuevo dormitorio.

Encuentro el dormitorio principal en el piso superior, y me deja sin aliento.

La tía Margaret entendía claramente el lujo: la enorme cama con dosel parece antigua, pero el colchón y la ropa de cama son modernos y caros. Unas pesadas cortinas color burdeos enmarcan ventanales que dan a los terrenos de la mansión bañados por la luz de la luna. Una zona de estar con un diván y sillones orejeros rodea una chimenea de mármol, que se enciende en cuanto entro.

Miro las llamas con suspicacia.

—¿He sido yo?

—No, señorita. He sido yo.

Consigo no sobresaltarme ante la voz de la señora Graves. El ama de llaves fantasmal está junto a la chimenea, su forma más sólida que antes.

—Se acostumbrará a mí. Soy la señora Graves, su ama de llaves, señorita Charlotte. No nos presentaron formalmente antes. No había dicho usted las palabras todavía... He mantenido esta habitación lista y haré cualquier cosa que necesite —dice, ajustando una manta inexistente—. Le subiré la cena en una bandeja en breve.

Hace una pausa y me mira.

—Debo decir que ha pasado bastante tiempo desde que tuvimos una Guardiana apropiada en residencia.

—¿En contraposición a una inapropiada?

Su severa expresión se suaviza ligeramente.

—Su tía estaba... indispuesta, estos últimos años. La mansión necesita protección activa, no solo ocupación.

Apoyo el Degas contra la pared, y dejo el diario y la pequeña caja que recuperé en la biblioteca sobre el elegante escritorio. Mi mente de fiscal ya está catalogando preguntas y tareas.

—Entonces probablemente debería saber de qué la estoy protegiendo.

—No me corresponde a mí decirlo —alisa sus faldas espectrales—. Aunque si es usted sabia, prestará atención a las condiciones de esa

carta. Existen por una buena razón.

—¿Como las líneas de sal?

—En efecto —mira hacia la ventana, donde ahora noto una fina línea blanca a lo largo del alféizar—. Es mejor renovarlas mañana. Y señorita —vacila—, cuando vaya al pueblo, la gente de allí sabe más de lo que deja entrever. Escuche con atención, especialmente en la antigua botica de la calle Essex. Le recomiendo que pase por allí mañana.

Antes de que pueda preguntar más, se desvanece, dejándome con una creciente lista de preguntas y tareas.

Me cambio y me pongo un pijama de seda, luego me acurruco en el asiento de la ventana con el diario de la tía Margaret y el resto de mi chocolate. Compraré más mañana. La luna proyecta largas sombras sobre los terrenos, y juraría que veo atisbos de movimiento entre los árboles.

Mi formación jurídica se activa, y saco mi teléfono para tomar notas para mi plan de acción:

Prioridades para mañana:

1. **Recorrido de suministros por el pueblo**

- Comestibles básicos/necesidades/sal

- Visitar la botica

- Escuchar cotilleos/historia local

- ¿Qué saben los lugareños sobre la mansión?

2. **Investigación de la mansión**

- Trazar las líneas de sal

- Identificar habitaciones con «sellos centinela»

- Localizar círculos de unión

- Encontrar libros encuadernados en rojo

- Documentar residentes fantasmales

- Investigar a los anteriores Guardianes

- Buscar la habitación que coincide con la llave de la caja que recuperé

3. **Preguntas por responder**

- ¿Qué es exactamente lo que necesita «protección»?

- ¿Por qué el requisito de descendencia sanguínea?

- Naturaleza de la maldición de Adrian

- ¿Cómo se alimenta Adrian? ¿Necesita sangre?

- Propósito de la puerta cerrada

- Secretos guardados por mi tía/leer su diario

Añado una nota final: *No confíes completamente en nadie. Ni siquiera en vampiros franceses encantadores*.

Hablando del cual...

—Sé que estás ahí fuera —digo suavemente a las sombras más allá de mi puerta. Sin respuesta, pero el aire se siente cargado, vigilado. Lo siento en mis huesos—. *Bonne nuit, Monsieur de Lanier*.

Un susurro de movimiento, luego quietud. Pero juro que oigo un lejano «*Dormez bien, ma gardienne*». Duerme bien, mi Guardiana.

Después de la pequeña cena, el sueño llega sorprendentemente fácil, aunque mis sueños son extraños: espejos que muestran diferentes reflejos, rosas floreciendo con espinas dentro de sus pétalos, y la risa de una mujer que suena como cristales rompiéndose.

--

Me despierto al amanecer y encuentro una sola rosa negra en mi alféizar, colocada sobre la línea de sal sin perturbarla.

Tanto una advertencia como una bienvenida, sospecho.

Después de una ducha rápida en el baño principal (modernizado pero manteniendo su encanto victoriano), me visto para ir al pueblo con pantalones negros ajustados, botas y un jersey azul oscuro. Profesional pero no intimidante; quiero que los lugareños hablen conmigo, no se cierren.

Mi bolsa de emergencia legal tiene necesidades básicas, pero si voy a quedarme aquí, necesito suministros adecuados. E información. Siempre información. Y chocolate, por supuesto.

El viaje al centro de Salem toma quince minutos, con la niebla de la mañana aferrándose a los sinuosos caminos. El pueblo ya está animado, los turistas mezclándose con los lugareños mientras las tiendas abren para el día. Encuentro aparcamiento cerca de la calle Essex y comienzo mi reconocimiento, dejando que mis habilidades de observación de fiscal tomen nota de todo.

La botica es fácil de localizar: un estrecho edificio de ladrillo con hierbas colgando en las ventanas y un letrero que reza «Botánica y Remedios Blackwood». El apellido no puede ser coincidencia.

Una campana suena cuando entro. La tienda huele a hierbas secas y libros viejos, con estanterías de botellas y tarros que llegan hasta el techo. Detrás del mostrador, una mujer de mi edad levanta la vista de algo que está moliendo con un mortero y un mazo. Sus rizos oscuros están veteados de plata, y sus ojos...

He visto ojos así antes, en las viejas fotos de la tía Margaret.

—Bienvenida a Blackwood —deja el mazo—. Aunque sospecho que ya sabes quiénes somos... Guardiana.

Mantengo mi cara de póker de los juicios.

—Las noticias vuelan.

—En algunos círculos —extiende una mano—. Elizabeth Blackwood. Tu tía era una amiga. Lamenté enterarme de su fallecimiento.

Su apretón es firme, y siento una energía sutil pasar entre nosotras. Sus ojos se ensanchan ligeramente.

—Y yo soy Charlotte. Charlotte Blackwood Marlowe.

—Vaya —murmura—. Margaret tenía razón sobre ti. La sangre permanece intacta.

—¿Qué significa eso?

—Significa que deberías volver esta tarde para tomar el té. Después de que hayas hecho tus recados y escuchado todos los cotilleos locales —comienza a reunir objetos en una bolsa—. Por ahora, necesitarás esto.

Observo cómo añade hierbas secas, cristales y pequeñas botellas de líquido.

—No recuerdo haber encargado nada.

—Considéralo un regalo de bienvenida —su sonrisa guarda secretos —. Aunque quizás quieras añadir sal a tu lista de la compra. La mansión la consume bastante rápido, ¿verdad?

Antes de que pueda responder, la campana suena de nuevo. Un grupo de turistas entra, charlando sobre tours de fantasmas y juicios de brujas. Elizabeth me da una mirada significativa.

—El té a las tres —dice en voz baja—. No llegues tarde. Y Charlotte —su voz baja aún más—, ten cuidado con a quién invitas a la mansión. Algunos umbrales, una vez cruzados, no pueden descruzarse.

—Gracias —no estoy segura de lo que quiere decir, pero lo averiguaré—. Te veré a las tres.

Salgo con la misteriosa bolsa y más preguntas que respuestas. Pero primero: comestibles, artículos para el hogar y mucha sal.

En la cafetería local, capto fragmentos de conversación sobre la Mansión Blackthorn. La mayoría son típicos cotilleos de pueblo pequeño: historias de luces en las ventanas, figuras misteriosas en los terrenos. Pero algunos comentarios destacan:

«...nunca la he visto salir después del anochecer...»

«...ventanas del sótano todas tapiadas después del incidente del 87...»

«...dicen que la bruja Blackwood está involucrada de nuevo...»

«...pensaba que ese linaje había terminado...»

Tomo notas mentales de todo, especialmente de cómo las conversaciones se detienen cuando los lugareños notan que estoy

escuchando. Saben algo. Probablemente varias cosas.

A las dos y media, el maletero de mi coche está cargado de suministros. He conseguido comestibles básicos, artículos de limpieza, suficiente sal para deshelar Boston en invierno y varias necesidades domésticas. También he comprado un diario en blanco para documentar mi investigación, buen vino, libros de historia local y chocolate extra. Una chica tiene prioridades.

Compruebo mi reloj: hora del té con Elizabeth Blackwood. Es hora de empezar a obtener respuestas reales.

Un escalofrío recorre mi espalda. Mientras camino hacia la botica desde mi coche, veo a una mujer con un vestido victoriano negro acercándose a mí, como un fantasma, su sonrisa llena de malicia. Cuando está a pocos pasos de mí, de repente desaparece, dejando solo el tenue aroma de flores moribundas y putrefacción.

El aroma que emana Adrian es de rosas frescas y olor a invierno. Esto era... diferente. Maligno. Repugnante.

Añado otra pregunta a mi lista mental: ¿Qué otras entidades están observando mi llegada a la Mansión Blackthorn? ¿Y por qué?

¿Por qué tengo la sensación de que no solo estoy entrando en un misterio, sino en un juego muy antiguo y muy peligroso?

--

El cartel de «Cerrado por consulta privada» aparece en la puerta de Blackwood justo cuando llego. Elizabeth me hace pasar a una habitación trasera que parece más un salón victoriano que una

oficina de tienda moderna. Un juego de té de plata espera en una mesa redonda, junto a una elaborada tirada de tarot y lo que parece ser un cráneo humano usado como pisapapeles.

—No hagas caso a Augusto —dice Elizabeth, captando mi mirada hacia el cráneo—. Ha sido el guardián de la tienda desde la época de mi bisabuela. Bastante bueno guardando secretos.

—¿También hace declaraciones de impuestos?

Se ríe, el sonido cálido y genuino.

—Me caes bien. Margaret dijo que tenías su ingenio —señala un sillón—. Por favor, siéntate. Tenemos mucho que discutir.

El té que sirve es de un púrpura profundo y huele a jardines nocturnos.

—Flor de guisante mariposa —explica—, con algunas adiciones especiales. Mejora la claridad de visión y pensamiento. Algo que toda Guardiana necesita.

Acepto la taza pero no bebo todavía.

—Así que sabes sobre el papel de Guardián.

—Mi familia ha estado entrelazada con la Mansión Blackthorn desde que se colocaron sus cimientos —se sienta frente a mí, su propia taza cambiando de púrpura a azul medianoche—. Hemos aconsejado a cada Guardián, proporcionado los suministros necesarios y... —

sonríe—. Ocasionalmente ayudado a limpiar incidentes desafortunados.

—¿Como lo que sucedió en 1987?

Su sonrisa se desvanece.

—Ah. Has estado escuchando los cotilleos locales.

—Se me da bien eso. También se me da bien notar cuando la gente evita respuestas directas.

—Entonces destacarás tratando con tu nuevo... huésped —sorbe su té—. Aunque sospecho que el señor de Lanier ya ha demostrado su talento para la elegante evasión.

Doy un sorbo cuidadoso a mi propio té. Sabe a luz de estrellas y secretos, si tales cosas tuvieran sabor.

—¿Conoces a Adrian?

—Sé de él. Mi abuela lo conoció, cuando las barreras de la mansión eran... diferentes —me estudia por encima de su taza—. ¿Qué te ha contado sobre sus circunstancias?

—Casi nada. Pero acabo de llegar y solo hemos hablado ayer. Estoy armando las piezas —dejo la taza—. Es aristocracia francesa, probablemente huyó durante la Revolución. Se convirtió en vampiro alrededor de entonces. Ahora está atado a la mansión por algún tipo de maldición. Lo que no sé es por qué.

Los ojos de Elizabeth brillan con aprobación.

—Muy bien. Aunque te faltan varios actores clave en esa historia. Incluida *La Sorcière Noire*.

—¿La Bruja Negra? Suena ominoso.

—Como ella quería que fuera. Ella es quien lo maldijo, aunque maldición podría ser una palabra demasiado simple para lo que hizo —Elizabeth se levanta para recuperar un antiguo tomo de cuero de una estantería cercana—. Estaba obsesionada con él, según dicen los registros. Enamorada de él. Lo quería como su consorte eterno. Cuando él se negó...

—¿No hay furia como la de una mujer despechada?

—Algo así —abre el libro para revelar un texto francés manuscrito—. Lo ató a la Mansión Blackthorn, pero la atadura es compleja. Parte maldición, parte contrato mágico, parte... —duda—. Algo más antiguo. Más oscuro.

—¿Tiene algo que ver con lo que hay en el sótano de la mansión? ¿O debajo de la mansión?

Su cabeza se levanta de golpe.

—¿Qué sabes sobre eso?

—Solo lo que estaba en las condiciones de la herencia. Algo sobre círculos de unión que deben permanecer intactos.

—Ah —se relaja ligeramente—. Sí, bueno, eso está... relacionado. Pero no de maneras que pueda explicar completamente, aún. Algunos conocimientos deben ganarse, no recibirse.

—Qué diplomática —me inclino hacia adelante—. ¿Qué hay de la mujer de negro victoriano que vi de camino aquí? Con sonrisa malvada. La que olía a rosas moribundas.

Elizabeth se queda muy quieta.

—¿Exactamente cuándo la viste?

—De camino aquí. Me sonrió, si se puede llamar así, y luego desapareció.

—*Merde* —murmura Elizabeth, haciéndome levantar una ceja ante su francés. Se apresura hacia un armario y comienza a sacar hierbas y cristales—. Eso no es... ideal. Toma —me mete una pequeña bolsa de seda en las manos—. Lleva esto contigo. Especialmente por la noche.

—¿Por qué? ¿Quién es ella?

—Alguien que no debería poder manifestarse fuera de los terrenos de la mansión —comienza a moler hierbas con una intensidad aterradora—. Las barreras deben estar debilitándose más rápido de lo que pensábamos.

—Elizabeth —uso mi voz de tribunal—. ¿Qué barreras?

Deja de moler y me fija con una mirada penetrante.

—¿Qué sabes sobre líneas ley?

—Caminos de energía terrestre, supuestamente. Cosas de la Nueva Era.

—No tan Nueva Era —saca un mapa de Salem, extendiéndolo sobre la mesa—. La Mansión Blackthorn se encuentra en la intersección de tres líneas ley principales. Es un lugar de poder, pero también...

—¿Un punto débil?

—Chica lista. Sí. Un lugar donde el velo entre mundos se adelgaza. La mansión fue construida específicamente para contener y controlar ese poder. Para mantener ciertas cosas dentro, y otras fuera.

—¿Cosas como qué?

En lugar de responder, comienza a colocar cartas de su mazo de tarot alrededor del mapa.

—Tu tía no fue la primera Guardiana en perder la cordura. La influencia de la mansión puede ser... abrumadora. Especialmente para aquellos que no entienden con qué están tratando.

—¿Eso es una advertencia o una amenaza?

—Ninguna. Una observación —voltea tres cartas en sucesión—. La Suma Sacerdotisa: secretos aún por revelar. La Torre: cambio repentino y destrucción de ilusiones. Y... —hace una pausa en la tercera carta—. El Diablo: cautiverio, tentación oscura y fuerzas ocultas.

—Qué alegre.

—En realidad, es bastante prometedor —ante mi mirada escéptica, elabora—. La carta del Diablo no siempre es negativa. Puede representar liberarse de cadenas, enfrentar nuestras sombras, encontrar poder en la oscuridad.

—Hablando de poder en la oscuridad... —sorbo mi té—. ¿Cómo son exactamente las relaciones entre vampiros y brujas por aquí?

Su risa tiene un filo.

—Complicadas. Algunas de nosotras mantenemos alianzas cuidadosas. Otras... —señala el cráneo—. El pobre Augusto se topó con un vampiro menos diplomático en 1847.

—¿Y Adrian? ¿Dónde se encuentra en la escala de diplomacia vampírica?

—Ah —su sonrisa se vuelve conocedora—. Veo que ya estáis usando el nombre de pila con el residente más peligroso de la mansión.

—Tuvimos una conversación interesante en la biblioteca.

—Estoy segura de que sí —me da una mirada evaluadora—. Adrian de Lanier es... único. Peligroso, sí, pero atado por más que solo la maldición. Tiene su propio código de honor, por retorcido que sea. Y ha estado solo durante mucho tiempo.

—Casi suenas compasiva.

—Digamos que entiendo la complejidad de su posición —comienza a reunir hierbas en pequeños paquetes—. Es tanto prisionero como guardián, aunque la naturaleza de su jaula es... peculiar.

—¿Qué significa eso?

—Significa que *La Sorcière Noire* tenía un retorcido sentido del humor. Lo ató para proteger lo que más tentado está a destruir —Elizabeth me entrega los paquetes de hierbas—. Quema estos en las cuatro esquinas de la mansión. Ayudará a fortalecer las barreras.

—¿Contra qué?

—Contra quien o lo que sea que esté intentando derribarlas —comienza a escribir en un trozo de pergamino—. Aquí hay una lista de suministros que eventualmente necesitarás. Algunos ya están en la mansión, estoy segura. Ven a mí para cualquier cosa mágica; intentar conseguir cosas en otros lugares puede ser... problemático.

Guardo todo en mi bolso.

—¿Alguna otra advertencia críptica antes de irme?

—Solo esta —agarra mi muñeca, sus ojos repentinamente intensos —. La mansión te acepta por una razón. Tienes poder en tu sangre, poder antiguo, tanto de las líneas Blackthorn como Blackwood. Pero el poder atrae poder, Charlotte. Y no toda atención es bienvenida.

—¿Como la mujer de negro?

—Sí. Entre otros —me suelta—. Ten cuidado con Adrian. Puede estar atado por reglas, pero sigue siendo un depredador. Y los depredadores son más peligrosos cuando están enjaulados.

—Lo tendré en cuenta —me levanto para irme, luego hago una pausa—. ¿Una pregunta más?

—¿Solo una?

—Por ahora. La puerta cerrada que Adrian vigila, ¿qué hay detrás?

Su expresión se vuelve solemne.

—El corazón de todo. La razón de la maldición, las barreras, los círculos de unión. Y la clave tanto para la salvación como para la destrucción.

—Eso no es nada críptico.

—Bienvenida a Salem —sonríe con suficiencia—. Aprenderás sobre ello más tarde, te lo prometo... Ah, y Charlotte, ¿cuando los espejos empiecen a mostrarte diferentes reflejos? No los ignores. Están intentando decirte algo.

Tomo su mano y le doy las gracias.

Salgo de Blackwood con más preguntas pero algunas respuestas, y también con una creciente sensación de emoción. Cualquiera que sea el juego que se esté jugando en la Mansión Blackthorn, cualesquiera que sean las fuerzas que se están reuniendo, ahora formo parte de ello.

Y nunca he sido de las que juegan para perder. Jamás.

El sol está bajando mientras conduzco de vuelta a la mansión. En mi espejo retrovisor, capto movimientos en el bosque. Mi pulso se acelera, pero no enteramente por miedo.

Es hora de volver a casa y empezar a resolver algunos misterios.

Capítulo Siete

Vino de sangre y exploración

Vuelvo a casa de mi primer viaje a Salem y dejo las bolsas en la cocina, pero primero llevo las botellas de vino al sótano. Necesito ver qué vino tenemos en existencia para mis futuras compras.

Encuentro a Adrian en la bodega, examinando botellas bajo la tenue luz. Por supuesto que se mueve en silencio, pero estoy empezando a percibir su presencia: una sutil carga en el aire, como el momento antes de que caiga un rayo.

—¿No quieres saber sobre un tema importante? —pregunta sin darse la vuelta.

—¿Sobre qué?

—Sangre. —Selecciona una botella, el líquido oscuro en su interior captando la poca luz que hay—. Te has estado preguntando cómo me mantengo. Creo que está en tu pequeña lista. Debes preguntarte cómo me alimento, Charlotte. —Ahora sí se gira, con los ojos ámbar brillantes—. ¿No es así, *ma gardienne*?

Mantengo el contacto visual firme, aunque mi pulso se acelera. —¿Puedes culparme?

—*Non.* —Su sonrisa muestra un atisbo de colmillo—. Preocupaciones prácticas para la nueva Guardiana. Aunque sospecho que la simple curiosidad juega su papel.

Descorcha la botella con facilidad experimentada; el líquido de su interior es casi negro en la penumbra del sótano. El aroma que se eleva es rico, complejo: vino, ciertamente, pero con algo más. Algo muy metálico.

—Vino de sangre —digo, orgullosa de lo firme que se mantiene mi voz—. ¿Los Guardianes anteriores te mantenían abastecido?

—En efecto. Aunque esta cosecha... —Hace girar el líquido, examinándolo como un sumiller—. 1897. Un muy buen año. La Guardiana de entonces era bastante... complaciente.

—¿Qué quieres decir?

—Entendía que ciertos arreglos eran necesarios. —Sirve una única copa, el líquido espeso y viscoso—. El vino de sangre es suficiente, la mayoría de los días. Pero a veces... —Su mirada se dirige a mi garganta—. Uno anhela algo más fresco.

Mi corazón late con más fuerza. —¿Es eso una amenaza?

—Una simple verdad. Soy un vampiro. —Deja la copa—. Preguntaste sobre mi sustento. Estoy siendo directo, como prefieres.

—¿Y esas fuentes "más frescas"? —Me obligo a mantenerme firme —. ¿Donantes voluntarios?

—Normalmente. —Esa sonrisa peligrosa de nuevo—. Aunque a lo largo de los siglos, algunos intrusos desafortunados han proporcionado... sustento inesperado.

—¿Los mataste?

—Solo a aquellos que realmente lo merecían. —Se mueve con velocidad sobrenatural, de repente justo delante de mí—. Aquellos que venían con malas intenciones. Ladrones o asesinos en la noche. Aquellos que amenazaban lo que protejo. —Su dedo recorre mi cuello, deteniéndose cerca de mi arteria carótida—. Soy un depredador, Charlotte. Es mejor que lo entiendas claramente.

No retrocedo, aunque todos mis instintos me gritan que corra. La sensación de su cercanía, la sensación de su fuerte dedo en mi cuello, es de alguna manera emocionante.

—¿Es por eso que ella te ató aquí? ¿*La Sorcière Noire*? ¿Porque eras demasiado peligroso?

Algo destella en sus ojos —¿dolor? ¿rabia?— antes de que su máscara de control regrese. —Me ató porque me negué a atarme a ella. Irónico, *non*? —Da un paso atrás, recuperando su copa—. Pero no tienes que temer, *mon chérie*. La Guardiana está... protegida. Por reglas más antiguas que esta mansión.

—¿A menos que te invite? —Las palabras salen más roncas de lo que pretendía.

Sus ojos se oscurecen. Toma un sorbo de su vino de sangre, disfrutando del líquido mientras me observa.

—Cuidado con esas preguntas. Podrían tomarse como interés.

—Quizás lo sean. —Sostengo su mirada. He de admitir que esta criatura me excita un poco. Sus ojos penetran en los míos, su voz es suave como el terciopelo. Es extremadamente... sexy—. Prefiero entender con qué estoy tratando.

—¿Ah sí? —Deja la copa y se acerca de nuevo, esta vez dejándome sentir todo el peso de su presencia sobrenatural. El aire crepita entre nosotros—. ¿Y qué pasa si entenderlo solo hace que el peligro sea más... atractivo?

Mi respiración se entrecorta, pero mantengo mi posición. —Entonces diría que eso explica mucho sobre tu propia maldición, ¿no crees?

Se ríe, con genuina diversión rompiendo la fachada depredadora. —*Touché.* —Da un paso atrás, la tensión disminuye—. Realmente eres diferente a los demás.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Deberías. —Recupera su copa—. La bodega está bien surtida, por si quieres vino de la variedad normal. Aunque evitaría la esquina del fondo. Algunas cosechas de allí no son... para consumo humano.

—Anotado. —Me giro para irme, luego hago una pausa—. ¿Adrian?

—*Oui*?

—Gracias por la respuesta directa.

—¿Aunque te asustara?

—¿Quién dice que estoy asustada?

Su sonrisa es sorprendentemente cálida. —Tu corazón se acelera, *ma gardienne*.

—Como dije antes, tal vez no sea miedo. —Y me giro para marcharme.

Mientras subo las escaleras hacia la cocina, su suave risa me sigue escaleras arriba.

La cocina de la mansión es una encantadora mezcla de lo antiguo y lo nuevo: ollas de cobre colgadas sobre una cocina moderna, un fregadero rústico bajo ventanas de vidrio emplomado, relucientes encimeras de granito junto a armarios antiguos. Estoy guardando las compras cuando el aire cambia.

—¿Encontraste algo interesante en la ciudad, *ma gardienne*?

Continúo ordenando los productos en la despensa, actuando con desinterés mientras intento calmar mi corazón ante su presencia. Luego empiezo a montar mi nueva máquina de espresso. Dios, me encanta el café. Casi tanto como el chocolate.

—Define interesante, *monsieur*.

—Tu encuentro con la bruja Blackwood, quizás —Su voz transmite una estudiada naturalidad.

—Ah. —Me giro para encontrarlo apoyado contra una encimera, la viva imagen de la elegancia aristocrática—. Viste los suministros que me dio. Regalo de bienvenida, dijo.

—Saber lo que hace la Guardiana, a quién ve, a qué está expuesta, es parte de mis... deberes. —Sus ojos siguen mis movimientos mientras termino de configurar la máquina de espresso—. Aunque admito que la participación de Elizabeth complica las cosas.

—¿En qué sentido?

—La relación entre vampiros y brujas es...

—¿Complicada? —Repito la palabra de Elizabeth—. Sí, ella mencionó eso. Justo después de mostrarme su pisapapeles de calavera de víctima de vampiro.

Algo peligroso destella en sus ojos. —Augusto. Eso no fue obra mía.

—No asumí que lo fuera. —Desenvuelvo una tableta de chocolate, partiendo un trozo—. ¿Café?

Parpadea, desconcertado por la mundana oferta. —*Pardon*?

—Compré esta máquina de espresso hoy. Está lista para usar. Parece justo ofrecerte un poco mientras bailamos alrededor de todos estos secretos.

Una lenta sonrisa curva su boca. —No eres lo que esperaba.

—Déjame adivinar: ¿los Guardianes anteriores se intimidaban más fácilmente?

—Eran más... tradicionales en su enfoque. —Me observa preparar la máquina con evidente curiosidad—. Ninguno me ofreció café jamás.

—Su pérdida. —Caliento leche para un latte—. Entonces, ¿quieres hacer un intercambio? ¿Información por información? ¿O café por información?

Preparo una taza y el rico aroma llena la cocina.

—Siempre la abogada, ¿verdad? —Pero acepta la taza que le ofrezco, sus dedos rozando los míos. Crean escalofríos en mi brazo. Inhala el aroma del café.

—Muy bien. Haz tus preguntas —dice, sus ojos derritiéndose en los míos.

—La mujer de negro que vi hoy. Vestido victoriano, olor a rosas marchitas. ¿Quién es?

Su expresión se oscurece. —¿Dónde la viste?

—En la calle en Salem, justo antes de encontrarme con Elizabeth. Sonrisa malvada, mal olor. La bruja parecía... preocupada por mí.

Da un sorbo tentativo al café y sus cejas se elevan.

—París se convirtió en toda una sociedad de café, estoy segura de que lo sabes —digo en respuesta a su reacción.

—Sí. De hecho, empezamos a beberlo en mi época. Mercaderes venecianos. Pero no he tomado ninguno en casi dos siglos. —Toma otro sorbo.

—No puedo empezar mi día sin él. Ahora volvamos al fantasma de la calle...

—Ese espíritu desagradable en particular no debería poder manifestarse más allá de los terrenos de la mansión. Las barreras deben estar debilitándose.

—Exactamente lo que dijo Elizabeth. ¿Te importaría elaborar?

—*Non.* —Su sonrisa muestra colmillo—. Aún no.

—Me dio cosas para ayudar, cosas que dijo que necesitaría.

Asintió. —Bien. ¿Qué más compartió nuestra bruja local?

—Mencionó a alguien llamada *La Sorcière Noire.* —Lo observo cuidadosamente—. Dijo que te maldijo.

La temperatura baja varios grados. Parece enfadado. —¿Elaboró?

—Solo que era complicado. Algo sobre estar atado a proteger aquello que más te sientes tentado a destruir. —Bebo mi café, observando su rostro detenidamente—. ¿Te importaría completar los detalles?

—No particularmente. —Se acerca peligrosamente, invadiendo mi espacio personal. Descubro que es uno de sus movimientos. ¿Intimidación? ¿O algo más?

—¿Qué más? —pregunta.

—Ah, ah. —Mantengo mi posición—. Tu turno. ¿Qué hay realmente en el sótano? ¿O debajo de la mansión?

—Cosas desagradables. Pero nada que te concierna... todavía. —Su voz baja a terciopelo—. Lo hará, pero es demasiado pronto.

—Pero todo en esta mansión me concierne ahora. Soy la Guardiana, ¿recuerdas?

—¿Y qué crees exactamente que estás guardando, *mon chérie*?

Sostengo su mirada. —¿Por qué no me dices qué hay detrás de esa puerta cerrada, y ambos lo sabremos? La llave que mi tía escondió detrás de "El paraíso perdido"...

Se ríe suavemente. —Chica lista. Pero algunos secretos es mejor dejarlos sin descubrir. O no descubrirlos demasiado pronto. Tienes que estar armada con ciertos conocimientos y hechos, tal vez incluso poder, antes de poder conocer este secreto. Por tu propio bien.

—Eso lo dice el hombre atado por ellos. —Me acerco más, de modo que estamos verdaderamente cara a cara. Lo suficientemente cerca para captar su aroma a rosa invernal y sentir su aliento—. Dime algo verdadero, Adrian. Una respuesta real.

Me estudia durante un largo momento, algo hambriento y conflictivo en su mirada.

Finalmente, dice: —*La Sorcière Noire* me ató aquí en 1799. Quería... todo. Mi eterna devoción, mi sumisión, mi alma, mi esencia misma. Cuando me negué, se aseguró de que pasara la eternidad protegiendo un poder que no puedo tocar, vigilando un umbral que no puedo cruzar, atado por reglas que... —Se detiene, apretando la mandíbula.

—¿Que qué?

—Es suficiente verdad por ahora. —Da un paso atrás—. Tu turno. ¿Qué te dio exactamente Elizabeth?

Le muestro los paquetes de hierbas. —Para las barreras. Dijo que las quemara en las cuatro esquinas.

—Sí, lo haría. —Se relaja ligeramente—. *Oui*, sería prudente. Hazlo pronto.

—¿Quieres decirme por qué?

—Porque la oscuridad se está reuniendo, *ma gardienne*. —Su voz se vuelve seria—. Los límites necesitan refuerzo. Y tú aún no estás lista para lo que trae.

Antes de que pueda responder, desaparece. Añado "salidas dramáticas" a mi lista mental de rasgos vampíricos. En realidad, tengo muchas preguntas sobre vampiros para él, pero eso vendrá en otro momento.

Café y chocolate consumidos, suministros guardados, ahora es hora de empezar a explorar este gran lugar adecuadamente en mi camino para quemar las hierbas. Cojo mi cuaderno, una caja de sal, los paquetes de hierbas y cerillas, luego comienzo una investigación sistemática de la planta baja.

Los tesoros de la mansión son extraordinarios. Lámparas Tiffany originales proyectan luz enjoyada sobre alfombras persas. Pinturas prerrafaelitas cuelgan junto a lo que parecen auténticos tapices medievales. El rincón de la biblioteca alberga una colección de manuscritos iluminados que harían llorar a los museos. A mi madre le encantaría esto.

Noto una habitación agradable con un tablero de ajedrez, un fonógrafo antiguo, un escritorio y sillas cómodas. Ofrece una vista de la parte sur de la propiedad y tiene un ambiente "femenino".

Continúo por el pasillo, y estoy examinando una estatua particularmente interesante —romana, tal vez, aunque algo en ella parece más antiguo— cuando aparece Emily.

—Ten cuidado con esa —dice el fantasma—. Ella... recuerda cosas.

—Oh. ¿Qué tipo de cosas?

—Del tipo que duelen. —Se acerca flotando—. No deberías estar vagando sola.

—No estoy sola. —Señalo alrededor—. Esta casa está llena de ojos vigilantes. Y tú estás aquí. Hablando de eso... —Levanto el diario de tía Margaret—. ¿Te importaría completar algunos espacios en blanco?

—No podemos. —La señora Graves se materializa cerca—. Hay reglas. Incluso para nosotras.

—Eso es lo que sigo escuchando. Junto con advertencias, pistas crípticas, y... —Me detengo al doblar una esquina y encontrarme frente a una puerta ornamentada. Símbolos tallados en su marco pulsan con una débil luz—. Déjame adivinar. ¿La puerta prohibida?

—Conduce abajo hasta la puerta prohibida, señorita. No debe hacerlo. —La forma de la señora Graves parpadea con agitación—. Los sellos se están debilitando. Las barreras...

—Están fallando. —La voz retumbante de Adrian viene desde detrás de mí—. Por eso nuestra nueva Guardiana debería estar más centrada en la protección que en la exploración.

Me giro para enfrentarlo. —Es difícil proteger algo cuando no sé qué es.

—Las líneas de sal —interrumpe Emily—. Necesitan ser reforzadas. Ahora.

En efecto, la línea blanca visible debajo de la puerta parece delgada, irregular.

—De acuerdo. —Saco el contenedor de sal que he estado llevando —. Mostradme dónde.

La siguiente hora es un curso intensivo en seguridad sobrenatural del hogar. Cada puerta, cada ventana, cada umbral debe estar bordeado con sal. Los fantasmas me dirigen en la colocación de patrones precisos, mientras Adrian observa con ojos indescifrables.

—Las esquinas de la mansión a continuación —dice cuando terminamos en el interior—. Con las hierbas de la bruja.

El anochecer se acerca mientras camino por el perímetro de la mansión. En cada esquina, quemo las hierbas de Elizabeth en un pequeño cuenco de latón prestado de la cocina. El humo forma extraños patrones en el aire, y juro que oigo susurros en un idioma que casi entiendo.

Pero son los ojos vigilantes que siento los que me ponen la piel de gallina. No la mirada ya familiar de Adrian, sino algo más. Múltiples cosas, acechando justo al borde del bosque. Esperando. Tal vez cazando.

Me apresuro a completar el ritual antes de que llegue la oscuridad total.

De vuelta dentro, encuentro a Adrian en la biblioteca.

—¿Satisfecho con mi mantenimiento de las barreras? —pregunto.

—Por ahora. —Traza con un dedo a lo largo de un estante de libros encuadernados en rojo—. Aunque hay mucho más que aprender.

—Entonces enséñame.

Sonríe, oscuro y dulce. —Todo a su debido tiempo, *ma gardienne*. Todo a su debido tiempo.

Me marcho enfadada mientras lo oigo reírse.

Me dirijo a la cocina para preparar algo de cenar, pero ya lo han hecho por mí. Un hermoso plato ha sido preparado, aunque no hay nadie allí. Obra de la señora Graves, supongo. La comida está deliciosa y es justo lo que necesitaba después de un día completo. Tomo una copa de vino con la cena mientras continúo ojeando el diario de mi tía.

Tras la cena, sigo explorando habitaciones de camino a mi dormitorio. Encuentro algunos preciosos óleos y acuarelas más modernas que examinaré más de cerca mañana. Debería hacer un inventario de todo lo que hay en la casa. Llamaré a Harrison Pierce mañana para ver si ya tienen tal inventario. Y necesito confirmarle que he dicho las palabras y he tomado la herencia.

Más tarde, en mi habitación, me relajo. Fue un día completo, sin duda. Actualizo mis notas de investigación. Tantas preguntas que responder, tantos misterios. Pero me estoy adaptando poco a poco a la casa.

Una cosa está clara: algo está pasando en la mansión o debajo de ella. Algo que tiene preocupados a vampiros, fantasmas y brujas.

Y yo estoy justo en medio de todo ello.

Me quedo dormida con el diario de tía Margaret a mi lado, soñando con puertas cerradas y ojos ámbar, con rosas que florecen en la oscuridad y barreras que tiemblan ante hambres ancestrales.

Mañana continuaré mi exploración e intentaré conseguir más respuestas. Incluso si tengo que seducirlas de cierto frustrante vampiro francés.

Capítulo Ocho

Ajedrez, música y seducción

A la mañana siguiente, después del desayuno y un café bien cargado, deambulo de nuevo por la planta baja, decidida a explorar, buscar y encontrar respuestas en mi nuevo hogar. A pesar de la oscuridad y los misterios de la mansión, la luz del día transforma ciertas habitaciones, revelando una belleza que pasé por alto durante mis urgentes comprobaciones de las líneas de sal y exploraciones a medianoche.

Vuelvo a la encantadora habitación con buena iluminación que noté ayer, que da al jardín trasero. A diferencia del peso masculino de la biblioteca o la intimidante escala del gran salón, este espacio se siente claramente femenino—íntimo, acogedor y luminoso. Un juego de ajedrez pulido descansa sobre una mesa junto a la ventana, con las piezas dispuestas a mitad de partida. Un fonógrafo de estilo antiguo se yergue en la esquina, junto a estanterías repletas de discos de vinilo. Un escritorio mira hacia el jardín, su superficie vacía salvo por un portaplumas de plata y un pisapapeles de cristal.

Atraída hacia el escritorio, paso los dedos por su suave superficie. Alguien pasó horas aquí—casi puedo sentir la energía persistente de

pensamientos plasmados en papel. Mi tía, muy probablemente. ¿Quizás otras guardianas? El diario que he encontrado hasta ahora sugiere que era una escritora prolífica. Y puede que haya otros diarios por descubrir.

La colección de discos llama mi atención a continuación—una mezcla ecléctica que abarca siglos. Bach y Beethoven comparten espacio con Billie Holiday, The Beatles y Adele. Saco un álbum polvoriento, sonriendo ante el rostro de Ella Fitzgerald que me devuelve la mirada.

—Tenía un gusto excelente —la voz de Adrian llega desde la puerta. No me sobresalto con sus apariciones repentinas. En mi mente, casi las espero—. En música, en literatura, en arte. Me fijé en tu Degas de arriba. Sospecho que tú también tienes buen gusto.

—Era de mi madre, lo último de su colección —digo con tristeza—. Mi pieza favorita.

—Lo colgué para ti mientras desayunabas.

Me giro y lo encuentro apoyado en el marco de la puerta, observándome con su habitual intensidad. ¿Por qué es tan apuesto? Me deja sin aliento.

—Gracias —digo simplemente.

Miro alrededor de la agradable habitación.

—¿Era esta su habitación? ¿De mi tía?

Él asiente, entrando del todo.

—Ella la llamaba su "sala de mañana", aunque pasaba aquí más que solo mañanas. Decía que la luz era perfecta para escribir y pensar —camina suavemente por la habitación hasta la mesa de ajedrez, sus dedos se deslizan sobre las piezas—. Pasamos muchas horas aquí. Ella sostenía que la habitación, la música y el ajedrez eran buenos para mi temperamento, a pesar de mi naturaleza vampírica.

Sonrío, imaginando su extraña amistad.

—¿La luz de la mañana te molestaba?

—No... simplemente ardía dramáticamente —sus labios se curvan—. Aunque admito que prefiero la luz más suave del atardecer. Las ventanas tienen filtros.

—¿Jugabas al ajedrez con ella? —señalo la partida abandonada.

—Nuestra última partida. Olvidó que estábamos jugando a mitad de juego —el dolor cruza su rostro—. Esa fue la primera señal de que algo iba mal.

Me acerco al tablero.

—¿Quién iba ganando?

—Ella —su sonrisa regresa, teñida de recuerdos—. Margaret era despiadadamente estratégica. Decía que trabajaba en sus estrategias para superar a un vampiro con siglos de antigüedad.

—Me habría gustado conocerla. A la verdadera, antes del Alzheimer.

—Os habríais llevado espléndidamente —me estudia—. Tienes su franqueza. Su incapacidad para dejar misterios sin resolver. Aunque eres mucho menos propensa a lanzar libros cuando te frustras.

Me río.

—¿Lanzaba libros?

—Frecuentemente. Especialmente si le ganaba al ajedrez – lo que no ocurría muy a menudo. A veces la dejaba ganar...

Se mueve hacia el fonógrafo, examinando la colección.

—Escribía sus diarios aquí, ¿sabes? Decía que la vista del jardín inspiraba honestidad.

—¿De qué hablabais? Durante esas partidas de ajedrez.

Sus dedos se detienen en un álbum.

—De todo. De nada. Del mundo más allá de estas paredes que yo ya no podía experimentar directamente. De sus viajes —me mira—. En años posteriores, de ti.

—¿De mí?

—Sabía que serías la próxima Guardiana. De alguna manera — selecciona un álbum, manejándolo con notable delicadeza—.

Guardaba recortes de periódico de tus casos. El proceso contra aquel narcotraficante la enorgulleció particularmente.

La idea de mi tía—una mujer que apenas conocí—siguiendo mi carrera, sintiendo orgullo por mis logros, crea un dolor inesperado en mi pecho.

—Nunca se puso en contacto.

—Quería hacerlo —Adrian coloca el disco en el fonógrafo—. Pero la influencia de la mansión... las conexiones con el mundo exterior se vuelven complicadas para las Guardianas. Peligrosas, a veces. Difíciles. Ella pensó que era mejor observar desde lejos. Y tenía algún acuerdo con tu madre para mantener la distancia, aunque nunca tuve clara esa parte. Tu tía sabía que podía ser peligroso, y no podía exponerte. Al menos no entonces.

—¿Me estaba protegiendo?

—Sí. Hasta que la protección se volvió imposible —gira la manivela del fonógrafo con facilidad practicada—. Hasta que fuiste necesaria aquí.

El rico sonido de las cuerdas llena la habitación—algo clásico pero desconocido. Melodías agridulces que hablan de anhelo y memoria.

—¿Siglo XVIII? —aventuro.

—Muy bien —la aprobación calienta su voz—. Boccherini. Era popular durante mi vida humana —extiende su mano—. ¿Me honrarías con un baile, Charlotte?

La petición me toma por sorpresa—este vampiro que alterna entre advertencias y seducción, peligro y recuerdos, de repente ofreciendo algo tan... normal. Y sin embargo, profundamente íntimo. Extiende su mano.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Por qué no? Margaret y yo bailábamos aquí en tardes lluviosas. Afirmaba que necesitaba "mantener las gracias sociales" a pesar de mi aislamiento —algo vulnerable cruza sus facciones—. Ha pasado tiempo desde que tuve una pareja de baile.

Ante eso, coloco mi mano en la suya.

—Debo advertirte que me siento más cómoda en salas de tribunal que en salones de baile.

—Entonces yo guiaré —sus dedos fríos se cierran alrededor de los míos mientras su otra mano se posa en mi cintura—. Confía en tu cuerpo, no en tus pensamientos.

Su mano es fuerte, fría y autoritaria. Se siente bien estar entre sus brazos. Es tan condenadamente apuesto, tan intrigante... Pero debería tener cuidado.

Empezamos a movernos juntos, y me sorprende lo naturalmente que entramos en ritmo. Adrian me sostiene adecuadamente, con la distancia precisa de la corrección histórica, y sin embargo cada punto de contacto entre nosotros arde con consciencia. Sus ojos parecen ver a través de mí.

—¿Bailabas a menudo? En tu vida humana, quiero decir —pregunto, siguiendo su elegante guía.

—Cada oportunidad que podía encontrar —el recuerdo suaviza su expresión—. Los salones de baile de París, las mansiones campestres de la Provenza. En nuestros círculos sociales, siempre había fiestas, bailes, mascaradas. Bailar ofrecía la rara oportunidad de sostener a mujeres hermosas sin escándalo.

—Así que eras un libertino incluso entonces.

Su risa retumba a través de su pecho.

—Culpable. Aunque "libertino" tenía diferentes implicaciones en mi época. Más sobre besos robados en jardines que...

Deja el pensamiento sin terminar.

—¿Que sangre, sexo e inmortalidad?

—Que las nociones modernas de romance —pero sus ojos se oscurecen ligeramente ante mi mención de la sangre—. Aunque humano o vampiro, algunos deseos permanecen notablemente consistentes a través de los siglos.

Mientras la música aumenta, su mano en mi cintura me acerca más, la corrección cediendo ante algo más íntimo. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, como si hubiéramos bailado juntos durante años en lugar de minutos.

—Eres bastante buena en esto —murmura—. Para alguien más cómoda en salas de tribunal.

—Tuve clases de protocolo de niña. Insistencia de mi madre —sigo su sutil guía mientras giramos—. Aunque mi instructor era considerablemente menos grácil que tú. Y menos apuesto...

—Eso espero —su pulgar traza pequeños círculos contra mi cintura —. Dos siglos proporcionan amplio tiempo para perfeccionar ciertas habilidades.

Algo en su tono hace que el calor suba a mis mejillas.

—¿El baile entre ellas?

—Entre otras —su mirada cae brevemente a mis labios antes de volver a mis ojos—. Margaret dijo una vez que la verdadera medida de la civilización era encontrar belleza en la oscuridad. Crear arte, música y danza aun sabiendo que todo termina.

—Suena como algo que diría una Guardiana.

—En efecto —ejecuta un giro perfecto que trae nuestros cuerpos completamente juntos por un momento que quita el aliento—. Era muy sabia. Excepto con el queso. Era una fanática, siempre encontrando nuevos, afinándolos, tratando de hacer diferentes tipos. Los que ella elegía a menudo ofendían mi sensible sentido del olfato. Su gusto ahí era cuestionable en el mejor de los casos.

Me río, relajándome más en nuestro baile.

—¿Y qué constituye buen gusto en queso, según un francés inmortal?

—Un brie perfecto. Un Camembert ablandado. Un delicioso Pont l'Évêque**.** —su voz se vuelve más baja. Sus ojos sostienen los míos —. Sabor rico y mantecoso con un gusto suave y cremoso. Su textura es suave y sedosa como una buena mujer, un deleite que se derrite en la boca. Similar a ciertos otros placeres.

El doble sentido envía un escalofrío por mi columna. Como si sintiera mi reacción, su mano presiona más firmemente contra mi cintura, acercándome.

—¿Todos los vampiros son tan... directos? —logro decir, aunque mi voz suena más entrecortada de lo que pretendía.

—Solo aquellos que han pasado siglos en aislamiento antes de conocer a alguien que electrifica cada sentido.

La música se ralentiza, y con ella nuestros movimientos, hasta que apenas nos balanceamos.

—Tu corazón se acelera, *mon chérie*. Como alas de colibrí contra tus costillas.

—Me afectas —no tiene sentido negar lo que él puede oír tan claramente.

La música se desvanece en sus notas finales, pero ninguno de los dos se aparta. Su mano suelta la mía para unirse a la otra en mi cintura, mientras mis dedos liberados encuentran su camino hacia sus hombros, completando nuestro abrazo.

—Charlotte, eres peligrosa —pero no me suelta—. Embriagadora. Inevitable.

Apoyo mi frente contra su pecho por un momento, sin oír latidos pero sintiendo la energía vibrando bajo su piel.

Levanta mi barbilla.

—Esto es algo que ninguno de los dos esperaba.

Su pulgar traza mi labio inferior.

—Tantos peligros, tantas complicaciones. Pero también, quizás, momentos como este. Robados al diseño del destino.

La aguja del fonógrafo salta, rompiendo el hechizo entre nosotros. Adrian retrocede con evidente reticencia.

—Adrian —su nombre sale apenas como un susurro.

—Charlotte —la forma en que lo dice—como una plegaria, como salvación.

Cuando sus labios se encuentran con los míos, es tiernamente doloroso. Su boca fría se mueve contra la mía con exquisito cuidado, como si pudiera romperme bajo demasiada presión o desvanecerme si cierra los ojos.

Respondo con menos cautela, deslizando los dedos en su largo cabello, acercándolo más. Un sonido retumba en su pecho—no del

todo un gruñido, no del todo un suspiro—mientras sus brazos se estrechan a mi alrededor.

El beso se profundiza, cruzando fronteras invisibles. Su lengua recorre mi labio inferior, buscando un permiso que concedo gustosamente. El sabor de él—menta invernal y algo antiguo más allá de la descripción—llena mis sentidos. Sus manos permanecen cuidadosas, caballerosas, incluso mientras nuestras bocas se involucran en una exploración considerablemente menos contenida.

Cuando finalmente nos separamos, estoy sin aliento mientras él permanece físicamente impasible—salvo por la oscuridad medianoche de sus ojos y la ligera elongación de sus colmillos.

Inhala mi aroma y se acerca a mi cuello. Oigo una brusca inhalación suya. Cuando miro su rostro, ha cambiado a uno de una criatura animalística, con los colmillos completamente extendidos.

Jadeo y retrocedo rápidamente.

—Lo siento, *désolé* —mira hacia abajo, tratando de recuperar el control—. La sed de sangre siempre está ahí para un vampiro. Debo irme.

Y en un segundo, se ha ido.

Me quedo allí, conmocionada. Es tan seductor, tan apuesto, tan culto, tan interesante. Parece estar bajo control. ¿Pero lo está? Podría matarme. Sé que no querría hacerlo, pero es un depredador, un vampiro.

¿Qué estoy haciendo?, pienso para mí misma.

Escucho una voz con una respuesta, la de la señora Graves.

—Querida, estás bailando al borde de un precipicio muy peligroso —y luego desaparece.

Al salir de la sala matutina de Margaret, echo un vistazo al juego de ajedrez, los discos, el escritorio junto a la ventana del jardín. Mi tía creó un santuario aquí—un lugar para la música y la conversación, para juegos, escritura y reflexión tranquila.

En medio de una casa llena de oscuridad y amenazas antiguas, ella talló un espacio para alegrías simples, para conexión, para normalidad. Quizás eso también sea parte de ser Guardiana—no solo proteger al mundo de lo que yace debajo, sino preservar lo que hace que el mundo merezca ser protegido.

Pero ahora es una habitación con significado para Adrian y para mí. Otra complicación en una situación ya imposible.

Pero algunas complicaciones valen la pena el riesgo, reflexiono.

Capítulo Nueve

Los Fantasmas

Estoy clasificando más de los diarios de la tía Margaret en la biblioteca cuando, de repente, la temperatura desciende. Las páginas revolotean como si las hubiera atrapado una brisa, aunque las ventanas están cerradas.

—Ella llevaba mejores registros que la mayoría —la señora Graves se materializa junto al escritorio, su severa mirada evaluando mi trabajo —. Aunque escondió los más importantes.

—¿Escondidos dónde? —pregunto, tratando de no mostrar mi sorpresa por su repentina aparición.

—No dónde, sino cómo —Emily aparece cerca de la estantería, sus dedos translúcidos recorriendo los lomos de cuero sin moverlos—. Margaret escribía en capas. Tinta visible para ojos comunes, zumo de limón para secretos y... —Duda, mirando a la señora Graves.

—Y sangre para verdades destinadas solo a la Guardiana —concluye la señora Graves—. Acerca su diario a la llama de la vela. No

demasiado cerca, solo lo suficiente para calentarlo.

Intrigada, levanto el libro encuadernado en cuero y lo sostengo con cuidado cerca de la vela. Lentamente, unas letras de color marrón rojizo aparecen entre la pulcra escritura de Margaret: mensajes escondidos a simple vista.

—Los escribió antes de que la oscuridad se apoderara de su mente —dice Emily suavemente—. Dijo que debíamos conservarlos para la siguiente Guardiana. Para ti.

Examino el texto emergente: *El espejo muestra la verdad cuando se le pregunta correctamente... Los registros del Consejo están incompletos a propósito... La sangre es la llave de TODAS las puertas... Confía con cuidado, incluso en aquellos que parecen ayudar...*

—¿Se refería a Adrian? —pregunto, observando sus reacciones.

Los fantasmas intercambian miradas cargadas de un significado que no puedo interpretar del todo.

—El vampiro es... —La señora Graves endereza su delantal espectral, eligiendo las palabras con cuidado—. Complicado.

—Él protegió a Margaret —ofrece Emily—. Incluso al final, cuando ella no le reconocía.

—¿Pero? —insisto, percibiendo su reserva.

—Pero está atado de formas que ni siquiera él comprende —la señora Graves se dirige a la ventana, mirando hacia fuera como si vigilara algo—. Dos siglos custodiando esa puerta cambian a cualquier ser, incluso a uno con tanta fuerza de voluntad como él.

—Ha luchado contra ello más tiempo de lo que cualquiera hubiera creído posible —añade Emily, con un deje de admiración en su voz.

—¿Luchado contra qué?

Otro intercambio de miradas significativas.

—La llamada —dice finalmente la señora Graves—. La de abajo. Susurran, ¿sabes? Prometen cosas. Poder. Libertad. Venganza.

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Y Adrian oye estos... susurros?

—Todo el tiempo —la forma de Emily parpadea con agitación—. Día y noche. Durante siglos. Le prometen romper su maldición si tan solo... abriera la puerta.

—¿Lo harían? ¿Romper su maldición?

—Oh, sí —la voz de la señora Graves se vuelve sombría—. Justo antes de deshacer el mundo.

La luz de la vela parpadea, proyectando sus formas translúcidas en un inquietante relieve.

—Margaret confiaba en él —dice Emily rápidamente—. La mayoría de los días, al menos. Pero también llevaba sal en todos los bolsillos.

Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si llegaba el día en que los susurros finalmente vencieran —la señora Graves se vuelve desde la ventana—. Las líneas de sal, Guardiana. ¿Las has comprobado hoy?

No lo he hecho, y su tono deja claro que esta es una grave negligencia.

—Están más finas junto a la ventana del dormitorio este —ofrece Emily—. Y la puerta del sótano necesita refuerzo. Nosotras... les oímos arañar anoche.

—¿Arañar? —Mi pulso se acelera.

—Cuando las barreras se debilitan, ellos prueban —la forma de la señora Graves se vuelve más consistente con su urgencia—. Siempre probando, buscando debilidades. Buscando la más mínima brecha...

Se detiene abruptamente cuando una presencia familiar entra en la habitación.

—Hablando de mí, según veo —Adrian se apoya en el marco de la puerta, su expresión indescifrable—. ¿Debería sentirme halagado o preocupado por tan dedicada atención?

Los fantasmas se acercan más a mí, sin situarse exactamente entre nosotros, pero tampoco alejándose.

—La Guardiana estaba revisando los diarios de Margaret —dice la señora Graves, con un tono cuidadosamente neutral.

—Ah. ¿Descubriendo todos sus pequeños secretos? —su sonrisa no llega a sus ojos—. Margaret era toda una investigadora. Especialmente en sus últimos años, antes de la enfermedad.

—¿Antes o después de que los susurros comenzaran a afectar su mente? —pregunto con valentía.

Algo peligroso cruza por su rostro antes de suavizarse en una neutralidad estudiada. —Habéis sido bastante comunicativas —les dice a los fantasmas—. Qué... inesperado.

—La Guardiana necesita saber —la voz de Emily se fortalece con convicción—. Margaret quería que lo supiera.

—¿Ah, sí? —la mirada de Adrian se agudiza—. ¿Todo?

—Lo suficiente para sobrevivir —replica la señora Graves—. Lo suficiente para entender lo que está en juego.

Cae un incómodo silencio mientras Adrian y la señora Graves participan en lo que parece una silenciosa batalla de voluntades. Finalmente, él inclina ligeramente la cabeza.

—Muy bien. Pero quizás deberíais recordarle a nuestra nueva Guardiana lo de las líneas de sal. Especialmente cerca de la puerta cerrada —sus ojos se encuentran con los míos, emociones complejas arremolinándose en sus profundidades ámbar. Siento el beso en mis labios, las manos en mi cuerpo durante nuestro baile anterior.

¿Cómo no sentirlo?—. Los arañazos fueron más fuertes anoche que en décadas.

Con eso, desaparece tan súbitamente como había aparecido. Se le da realmente bien hacer salidas rápidas, observo.

Emily suelta un suspiro tembloroso. —Se mueve así para asustarnos.

—¿Funciona? —pregunto, intentando procesar esta extraña interacción.

—Siempre —admite—. Pero parece que a ti no te molesta, Guardiana.

—Tienes razón —sonrío.

La señora Graves resopla con desaprobación. —La sal, Guardiana. Y quizás revise lo que Margaret escribió sobre el espejo. Si los arañazos se hacen más fuertes... —Mira hacia el sótano—. Puede que necesitemos su perspicacia antes de lo previsto.

Están a punto de desvanecerse, puedo verlo. Antes de que desaparezcan por completo, hablo. —Esperad. Por favor.

Hacen una pausa, sus formas brillando como espejismos de calor.

—Me he estado preguntando... —dejo el diario con cuidado—. ¿Cómo llegasteis ambas a quedar... vinculadas a la mansión? ¿Qué os mantiene aquí?

Los fantasmas intercambian otra mirada, esta teñida de sorpresa.

—Nadie nos ha preguntado eso en mucho tiempo —dice la señora Graves, su forma solidificándose ligeramente—. Normalmente estaban demasiado asustados para hablar con nosotras.

Emily se acerca flotando, ansiosa por compartir. —Yo era dama de compañía de la sobrina de Victoria en 1872. Pensé que era un puesto maravilloso hasta que... —Mira sus manos translúcidas—. Hasta que vi algo que no debía. En el sótano.

—¿Qué viste?

—La puerta. Abierta. Solo una rendija —su forma parpadea con el miedo recordado—. Lo suficiente para oír las voces. Para ver lo que aguarda —Se abraza a sí misma—. Intenté correr. Avisar a alguien. Pero las escaleras... no estaban donde debían. Me caí.

—Victoria lo organizó todo —añade la señora Graves sin rodeos—. Necesitaba otra guardiana para la mansión. Los muertos pueden ver cosas que los vivos pasan por alto.

Emily asiente tristemente. —Mi sangre selló parte de la barrera. Mi espíritu permaneció para vigilarla.

—Lo siento —digo con sinceridad.

Trago saliva. —¿Y usted, señora Graves?

El fantasma de rostro severo se endereza. —Fui ama de llaves aquí de 1903 a 1947. Dirigí este lugar con disciplina adecuada. El vampiro y yo llegamos a un entendimiento: él se ocupaba de sus obligaciones y yo de las mías —Un atisbo de orgullo entra en su voz

—. Yo sabía lo que acechaba abajo. Conocía mi papel para mantenerlo contenido. Cómo ayudar a la Guardiana.

—Pero, ¿cómo...? —Dudo, sin saber cómo preguntar educadamente sobre su muerte.

—¿Morí? —Levanta una ceja—. Fallo cardíaco, completamente natural. Pero había realizado el ritual del mayordomo. Vinculé mi servicio a la mansión más allá de la muerte.

—¿Eligió quedarse? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—Alguien tenía que mantener los estándares —resopla con desaprobación—. Las Guardianas van y vienen. Emily estaba sola y no era ama de llaves. Me necesitaba. El vampiro permanece pero está limitado por su maldición. Yo proporciono... continuidad.

—¿Y ha estado vigilando la mansión desde entonces?

—Cada puerta. Cada ventana. Cada brecha en las barreras. Y sigo dirigiendo la casa, sirviendo a la Guardiana —Mira significativamente el recipiente de sal en mi escritorio—. Hablando de eso...

—Me ocuparé de ello —prometo—. Pero una pregunta más, ¿habéis visto alguna vez... a otros como vosotras aquí? ¿Otros espíritus?

Su reacción es inmediata: la forma de Emily parpadea salvajemente mientras la señora Graves se vuelve más sólida, casi enfadada.

—Hay otros —reconoce la señora Graves con rigidez—. Pero no como nosotras. Nunca te acerques a ellos. Especialmente a la mujer

de negro.

—Ella no está... —la voz de Emily baja a un susurro—. No está verdaderamente muerta. Tampoco verdaderamente viva. Es algo... intermedio.

—Victoria —adivino.

La señora Graves asiente bruscamente. —Sí. Aparece más a menudo en los espejos. O cerca de la puerta cerrada. Si la ves, refuerza las líneas de sal inmediatamente y llama al vampiro.

—¿Y qué hay de la ayuda de Adrian en este asunto?

—¿En el asunto de Victoria? Su odio por ella es más profundo que los propios cimientos.

La forma de Emily empieza a desvanecerse. —Nos hemos quedado demasiado tiempo. Nos agota permanecer visibles, señorita Charlotte. Gracias por querer saber sobre mí.

—Gracias a vosotras —digo rápidamente—. Por contármelo. Por ayudar. Os valoro.

La señora Graves me dedica una mirada casi maternal. —Eres la Guardiana ahora. Nuestro propósito es asistirte —También empieza a desvanecerse—. Aunque date prisa con esa sal. Por favor. Los arañazos son cada día más fuertes.

Mientras desaparecen, me quedo con sus historias resonando en mi mente. Sangre sellando barreras. Décadas y décadas de vigilancia.

Custodia elegida y servicio forzado.

El desafío está claro.

Capítulo Diez

La advertencia de Pierce y los grimorios

El nombre de Harrison Pierce parpadea en la pantalla de mi móvil. Cuando contesto, las primeras palabras de Pierce me hielan la sangre en las venas.

—Dios mío, ha aceptado el papel, ¿verdad? Lo puedo oír en su voz. ¿Por qué no me ha llamado? Pensé que había vuelto corriendo a Boston —suena aterrorizado—. ¿Qué ha hecho, señorita Charlotte?

Detrás de mí, algo en las paredes de la mansión comienza a palpitar, como un corazón enorme latiendo en sincronía con el mío.

—Señor Pierce —mantengo la voz firme—. Estaba a punto de llamarle.

—No, no, no lo entiende —papeles se agitan frenéticamente en su lado—. Las condiciones... ¿leyó todas ellas? ¿Entendió lo que significa realmente aceptar el papel?

—Lo leí todo cuidadosamente. Pronuncié las palabras exactamente como estaban escritas.

—Oh, Dios —parece estar a punto de hiperventilar—. Escúcheme con mucha atención, señorita Marlowe. Necesita... necesita... —su voz se convierte en un susurro—. ¿Está *él* ahí? ¿Puede oírnos?

Echo un vistazo a la cocina vacía. —¿Adrian? No en este momento.

—¡No diga su nombre! —sisea Pierce—. Los nombres tienen poder. Especialmente en ese lugar. Y los vampiros tienen un excelente sentido del oído a grandes distancias.

El pulso en las paredes se vuelve más fuerte. —Señor Pierce, necesito información. El inventario de la mansión, registros de Guardianes anteriores, cualquier cosa que pueda ayudarme a entender...

—No —me interrumpe—. La mayoría de los registros fueron destruidos. Hubo un incendio en el 87. Las únicas copias restantes están en la sección restringida de la biblioteca.

—¿Los libros encuadernados en rojo?

—¡No toque esos! —su voz se quiebra—. Algunos conocimientos son demasiado peligrosos. Algunas puertas no deberían abrirse —la estática interrumpe la llamada por un momento.

—...hay algunos documentos aquí en la caja fuerte... —la estática nos interrumpe de nuevo— ...demasiado peligroso... —la línea se corta otra vez.

—¿Señor Pierce?

—Las barreras —susurra—. Ya están afectando las comunicaciones. Escuche, su tía intentó advertirme que esto podría pasar. Dejó algo para usted. En la caja fuerte de mi oficina. Pero no puedo... no debería...

La línea se corta.

Me quedo mirando el teléfono, añadiendo esta extraña conversación a mi archivo mental de evidencias. El pulso en las paredes se desvanece gradualmente, dejando preguntas que exigen respuestas.

Es hora de encontrar respuestas.

Iré a ver al nervioso Pierce mañana o pronto, y conseguiré lo que hay en la caja fuerte, pero por ahora, necesito examinar esos libros encuadernados en rojo. ¿Por qué? Porque Pierce dijo que no debería. Y porque otros documentos fueron quemados en un incendio.

Deben ofrecer información que necesito.

Me deslizo dentro de la biblioteca y cierro la puerta con llave, no es que una puerta cerrada pueda mantener fuera a los fantasmas, o quizás ni siquiera a los vampiros.

Sea lo que sea que contengan estos libros encuadernados en rojo, dudo que Adrian o los fantasmas aprueben mi investigación. Pero nunca he sido de las que dejan piedras sin remover, especialmente cuando alguien intenta desesperadamente mantenerlas en su lugar.

Era lo mismo cuando trabajaba en casos difíciles. Siempre había pruebas ocultas, pruebas que alguien no quería que viera, algún testigo escondido, algo "demasiado peligroso" para contemplar. Pero siempre lo encontraba, siempre descubría la verdad.

La sección restringida de la biblioteca no es difícil de encontrar. Un armario con frente de cristal se encuentra en el rincón más alejado de la biblioteca, ligeramente apartado de las otras estanterías. Al acercarme, el aire se vuelve notablemente más frío, y percibo el débil aroma de rosas, no las rosas invernales de Adrian, sino algo más oscuro, más dulce. En descomposición. Genial, ese es el olor de Victoria, estoy segura. Miro a mi alrededor nerviosa.

El cerrojo del armario se abre con mi tacto, una señal de la creciente respuesta de la mansión hacia mí. O quizás de aceptación.

Dentro, doce volúmenes idénticos de cuero rojo se yerguen en formación precisa, sus lomos sin marcar excepto por extraños símbolos grabados en lo que parece sospechosamente oro deslucido.

—¿Qué secretos estáis ocultando? Empecemos con el volumen uno —murmuro, alcanzando el pesado tomo.

El libro está caliente al tacto, de forma antinatural, como si hubiera sido sostenido recientemente o tal vez estuviera vivo de alguna manera inexplicable. Cuando lo abro, las páginas parecen estremecerse de anticipación.

El texto no está en inglés, ni en ningún idioma que reconozca. Pero mientras miro la elegante escritura, las letras comienzan a cambiar, reordenándose ante mis ojos hasta que, de alguna manera, puedo leerlas.

El Grimorio Blackthorn - Volumen I: Orígenes y Linajes
Por Victoria Blackwood-DuBois

Mi corazón late con fuerza. Estos no son solo registros, son los grimorios personales de Victoria. *La Sorcière Noir.* Su magia, sus planes, sus secretos, todos registrados por su propia mano.

Las primeras páginas detallan la fundación de la Mansión Blackthorn, construida precisamente en la convergencia de tres líneas ley como Elizabeth me dijo. No por conveniencia o belleza, sino para contener algo antiguo que había sido descubierto:

Las entidades se llaman a sí mismas Dévoreurs d'Âmes, Devoradores de Almas. Sus promesas son tan seductoras como falsas. Su hambre, ilimitada. Su poder, innegable. He visto lo que pueden hacer cuando se les da la más mínima apertura a nuestro mundo. La masacre de Falmouth fue apenas una muestra de su capacidad.

Sin embargo, ¡qué poder poseen! Doblar la realidad misma, transformar la materia a voluntad, conceder una especie de inmortalidad... Estos seres podrían elevar a la humanidad más allá de sus insignificantes limitaciones... si se controlan adecuadamente.

Y yo los controlaré. Esta es mi búsqueda.

Paso la página y encuentro bocetos detallados de los cimientos de la mansión, mostrando una intrincada serie de canales y cámaras debajo. La cámara central contiene algo que parece un pozo, pero las notas al lado lo llaman "El Umbral".

Una nota al margen llama mi atención:

La sangre del vampiro lleva la magia antigua: contención y estabilidad. La sangre de la bruja proporciona canalización y transformación. Juntas, crean el recipiente perfecto. La LLAVE perfecta para mí.

Páginas posteriores revelan los experimentos de Victoria combinando sangre de vampiro y bruja. Los resultados están registrados con indiferencia clínica, a pesar de que claramente describen horribles fracasos. Personas —sujetos de prueba— ardiendo desde dentro, sus cuerpos transformándose en formas monstruosas antes de desintegrarse por completo. Lo que describe son experimentos despiadados, malvados, crueles...

Casi cierro el libro con repugnancia cuando me encuentro con una página con el nombre de Adrian:

Adrian de Lanier resulta muy prometedor. Su linaje lleva rastros de la magia antigua, aquellos que una vez supieron cómo atar grandes poderes. Combinado con mi propia herencia de bruja, nuestra unión produciría el híbrido perfecto de sangre para insertar en un elegido. Pero el necio se resiste, aferrándose a nociones anticuadas de elección y libertad.

No importa. Tengo otros métodos.

Mis manos tiemblan mientras paso a otra página marcada, encontrando un ritual detallado titulado "La Reclamación".

Cuando el Recipiente esté completamente despierto, fusionaré nuestras esencias durante la luna nueva. Mi conciencia absorberá la suya, mientras su cuerpo anclará mi poder. Juntas abriremos el Umbral y aprovecharemos lo que hay más allá.

No es de extrañar que Pierce me advirtiera que me alejara de estos libros. El conocimiento quema como ácido.

Alcanzo el segundo volumen, decidida a saber más, cuando una mano fría se cierra sobre la mía.

—Yo no lo haría, si fuera tú —la voz de Adrian es suave pero tensa —. Algunas verdades es mejor absorberlas lentamente. Acabas de asimilar mucho.

Levanto la mirada y encuentro sus ojos oscuros de preocupación, y algo más. Conocimiento. Él ha leído estos libros antes.

—Lo sabías —no es una pregunta—. Sobre el Grimorio y el malvado plan de Victoria.

—No al principio —separa suavemente mis dedos del libro—. Descubrí estos grimorios hace décadas, después de que Margaret los encontrara ocultos en una cámara sellada. No podía leerlos entonces; responden solo a la sangre Blackwood o Blackthorn. Pero Margaret sí podía.

—¿Y ella te contó lo que contenían?

—Algo. No todo —su pulgar acaricia mi muñeca, sintiendo mi pulso acelerado—. Sabía que Victoria intentó manipular linajes. Y que las cosas horribles de abajo nunca deberían existir, nunca ser liberadas... y que esa era su horrible búsqueda.

Suelta mi muñeca y se estira más allá de mí para devolver el segundo grimorio a su lugar. —Deberías, o deberíamos, discutir esto con Elizabeth. Estos libros contienen más que solo los planes de

Victoria; contienen su magia. Magia de brujas. Elizabeth es una bruja poderosa, con conocimientos, y puede ayudar... Charlotte, estos grimorios son extremadamente poderosos. Incluso leerlos puede cambiarte.

—¿Cambiarme cómo?

—Podrían acercarte a lo que ella ha planeado.

—No cooperaré con sus planes malvados.

—Sin embargo, aquí estás, leyendo sus libros, acercándote a un vampiro, hablando con fantasmas, esparciendo sal, diciendo las palabras para convertirte en Guardiana —su sonrisa no contiene humor.

—O —le aprieto la mano—, tal vez reescribiendo completamente el guion. El conocimiento es poder, Adrian. Si sé lo que quiere hacer, puedo planificar cómo evitarlo. Ser más astuta que ella.

Algo destella en sus ojos: respeto, esperanza, miedo. —Siempre la fiscal. Buscando lagunas en el caso contra ti.

—Contra nosotros, contra la Mansión Blackthorn —corrijo—. Contra la humanidad si esos Devoradores son lo que dicen y son liberados.

—Entonces quizás... —su voz se suaviza mientras aparta un mechón de pelo de mi cara—. Quizás juntos podríamos lograr lo que ninguno podría solo.

—¿Vencerla en su propio juego?

Su sonrisa muestra colmillos mientras asiente. —Reescribir las reglas por completo.

El aire entre nosotros se carga de posibilidades, y algo más personal, más peligroso.

¿Es realmente un aliado?

—Debería llamar a Elizabeth —digo, aunque no hago ningún movimiento para soltar su mano.

—*Oui* —asiente, su pulgar trazando patrones en mi palma—. Aunque quizás no antes de discutir estrategia. Planes propios.

Al salir de la biblioteca, echo una última mirada a los libros encuadernados en rojo. Tantos más por leer, tanta información por absorber y entender. Y si sus grimorios contienen el conocimiento que necesitamos para hacerlo, leeré cada maldita página. Todo a su debido tiempo.

Algunos peligros merecen la pena.

Capítulo Once

El punto de vista de Adrian

Los primeros días de Charlotte en Mansión Blackthorn

La percibo antes de verla. La recién llegada. La sobrina de Margaret.

Los guardianes mágicos de la mansión vibran cuando cruza el umbral – sangre Blackthorn, definitivamente, pero algo más. Algo que llama a la oscuridad en mí como el canto de una sirena.

Desde las sombras de la galería superior, la observo entrar en la mansión. *Mon Dieu*, es magnífica. Alta y elegante, con cabello como las hojas otoñales y unos ojos que no se pierden detalle. Se mueve como una reina segura de sí misma, absorbiendo el gran vestíbulo con aguda inteligencia en lugar del miedo que muestran la mayoría de los mortales.

El aroma de su sangre me golpea como el mejor brandy – rico, complejo, con matices de magia bajo la superficie. Mis colmillos duelen. Los hago retroceder gracias a siglos de control practicado.

No es una presa. Es la Guardiana. O con suerte lo será pronto.

Podría ser la presa más tentadora que he encontrado en dos siglos – pero los Guardianes no son presas.

Sigo su recorrido por la mansión, manteniéndome en las sombras, observándola con fascinación y hambre. Escuché cómo manejó a ese idiota de Pierce en el exterior, mostrando acero bajo seda.

Cuando lee las condiciones de la herencia, espero duda. En cambio, su pulso se acelera con emoción.

Fascinante.

Los fantasmas ya se sienten atraídos por ella. Emily, siempre la romántica, prácticamente vibra de esperanza. Incluso la severa señora Graves parece impresionada. Sienten lo mismo que yo – esta es diferente.

Cuando entra en la biblioteca, uno de mis dominios favoritos, para buscar "El paraíso perdido", ya no puedo resistirme. Es hora de conocer apropiadamente a la nueva Guardiana. De mostrarme.

—Señorita Marlowe —dejo que mi voz se proyecte desde las sombras—. Bienvenida a Mansión Blackthorn.

Se gira, y *mon Dieu*, es aún más impactante de cerca. Esos ojos – afilados como una hoja, verdes como el jade – me evalúan sin titubear. La mayoría de los humanos retroceden instintivamente ante mi presencia. Ella da un paso hacia mí.

Se mantiene perfectamente compuesta mientras hablamos, aunque su pulso delata su consciencia del peligro.

Ofrezco mi nombre, observando su reacción. Su pronunciación del francés es excelente cuando responde – cultivada, educada. Cada detalle que descubro me intriga más. Es impresionante de contemplar, pero oculto mi atracción.

Conversa conmigo como una maestra de esgrima, respondiendo a cada estocada con una elegante réplica. La inteligencia brilla en sus ojos. La última Guardiana que mostró tal promesa fue Margaret, antes de que la oscuridad reclamara su mente. A diferencia de Charlotte, sin embargo, nunca hubo esa peligrosa chispa de atracción entre nosotros. Margaret era más como familia – una hermana querida, quizás, o la tía que nunca tuve en mi vida mortal. Nos instalamos en una rutina cómoda durante décadas, su intelecto brillante pero peculiar proporcionándome una compañía bienvenida en mi eterna vigilancia maldita.

Ver cómo la enfermedad apagaba lentamente su mente antes aguda fue... difícil. En sus últimos años, me sentaba junto a su cama mientras ese extraño dispositivo moderno – la televisión – zumbaba sin cesar. A través de él, aprendí mucho del mundo actual, aunque habría cambiado todo ese conocimiento por restaurar su claridad. Mantuve mi vigilia, protegiéndola lo mejor que pude, aunque en verdad, ella había protegido la mansión mucho mejor de lo que yo nunca podría.

Pero la mansión requiere más que simple ocupación. Exige un Guardián en plena posesión de su poder, su ingenio, su fuerza. Mientras observo a Charlotte ahora, rezo para que demuestre ser más fuerte que su tía. La oscuridad vuelve a sentir hambre.

El pensamiento me sobrecoge. Lo que yace bajo la mansión se agita con más fuerza estos días. Las barreras se debilitan. Debido a la enfermedad de Margaret, al aflojamiento de la Guardiana. Ellos lo sabían. Y ahora esta criatura vibrante camina hacia nuestra telaraña de antiguas maldiciones y sombras hambrientas.

Me descubro queriendo protegerla, incluso mientras mi naturaleza de depredador cataloga sus vulnerabilidades. La curva de su garganta donde late su pulso con fuerza. La forma en que inconscientemente se inclina hacia mí cuando hablamos. El embriagador aroma de su sangre, cantando de poder y posibilidad.

—Dime algo verdadero —había exigido durante otra conversación, entrando en mi espacio personal.

Dangereuse, esta mujer. Juega con fuego como si fuera inmune a las quemaduras.

Le doy una verdad sobre *La Sorcière Noire*, viéndola absorber la información con esos ojos penetrantes. Ya está uniendo piezas, esta ingeniosa mortal. Una parte de mí se estremece de emoción – finalmente, una igual intelectual después de tanto tiempo solo. Otra parte tiembla al ver cuán rápidamente desentrañará nuestros secretos y se pondrá en peligro.

Algunos secretos la protegen tanto como me atan a mí.

Cuando comienza a explorar la mansión adecuadamente, sigo sus movimientos. Maneja artefactos invaluables con la reverencia apropiada. Sus dedos recorren los lomos de grimorios que quemarían un tacto menor. La magia de la mansión responde a ella, sutil pero clara.

La puerta prohibida la llama, por supuesto. Todos intentan acceder a ella eventualmente. Pero donde otros se acercaron con codicia o miedo, ella irradia pura curiosidad. La necesidad de saber propia del erudito.

Aparezco antes de que pueda acercarse demasiado. —Los sellos se están debilitando. Las barreras...

—Están fallando —termina ella, ojos brillantes de desafío—. Lo que significa que la nueva Guardiana debería estar más enfocada en la protección que en la exploración, ¿verdad?

La nueva Guardiana. Ese posesivo hace que mi corazón muerto tiempo atrás se contraiga. No tiene idea de lo que realmente significa reclamar ese papel. Qué precio exige la mansión a sus protectores.

La observo trazar líneas de sal con cuidado preciso bajo la guía de los fantasmas. Sus movimientos son elegantes, eficientes. Sin energía desperdiciada. Como una bailarina... o una depredadora.

Cuando trabaja con las hierbas de Elizabeth en las esquinas de la mansión, siento que las barreras se fortalecen. Su poder sin entrenar fluye naturalmente hacia las protecciones. Un talento innato. Y peligroso a su manera.

Percibe a los observadores en el bosque, aunque aún no entiende qué son. Buenos instintos. Los necesitará.

Más tarde, me retiro al sótano para pensar. Su presencia trastorna dos siglos de cuidadosa rutina. Me hace sentir cosas que creía enterradas hace mucho – hambre, sí, pero también curiosidad.

Admiración. Y un profundo deseo que va más allá de la sed de sangre.

Examino una botella de vino de sangre, cosecha de 1897. Un buen año, aunque nada se compara con el hipnótico llamado de su pulso vivo. Quizás eso es lo que me impulsa a responder sus preguntas sobre mi alimentación tan directamente. Merece saber qué tipo de criatura comparte espacio con ella. Cuál es mi necesidad más oscura.

—Quizás eso no sea miedo —había dicho cuando comenté sobre su corazón acelerado.

Provocadora. Tentadora. Quería probar su sangre allí mismo. Tomar su cuerpo en mi abrazo. No tiene idea de lo cerca que estuve de mostrarle exactamente por qué debería temerme. O quizás sí lo sabe, y el peligro la atrae tanto como debería repelerla.

Estamos en una danza, nosotros dos.

Se lo mostré después de nuestro baile, cuando perdí el control. Mi habitual cuidadoso control se hizo añicos.

Ahora me yergo en las sombras, observándola dormir. Sus sueños son inquietos – todos eventualmente tienen sueños extraños en esta casa. Pero mientras se retuerce entre sábanas de seda, su subconsciente luchando con oscuros presagios, su rostro muestra determinación en lugar de terror.

—¿Qué voy a hacer contigo, *ma gardienne*? —susurro a su forma dormida.

¿Protegerla? ¿Seducirla? ¿Observarla desentrañar nuestros misterios hasta que nos salve a todos o se condene intentándolo?

Abajo, en los cimientos de la mansión, hambres antiguas se agitan. Las barreras se adelgazan. Fuerzas se reúnen en la oscuridad.

Y yo monto guardia sobre esta mujer fascinante y peligrosa, sabiendo que tengo tantas probabilidades de ser su condenación como su salvación. ¿Cuánto tiempo podré contenerme? Mi deseo amenaza con romperme, con estallar, contenido durante tanto tiempo en la mansión. Nunca antes había sentido tal deseo por una mujer.

Murmura en sueños, girando hacia mi sombra como si percibiera mi presencia. Una sonrisa toca sus labios.

Mis colmillos duelen. Mi frío corazón anhela. Todo lo que he mantenido cuidadosamente durante dos siglos amenaza con deshacerse.

Bienvenida a Mansión Blackthorn, Charlotte Marlowe. Que sobrevivas a lo que tu valentía ha despertado – en la oscuridad de abajo, y en mí.

Capítulo Doce

¿Sueños o pesadillas?

Me he pasado el día leyendo el diario de tía Margaret y el segundo volumen del grimorio encuadernado en rojo, intentando absorber todo el conocimiento posible. He investigado en internet. He hablado con Elizabeth en el pueblo durante aquella primera visita. He entrenado con Adrian y he recopilado lo que he podido de los fantasmas. Estoy reuniendo conocimientos, como haría en un caso judicial. Decido posponer la visita a Pierce hasta mañana.

Ha sido un día agotador y estoy lista para irme a la cama.

Me quedo dormida con el fuego crepitando en la chimenea. Casi inmediatamente empiezo a soñar...

Todo comienza con rosas.

Florecen en la oscuridad, pétalos negros desplegándose a lo largo de las paredes de la mansión, sus espinas afiladas como navajas. Recorro los pasillos, con la luz de la luna pintándolo todo en tonos plateados y sombras. Los espejos que paso muestran diferentes

reflejos: en algunos visto de negro victoriano, en otros mis ojos brillan con un fuego interior, en uno llevo un holgado vestido blanco, y en otros no aparezco reflejada en absoluto.

Las rosas susurran a mi paso. *Guardiana*, parecen decir. *Protectora. Sacrificio.*

La música flota desde el salón de baile en el ala este —un vals tocado en un piano invisible, inquietante y familiar. Cuando entro, la sala está llena de bailarines con elaborados trajes históricos. Pero algo no encaja. Sus rostros son demasiado afilados, sus movimientos demasiado fluidos. Cuando se giran, vislumbro colmillos detrás de sonrisas pintadas.

—No mires demasiado de cerca, *mon chérie* —aparece Adrian a mi lado, devastador en su traje de gala formal de su propia época—. Algunas máscaras es mejor dejarlas puestas.

Mi vestido es una obra maestra de seda aguamarina que fluye como el agua, adhiriéndose a cada curva antes de caer en cascada hasta el suelo. El escote baja peligrosamente, mientras que el corpiño abraza mi figura como las manos de un amante. En este espacio onírico, me siento transformada —no solo hermosa, sino poderosa. Peligrosa. Cuando Adrian extiende su mano, con sus ojos ámbar oscureciéndose al verme, sé que le afecto tanto como él a mí. A pesar de todas las alarmas en mi mente, tomo su mano.

Bailamos, su contacto fresco pero no frío, poderoso y controlador, enviando electricidad a través de mi piel. Los otros bailarines se vuelven borrosos y se desvanecen hasta que estamos solos en la vasta sala. Sus ojos ámbar sostienen los míos, hipnóticos y hambrientos. Es seductor. Me gusta, sentir nuestros cuerpos moverse juntos al ritmo de la música inquietante.

Acaricia con su nariz mi oreja, mi cuello, y se siente tan bien.

—Las barreras están fallando —murmura contra mi oído—. ¿Puedes sentirlas temblar?

Puedo. El aire mismo vibra con advertencia. Bajo nuestros pies, algo pulsa, como un corazón masivo latiendo en los cimientos de la mansión.

—¿Qué está pasando? ¿Qué se acerca? —pregunto.

—Todo —su mano se desliza por mi columna, sintiendo mi cuerpo—. Nada —sus labios rozan mi cuello—. Elige con cuidado, *ma gardienne*. Tu dulce sangre atrae a más que solo a mí.

La música cambia, se vuelve discordante. Las rosas en las paredes comienzan a sangrar. En el espejo, la veo —la mujer de negro victoriano que vi en Salem, su sonrisa llena de malicia. Victoria. La Bruja Negra. Una vampira. Un híbrido.

—Pequeña Guardiana —llama, su voz como cristal rompiéndose—. ¿Crees que puedes mantenerlo atado? ¿Crees que puedes mantener a cualquiera de ellos atado?

El suelo se agrieta bajo nuestros pies. En el sótano, algo grita —un sonido de hambre ancestral y rabia infinita.

—Los sellos se están rompiendo —aparece el fantasma de Emily en el sueño, frenética—. ¡Están desesperados por salir!

—No puedes detenerlo —ríe la mujer de negro—. La puerta se abrirá. La sangre fluirá. Y todo lo que tu preciada tía y todas las demás Guardianas intentaron evitar sucederá.

Adrian me acerca más, protector pero peligroso. —Dime, Charlotte —susurra contra mis labios—, ¿qué sacrificarías para salvar lo que proteges?

—Todo —me escucho decir.

—Entonces quizás —sus colmillos rozan mi garganta—, estás lista para conocer la verdad.

Las rosas se convierten en espinas, penetrando profundamente. El espejo se hace añicos. Y desde debajo de la mansión, algo antiguo y terrible comienza a elevarse. Lo siento...

Despierto jadeando, con las sábanas enredadas a mi alrededor, mi piel eléctrica donde el contacto onírico de Adrian persistía. Fuera de mi ventana, la luna está roja como la sangre, y en algún lugar en la oscuridad, una mujer ríe.

No solo un sueño entonces. Una advertencia.

¿Pero de qué?

Capítulo Trece

Revelaciones

Despierto profundamente turbada por el sueño y la sensación persistente de las manos de Adrian en mi piel. De las amenazas de Victoria, el baile de máscaras vampírico.

El sueño se adhiere como telarañas —el vals, las advertencias, la forma en que su contacto se sentía peligroso y emocionante a la vez. Pero sobre todo, recuerdo el terror que provenía de abajo, esa sensación de cosas antiguas agitándose en los cimientos de la mansión.

Mi mente racional quiere descartarlo como imaginación provocada por el estrés. Pero la rosa negra que yace en mi alféizar sugiere lo contrario.

La cocina se convierte en mi primera misión del día, mi necesidad de café sobrepasa todo lo demás. Estoy midiendo los granos de café cuando el aire cambia.

—¿Sueños inquietantes, *ma gardienne*?

No me sobresalto ante la repentina aparición de Adrian, aunque mi pulso se acelera. —Tú lo sabrías, aparentemente.

Se apoya contra la encimera con gracia inhumana, su atuendo de hoy consiste en una camisa gris marengo y pantalones negros que de alguna manera logran parecer modernos y atemporales a la vez. —La magia de la mansión a menudo habla a través de los sueños. Especialmente a los nuevos Guardianes.

—¿Es eso lo que estabas haciendo en mi sueño? ¿Hablando a través de la magia de la mansión?

Su sonrisa muestra un atisbo de colmillo. —Quizás simplemente deseaba bailar contigo.

El calor invade mis mejillas mientras me concentro en la cafetera. —¿Sueles invadir los sueños de tus Guardianes?

—*Non*. —Su voz se vuelve más profunda—. Pero ninguno de ellos soñó conmigo como tú lo haces. Margaret era como una hermana para mí, y la Guardiana anterior me tenía miedo. Tenía tantos hechizos de protección que apenas podía acercarme a ella.

Me giro para enfrentarlo, negándome a sentirme azorada. —Entonces dime, ¿cómo exactamente sueño contigo?

—Con demasiada confianza. —Se acerca más, invadiendo mi espacio personal, su movimiento característico. Percibo su aroma familiar, de rosas invernales—. Y muy poco miedo.

—Quizás simplemente reconozco la diferencia entre el teatro y la verdadera amenaza.

Sus ojos se oscurecen. —¿Crees que mi peligrosidad es mero teatro?

—Quizás —me sirvo el café, manteniendo las manos firmes a pesar de su proximidad—. ¿Te gustaría un café, Adrian? —pregunto, cambiando de tema.

En lugar de responder, recorre con un dedo frío mi clavícula, haciéndome estremecer. —Tu corazón se acelera cuando estoy cerca. Sin embargo, sigues manteniéndote firme. Fascinante. Me resulta fascinante.

—Estás cambiando de tema.

—¿Lo estoy haciendo? —Su contacto se desliza más arriba, hacia mi garganta—. ¿O estoy demostrando por qué existen las advertencias?

Sostengo su mirada con firmeza. —Si estás intentando asustarme, deberías saber que los fiscales como yo tratamos con depredadores todos los días.

—Pero no con este tipo de depredador. —Inhala profundamente, mostrando sus colmillos, sus ojos oscureciéndose aún más—. Tu sangre canta incluso más fuerte por la mañana. Toda esa adorable adrenalina fresca.

—¿Es aquí donde me dices que no eres como los otros vampiros?

Se ríe, con auténtica diversión rompiendo la fachada depredadora. —Todo lo contrario. Soy exactamente como otros vampiros, lo cual es precisamente por lo que deberías ser más cautelosa. Somos depredadores que piensan constantemente en sangre. Y sexo. Rastreando a la presa, experimentando la emoción de la caza.

—Y sin embargo aquí estás, asegurándote de que estoy bien después de malos sueños.

Su mano cae. —Quizás simplemente disfruto jugando con mi comida.

—Quizás no eres tan oscuro como pretendes ser.

—Suposición peligrosa, *mon amour*. —Sin embargo, algo se suaviza en su expresión—. Tus sueños... te mostraron cosas. Sobre Blackthorn Manor, *oui*?

Sorbo mi café, considerando cómo proceder. —El sótano. ¿Qué hay realmente ahí abajo?

—No puedo decírtelo todavía.

—Las barreras se están debilitando. Los sueños me mostraron eso.

—Los sueños pueden mentir.

—Pero este no mintió, ¿verdad?

Me estudia durante un largo momento. —No vas a dejar pasar esto, ¿verdad?

—¿Lo harías tú, en mi posición?

—*Non* —suspira—. Lo cual es precisamente lo que me preocupa.

Dejo mi taza de café. —Entonces ayúdame a entender, Adrian. Estos últimos días, he tenido vampiros, brujas y fantasmas advirtiéndome sobre diversos peligros. He aceptado un papel que apenas comprendo, he jurado juramentos que me atan a este lugar y he aprendido que la magia es muy, muy real. ¿No crees que merezco algunas respuestas?

—¿Merecer? —Su sonrisa se vuelve afilada como una navaja—. *Mon chérie*, en mi experiencia, lo que merecemos rara vez coincide con lo que recibimos.

—¿Es eso lo que te pasó a ti?

Su expresión se cierra. —¿Qué quieres decir?

—No naciste siendo vampiro. Alguien te convirtió. Te cambió. ¿Fue eso lo que merecías? ¿O lo que querías?

Por un momento, la temperatura en la cocina desciende varios grados. Luego se ríe suavemente. —¿Intentando comprender al monstruo, Charlotte? Qué moderna eres.

—¿Es eso lo que eres? ¿Un monstruo?

—Entre otras cosas. —Pero se acomoda contra la encimera, suavizando parte de su filo peligroso—. Aunque sospecho que no descansarás hasta descubrir mis secretos.

—Soy fiscal. Abogada. Nos gustan las pruebas. Los hechos. Entender los motivos.

—Entonces quizás podamos hacer un intercambio.

—Te encanta hacer intercambios, ¿verdad?

Sus ojos brillan con algo parecido a la picardía. —*Oui*. Tú me dices exactamente lo que viste en tus sueños, y yo te contaré una historia de mi pasado. Aunque te advierto, mi pasado no es particularmente agradable.

Considero su oferta. —¿Toda la verdad?

—Todo lo que sea seguro que sepas.

—Define seguro.

Sonríe. —Realmente no sabes cómo echarte atrás, ¿verdad?

—¿Me respetarías si lo hiciera?

—*Touché*. —Hace un gesto hacia la mesa de la cocina—. ¿Procedemos?

Agarro mi café y me acomodo en una silla, observándolo moverse con esa gracia líquida. —Entonces, sobre ese baile...

Sus ojos se oscurecen con el recuerdo —real o soñado, no estoy segura—. —Efectivamente. Aunque quizás deberíamos empezar con lo que vino después. Lo que viste bajo el suelo.

—El latido. La sensación de algo... despertando.

—No solo algo. —Se inclina hacia adelante—. Muchas cosas. Cosas muy antiguas, muy hambrientas.

—¿Qué son?

—Eso... —Hace una pausa cuando suena mi teléfono—. Tendrá que esperar. Creo que la bruja está llamando.

En efecto, es Elizabeth quien llama.

—Hola, Charlotte. Quería ver cómo estabas. ¿Cómo te encuentras?

—Acostumbrándome a la Mansión, supongo.

—Sentí algo. He preparado algunas protecciones herbales más para ti, y algunas infusiones especiales.

—Prefiero el café —me río—. Pero gracias. ¿Puedo ir a verte pronto? ¿Mañana o pasado? Estoy leyendo los grimorios y los diarios de Margaret... me gustaría obtener más información sobre la historia de la mansión, cosas que probablemente conoces. Es un proceso, aprender...

—Sí. Ven cuando quieras.

Adrian abandonó la cocina durante la llamada, así que tendremos que continuar nuestra conversación e intercambio más tarde.

Paso varias horas leyendo el siguiente grimorio y el diario de Margaret.

Decido que necesito tomar un descanso de los grimorios y diarios y centro mi atención en documentar los tesoros visibles de la mansión, fotografiando obras de arte y anotando cualquier cosa inusual. Algunas piezas parecen cambiar entre visualizaciones, mientras que otras se resisten a ser fotografiadas, saliendo borrosas u oscurecidas.

Pero es una tarea placentera que me permite conocer Blackthorn Manor más íntimamente. Y evoca buenos recuerdos de mi madre y yo, y de su negocio de arte.

Siento que necesito documentarlo todo y, además, podría encontrar más diarios u otros artefactos que puedan ayudarme en mi nueva posición. Algo que pudiera desbloquear secretos. Es un día completo.

Al anochecer, estoy relajándome en mi dormitorio con algunos diarios a mi lado.

El zumbido de mi teléfono me interrumpe. Una cascada de mensajes exige atención. El nombre en la pantalla me provoca una sonrisa inmediata: Marcus, mi asistente exageradamente estiloso, de vacaciones en Hawái.

¡¡¡¡DIOS MÍO, CHARLOTTE!!!! ¿Has visto las noticias? ¿¿¿LAS HAS VISTO???

MIRA CNN AHORA MISMO.

Literalmente no puedo ni... Estoy temblando.

¡¡¡¡Llámame en el SEGUNDO que veas esto. SEGUNDO!!!!

Adrian aparece en mi puerta y levanta una ceja ante mi expresión. —¿Algo va mal?

—Es Marcus —explico, ya escribiendo una respuesta—. Mi asistente de Boston. Está de vacaciones en Hawái pero ha visto algo... Ha pasado algo.

Enciendo la televisión y mi teléfono suena al mismo tiempo: Marcus prescinde de los mensajes en favor del dramatismo vocal inmediato.

—Charlotte, ¿has puesto las noticias? ¿Estás sentada? Por favor, dime que estás sentada —exige su voz familiar sin preámbulos, con un ligero temblor bajo su habitual tono teatral que sugiere auténtica angustia.

—Estoy sentada. Hay un anuncio en este momento. ¿Qué ha ocurrido?

—La familia criminal Bambini, ya sabes, ¿los del caso RICO masivo del año pasado? ¿Los que tú desmantelaste? La mayoría están en la cárcel. Algún miembro de la familia que quedaba ha bombardeado el edificio del bufete anoche. Como, bombas reales. Como en una película, excepto que es real y es nuestra oficina —bueno, tu antigua oficina— y, Dios mío, Charlotte.

Siento que la sangre abandona mi rostro. —¿Víctimas?

—Tres socios estaban trabajando hasta tarde: Donaldson, Reeves y Gladwell. Ellos... no lo consiguieron. Cinco empleados de apoyo hospitalizados. Si yo no estuviera en mis vacaciones de 'encontrarme a mí mismo' en Hawái... —Su voz se quiebra.

—Marcus, lo siento mucho —susurro, encontrándome con la mirada preocupada de Adrian al otro lado de la habitación—. ¿Estás a salvo?

—Estoy literalmente a océanos de distancia y pienso quedarme así, cariño. Ya he cambiado mis redes sociales a privadas y he reservado una cabaña bajo otro nombre. Puede que sea dramático, pero no soy estúpido. Han arrestado al hombre que lo hizo. Pero aun así...

Hace una pausa, y casi puedo verlo recomponiéndose, recurriendo al humor negro como mecanismo de defensa.

—Así que... resulta que tu 'excedencia por emergencia familiar' tuvo un momento impecable. Los socios restantes anunciaron esta mañana que están disolviendo el bufete. Demasiado riesgo, dijeron. La mayoría de los abogados ya están recibiendo ofertas de competidores seguros de la venganza italiana.

La noticia me golpea con una extraña distancia, como si escuchara sobre una vida que hubiera vivido en otra época. En muchos sentidos, así era. Con mi mudanza aquí y mi inmersión en el misterio de Blackthorn Manor, mi existencia como fiscal de Boston parece casi como los recuerdos de otra persona.

—¿Estás bien, Marcus? —pregunto, con genuina preocupación por mi asistente sobreponiéndose a la desconexión surrealista—. ¿Cuál es tu próximo movimiento?

—Querida, ya me ha fichado Lattimore y Welsh, ¿recuerdas a ese socio senior guapísimo con los trajes de Tom Ford? Están expandiendo sus operaciones en la costa oeste. Asistente personal del socio director, veinte por ciento de aumento, y un paquete de reubicación que incluye hombres adultos reales para empacar mi

armario. Empiezo el próximo mes, una vez que este horrible asunto de los Bambini se calme.

El alivio me invade. —Marcus, eso es perfecto para ti.

—Lo es, ¿verdad? —Su voz se suaviza—. ¿Qué hay de ti, Charlotte? ¿Algún plan para volver al campo de batalla legal? Porque, cariño, tu reputación es oro puro ahora mismo. ¿Una fiscal senior joven, guapa y letal con el sentido común de estar en otro lugar cuando cayeron las bombas? Los bufetes prácticamente están batiéndose en duelo para ver quién te hace ofertas.

Miro alrededor de mi habitación, a Adrian que me observa, sintiendo cómo la mansión me acoge.

—Creo que mi carrera legal ha llegado a su conclusión natural, al menos por ahora —digo con sorprendente certeza—. Mis responsabilidades familiares aquí son... exigentes.

Marcus suspira dramáticamente. —Lo sospechaba. La forma en que te fuiste... y te llevaste el Degas. Se sentía más como un adiós que como un hasta luego.

Me río a pesar de las sombrías circunstancias. —Tu percepción sigue sin igual.

—Es mi superpoder. Bueno, eso y saber cuándo los Ferragamos de la temporada pasada todavía pueden funcionar con el McQueen de esta temporada. —Hace otra pausa—. Te echo de menos, Charlotte.

—Yo también te echo de menos —respondo honestamente—. Pero estoy donde necesito estar. Y parece que también es una nueva

aventura para ti.

Después de promesas de mantenernos en contacto y de que Marcus me saque un vago compromiso de "visitar adecuadamente Blackthorn Manor en alguna fecha futura indeterminada", terminamos la llamada. Me quedo sentada en silencio, procesando el final violento del capítulo de mi vida anterior.

Adrian se mueve a mi lado. Sé que ha podido escuchar ambos extremos de la conversación con su excepcional oído vampírico. —El pasado tiene una manera de resolverse cuando lo necesitamos.

—De forma espectacularmente violenta, al parecer —observo con sequedad, aunque sin verdadero humor. Gente ha muerto —colegas con los que trabajé durante años, por distantes que fueran nuestras relaciones personales. Mañana enviaré flores y tarjetas y llamaré a los familiares.

—¿Cambia esto algo para ti? —pregunta Adrian en voz baja, la pregunta cargada de un significado más profundo que la simple curiosidad.

Considero esto, examinando verdaderamente mis sentimientos sobre la destrucción de mi antiguo lugar de trabajo, la disolución de la carrera que había construido con tanta determinación. La respuesta llega con sorprendente claridad.

—No —digo finalmente—. Lamento las vidas perdidas, pero ese capítulo ya estaba cerrado cuando acepté mi papel aquí. Cuando leí las palabras antes del atardecer aquella primera noche. Parece que ahora soy la Guardiana de Blackthorn, para bien o para mal.

La mirada de Adrian transmite comprensión más allá de las palabras. El universo ha cerrado definitivamente la puerta a mi regreso a la vida normal, cortando la última conexión persistente con quien yo era antes de descubrir este nuevo camino.

Charlotte Blackwood Marlowe, fiscal penal, ha dejado oficialmente de existir. Charlotte Blackwood Marlowe, Guardiana de Blackthorn Manor, ha tomado plenamente su lugar.

Capítulo Catorce

Cuestionando al vampiro

—¿Día productivo? —Adrian entra en la biblioteca y echa un vistazo a la pantalla de mi portátil.

—Más o menos. Después de llamar a los familiares de la víctima y encargar flores, pasé la mañana con el diario de Margaret. Esta tarde, quería terminar de catalogar los tesoros de aquí. Pierce dice que no tiene un inventario. Quería ver si había otros diarios, llaves o pistas entre los tesoros artísticos. La influencia de mi madre, supongo. Adrian, he notado que algunas obras de arte parecen tímidas ante la cámara.

—Ciertos objetos prefieren su privacidad —se acomoda en un sillón de cuero frente a mí—. Al igual que ciertos vampiros.

Cierro mi portátil.

—Hablando de eso...

—Ah —su sonrisa es conocedora—. Me preguntaba cuándo continuaría el interrogatorio.

—No es un interrogatorio. Solo... interés profesional. Interés personal. Después de todo, ahora compartimos espacio vital.

—"Vital" es un término relativo.

—Exactamente —me inclino hacia delante—. Adrian, tengo una confesión. He leído todas las novelas de vampiros que existen. Es ficción, por supuesto. Pero, ¿cuánto es realmente cierto? ¿Cruces? ¿Agua bendita? ¿Plata? ¿Ajo? ¿Capacidades auditivas? ¿Hipnotizar a las víctimas? ¿La luz del sol?

Ríe suavemente.

—¿Intentando determinar mis debilidades, *ma gardienne*?

—Intentando separar la realidad de la ficción. Tratando de entenderte mejor. Por ejemplo, claramente tienes reflejo —señalo a un espejo cercano—. Y te he visto tocar plata sin quemarte.

—Muy observadora —se relaja ligeramente—. Muy bien. Un intercambio: tú me dices lo que afirman tus libros, y yo te diré la verdad.

—Me parece justo. ¿La luz del sol?

—Desagradable, fatal si se está demasiado tiempo expuesto. Algunos de nuestra especie adquieren artefactos encantados o joyas que permiten moverse o protegerse bajo la luz solar. Aunque los

vampiros siempre preferirán la oscuridad para cazar, alimentarse y practicar sexo.

La forma casual en que menciona alimentarse y el sexo me produce un escalofrío.

—¿Las cruces?

—Meramente simbólicas. La fe en sí tiene poder, pero ¿el símbolo solo? Quizás a un vampiro judío o musulmán no le guste mucho la cruz. Pero no, no nos repele. *Non*.

—¿Volar?

—La levitación es posible, con práctica. Podemos saltar y correr increíblemente rápido, lo que puede parecer volar al ojo humano. Aunque ¿convertirse en murciélago? —sonríe con ironía—. Pura fantasía.

—¿Control mental?

Sus ojos se oscurecen.

—Podemos... influir. Sugerir. Seducir. Algunos tienen el poder de obligar. Es un arte que se practica y depende del sujeto. Pero el verdadero control requiere algo más profundo. Más íntimo.

—¿Intercambio de sangre?

—Ah —se inclina hacia delante—. Ahora entramos en territorio peligroso.

—¿Porque es cierto?

—Porque es complicado. Y cierto —su voz se vuelve más baja—. La sangre es... todo. Poder, vida, conexión. Compartirla crea vínculos que no pueden romperse.

—¿Así es como te convirtieron?

Un destello de dolor cruza su rostro antes de que su máscara regrese.

—Es todo un proceso ser convertido. ¿Pero realmente quieres conocer esa historia?

—Quiero conocerte —digo suavemente—. Quién eras. Qué sucedió.

Permanece en silencio durante un largo momento. Solo escucho el tictac del reloj de pie en el silencio.

—Rara vez la he contado.

Me mira de nuevo y comienza.

—Nací en Provenza, 1760. Segundo hijo de una casa noble. Teníamos propiedades, influencia, oro, un legado que se remontaba siglos atrás —sus ojos se vuelven distantes—. Entonces llegó la Revolución.

—¿Huiste a Inglaterra?

—*Oui*. Después de que quemaran nuestro château principal. Después de que mataran a toda mi familia —su voz se vuelve amarga—. Llegué a Londres sin nada más que mi título, mi buen aspecto, mi orgullo y unas pocas monedas de oro. Estos resultaron ser... atracciones peligrosas.

—¿Para ella? ¿*La Sorcière Noire*?

—Se hacía llamar Lady Victoria Blackwood entonces —su risa no contiene humor—. Vio a un noble destrozado, orgulloso y enfadado, y maduro para la manipulación. Me trajo a las Colonias, a Boston. Tenía propiedades y vínculos aquí, y decía que la sangre era fresca, que matar sería fácil, más fácil que en Inglaterra. Me convirtió. Me enseñó sobre ser vampiro. Al principio fue emocionante. Estaba destrozado por perder a mi familia, mi país, mi vida anterior. Estaba perdido, enfadado. Ella me dio un nuevo propósito.

Hizo una pausa, recordando.

—Pero ella quería más. Ofrecía poder, venganza, vida eterna.

—Pero eso no era lo que realmente quería.

—*Non*. Quería un consorte. Un títere. Alguien a quien controlar y poseer por toda la eternidad —sus manos se crispan—. Era difícil, egoísta, mimada, malvada. Cuando me negué a ser encadenado...

—Te maldijo.

—Me ató. A este lugar. Para proteger poderes que nunca puedo tocar, para guardar umbrales que no puedo cruzar —encuentra mi mirada—. Para ver a Guardianes vivir y morir mientras yo

permanezco inmutable. Y muy probablemente para algún plan mayor, también. Así es Victoria.

El dolor en su voz me hace acercarme.

—Debe haber una forma de romperla. La maldición.

—Siempre hay una manera —su sonrisa se vuelve peligrosa—. Pero el precio... ah, el precio suele ser peor que la maldición.

—¿Qué precio?

En lugar de responder, extiende la mano para tocar mi rostro. Sus dedos fríos recorren mi mandíbula, haciendo saltar mi pulso.

—Deberías tener más cuidado con las preguntas que haces, *mon chérie*. Algunas respuestas son más peligrosas que la ignorancia.

—No me asustan las respuestas peligrosas.

—¿*Non*? —se acerca más, su presencia sobrenatural llenando el espacio entre nosotros—. Entonces quizás deberías temer a las preguntas peligrosas. Como por qué tu sangre me llama con más fuerza que cualquier otra en dos siglos. O por qué la magia de la mansión responde a ti con tanto poder. O qué es lo que realmente se esconde detrás de esa puerta cerrada bajo la mansión.

—¿Esas son las preguntas peligrosas? —mantengo su mirada—. ¿O la pregunta realmente peligrosa es por qué me adviertes que me aleje incluso mientras me acercas más?

Sus ojos se oscurecen hasta la medianoche.

—Charlotte...

Un estruendo procedente de algún lugar sobre nosotros interrumpe lo que podría haber dicho. Ambos miramos hacia arriba mientras el polvo se desprende del techo.

—Las barreras —dice, poniéndose de pie—. Se debilitan.

—Entonces ayúdame a fortalecerlas.

Me mira, algo complicado moviéndose detrás de sus ojos.

—Ten cuidado con lo que deseas, *ma gardienne*. Algunas fortalezas conllevan costes terribles.

Luego desaparece, dejándome con la sensación persistente de su tacto frío en mi piel y un aroma a rosa invernal con cuero.

Arriba, algo vuelve a estrellarse. El juego continúa.

La ausencia de Adrian deja un vacío frío en la biblioteca. Estoy a punto de seguir el sonido de los estruendos cuando la temperatura desciende aún más. Las velas parpadean, proyectando extrañas sombras a través de las estanterías.

—Te cuenta demasiado —la señora Graves se materializa junto a la chimenea, su forma espectral más agitada de lo que he visto antes —. Y demasiado poco.

Emily aparece cerca de la ventana, sus manos transparentes retorciéndose con ansiedad.

—Las líneas de sal se están adelgazando otra vez. Y los espejos... ¿has comprobado los espejos?

Dejo mi portátil a un lado.

—¿Qué está pasando? ¿Qué fue ese estruendo?

—La casa está... recordando —Emily se acerca flotando—. Cuando recuerda, las cosas se mueven. Cambian.

—¿Recordando qué?

Las fantasmas intercambian miradas. La señora Graves endereza su delantal espectral.

—Lo que era antes. Lo que yace debajo. Lo que espera.

—¿Podrías ser más críptica? —me levanto, la frustración creciendo—. No puedo proteger este lugar si no entiendo de qué lo estoy protegiendo.

—La sal —insiste la señora Graves, señalando mi bolso—. ¡Por favor! Cada umbral, cada ventana. Ahora.

Otro estruendo, más cerca esta vez. La lámpara de araña sobre nosotros se balancea aunque no hay brisa.

—No solo sal —susurra Emily—. Agua bendecida por la luz de la luna. Marcos de espejo forrados con polvo de plata. Y... —mira con temor a la señora Graves.

—¿Y qué?

—Sangre —dice la señora Graves con gravedad—. Tu sangre. Solo tres gotas en cada esquina de la casa. Ni más, ni menos.

Cruzo los brazos.

—¿Quieres decirme por qué?

—Porque eres la Guardiana —su forma parpadea—. Porque tu sangre porta poder que recuerda cómo vincular. Es una con Blackthorn Manor. Vincula.

—¿Vincula qué?

—A ellos —la voz de Emily tiembla—. Los de abajo. Los que susurran promesas y mentiras. Los que...

—¡Basta! —la corta la señora Graves—. Ya hemos dicho demasiado.

La puerta de la biblioteca se cierra de golpe. Los libros se agitan en las estanterías. Desde algún lugar profundo de la mansión, se eleva un sonido, no del todo una voz, no del todo un gruñido, sino algo antiguo y hambriento.

—Rápido —la señora Graves comienza a desvanecerse—. Sal. Agua. Sangre. Antes del alba lunar.

—¡Esperad! —llamo a sus formas que desaparecen—. ¿Qué hay en el sótano? ¿Qué hay detrás de la puerta cerrada?

La voz de Emily regresa, débil como el viento moribundo:

—El principio. El fin. El precio de todo.

Luego desaparecen. Pero la presencia permanece, esa sensación de ser observada, evaluada, medida.

Agarro mi bolso, sacando los recipientes de sal que he tenido a mano. Llevo un pequeño cuenco de agua afuera para que sea bendecido por la luna. Y usando un pequeño alfiler de seguridad, me pincho el dedo para permitir que 3 gotas de sangre caigan en cada esquina de la casa. Me siento expuesta, observada fuera, pero a medida que caen las gotas de sangre, siento que las tensiones bajo Blackthorn Manor se alivian.

Me apresuro a volver dentro y esparzo sal donde los fantasmas me mostraron ayer. Trabajo diligentemente en mi tarea y noto que los estruendos y ruidos han disminuido.

Exhausta, subo a mi dormitorio donde la señora Graves me ha dejado un pequeño plato de cena y una copa de vino.

La casa finalmente se ha calmado, pero no mi espíritu.

Capítulo Quince

Deseos Peligrosos

El ritual de sangre me deja exhausta. Tres gotas de sangre en cada esquina de la mansión – un sacrificio tan pequeño, pero lo siento como una atadura física que me une a la casa. Cuando termino, la luz de la luna baña los terrenos en plata, y mis extremidades se sienten pesadas como el plomo.

Una vez en mi dormitorio, simplemente me quito la ropa y me derrumbo desnuda en la cama. Ni siquiera puedo comer el plato de comida que la señora Graves me ha dejado. Mis pensamientos se desvían hacia Adrian – su historia, su maldición, el dolor detrás de su control cuidadosamente mantenido. La manera casual con la que tocó mi cara antes, como si comprobara si me apartaría.

No lo hice.

Esa revelación me acompaña hasta el sueño. Duermo profundamente. Pero luego despierto de repente, horas más tarde, con la luz de la luna y la sensación de estar siendo observada.

La voz de Adrian viene desde el rincón en sombras. —Te ves encantadora, como siempre. ¿Estás despierta, *mon chérie?*

Mi corazón golpea contra mis costillas, pero no por miedo. —*Oui.*

Da un paso hacia la luz de la luna, cuyo brillo plateado resalta los planos de su rostro. Me mira con anhelo.

Me incorporo, envolviendo la sábana a mi alrededor.

Su sonrisa muestra un atisbo de colmillo.

—¿Por qué estás aquí?

Se acerca más, sus movimientos son de una gracia líquida. —El ritual de sangre... ha cambiado algo. En ti. En la mansión. —Sus fosas nasales se dilatan ligeramente—. Tu aroma es... diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Más potente. Más... —Inhala profundamente—. Embriagador.

Debería tener miedo. Cualquier persona racional lo tendría al encontrar a un vampiro en su dormitorio, hablando de sangre e intoxicación. En cambio, el calor se extiende por mi núcleo.

—¿Es por eso que estás aquí? ¿Para qué? ¿Advertirme? ¿Amenazarme? ¿Probarme?

—Quizás las tres cosas. —Se sienta en el borde de mi cama, el colchón apenas se hunde bajo su peso—. La magia de sangre que realizaste... es peligrosa. Más peligrosa de lo que los fantasmas y las brujas saben.

—¿Por qué?

Sus dedos trazan patrones sobre la sábana cerca de mi pierna, sin llegar a tocarme. —Porque te une más profundamente a lo que proteges. Te hace más... visible para lo que acecha abajo. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Y más tentadora para lo que acecha arriba.

—Te refieres a ti mismo.

—*Oui*... entre otros. —Su mano se detiene—. Hay cosas más antiguas y oscuras en este mundo que los vampiros, Charlotte. Cosas que encontrarían tu particular combinación de coraje y poder bastante... apetecible.

—Sin embargo, aquí estás. A solas conmigo. En mi dormitorio.

—En efecto. —Su sonrisa se vuelve depredadora—. Quizás no sea mi decisión más sabia.

—¿Por qué has venido?

—Para advertirte.

—¿Solo eso?

Sus ojos se oscurecen. —¿Qué más sugerirías?

La tensión entre nosotros se espesa, eléctrica y peligrosa. —Creo —digo suavemente— que te sientes tan atraído por mí como yo por ti. Y creo que eso te aterroriza.

Se ríe, bajo y oscuro. —¿Aterrorizado por una humana? Difícilmente.

—No por mí. —Me inclino hacia adelante, reduciendo la distancia entre nosotros—. Por lo que represento. Posibilidad. Cambio. Después de dos siglos de aislamiento. Hambre.

Su mano se mueve con velocidad vampírica, atrapando mi muñeca. Su pulgar presiona contra mi pulso. —Tu corazón se acelera cuando te toco. ¿Es eso miedo, *ma gardienne*? ¿O deseo?

—Dímelo tú. Eres quien puede oler las emociones.

Sus pupilas se dilatan. —Deseo, entonces. Qué... imprudente por tu parte.

—Eso lo dice el vampiro que vino al dormitorio de una humana para probar sus sueños.

—¿Es eso lo que crees que quiero? —Su voz desciende a terciopelo —. ¿Probar tus sueños?

—Quizás. Quizás más.

Se inclina más cerca, su aroma a rosa invernal envolviéndome. —Qué juegos tan peligrosos juegas, Charlotte.

Trago saliva y digo con sinceridad: —No estoy jugando.

Quiero rendirme a esta fantasía oscura y sensual, lo admito. Quiero que me posea.

Algo cambia en su expresión —el hambre sigue ahí, sí, pero algo más complejo debajo. Su mano libre se eleva hacia mi rostro, trazando mi pómulo con un toque ligero como el aire.

—Si hacemos esto —susurra—, no hay vuelta atrás. Los vampiros no comparten casualmente. No... sentimos casualmente.

—¿Y es eso lo que te asusta? ¿Sentir algo después de tanto tiempo?

En lugar de responder, cierra la distancia entre nosotros en un instante. Sus labios rozan los míos, frescos y suaves, probando. Respondo instantáneamente, inclinándome hacia él, mi mano encontrando su nuca.

Nunca un beso se sintió tan bien. Tan rico. Tan peligroso. Mi cuerpo desnudo anhela por él.

La exploración tentativa dura solo segundos antes de que algo se encienda entre nosotros. Su beso se profundiza, se vuelve hambriento. Muy hambriento. Igualo su intensidad, separando mis labios en invitación. Mi lengua inmediatamente danza con la suya. Su brazo rodea mi cintura, atrayéndome contra su pecho sólido. Saboreo menta y misterio, vino, oscuridad y deseo. El depredador y el hombre envueltos en un paquete adictivo.

En un instante, está encima de mí, sosteniendo mis brazos por las muñecas por encima de mi cabeza, inmovilizándome en la cama.

Besa mi cuello, inhalando mi aroma, lamiéndome. Sus ojos son oscuros, intensos. Es el depredador con su presa.

—Tu corazón —murmura—. Late como las alas de un pájaro.

—¿De quién es la culpa?

—He querido hacer esto desde que me desafiaste por primera vez en la biblioteca.

—¿Solo esto?

Sus ojos se oscurecen más. —Mis deseos van mucho más allá de los besos, *mon chérie*. Esta noche, esto ya es territorio peligroso.

Siento el leve roce de colmillo contra mi labio, un recordatorio de su otro hambre. Me envía una emoción ilícita.

—El ritual de sangre —dice suavemente—. Amplifica todo. Tu aroma, tu sabor. El poder en tus venas. —Su mano se mueve hacia mi garganta, descansando ligeramente sobre mi pulso de nuevo. Se retira por un momento, sus ojos oscuros perforando mi alma.

—Por favor, no te detengas. Quiero esto.

Sus pupilas se expanden hasta que solo queda un fino anillo de ámbar. —Entonces ambos somos afortunados de que haya tenido siglos para dominar el control.

¿Qué clase de fiscal es seducida por el depredador supremo?

La intensa mirada de Adrian se encuentra con la mía, sus ojos oscuros ardiendo de deseo. Su firme agarre en mis muñecas extendidas sobre mi cabeza envía un escalofrío por todo mi cuerpo, y me doy cuenta de que estoy completamente a su merced.

—Eres exquisita —susurra, y su acento francés me excita aún más. Su pelo negro, con sus mechones rebeldes, enmarca sus llamativos rasgos—pómulos altos, labios carnosos y esos ojos hipnotizantes que me desean.

Trago saliva con dificultad, mi corazón acelerado mientras intento procesar la situación. Adrian ha invadido mi dormitorio, y ahora se cierne sobre mí, su cuerpo presionando el mío contra el colchón. Puedo sentir su excitación, dura e insistente, contra mi muslo.

Sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa mostrando apenas un toque de sus colmillos, y se inclina, su aliento en mi cuello.

Tiemblo cuando sus labios rozan mi piel sensible, sus colmillos rozando mi punto de pulso.

Su voz es más audaz ahora, dominante. —Estoy reclamando lo que es mío, Charlotte. He esperado siglos por una mujer como tú. Tu aroma, tu belleza, tu fuerza; me llamas. Desde el primer momento en que te vi.

Sus palabras envían una ola de calor entre mis piernas. Arqueo la espalda, presionando mi cuerpo contra el suyo, buscando más de su contacto. Las fuertes manos de Adrian aprietan mis muñecas, y tira de mis brazos más arriba sobre mi cabeza, manteniéndome en mi lugar.

—Te gusta cuando tomo el control, ¿verdad, *ma belle*? La abogada criminalista siempre al mando. Pero ahora no. Quieres que te domine, que te muestre placeres que nunca has conocido, ¿no es así?

Jadeo cuando su lengua roza el lóbulo de mi oreja, sus palabras encendiendo un fuego dentro de mí.

—No te equivocas, *mon chou* —susurro—. Te deseo más que nada.

No puedo negar la verdad en sus palabras. Había fantaseado con este mismo escenario, estar a merced de este seductor vampiro. Su contención centenaria, su deseo crudo e indómito... todo me fascinaba y excitaba. Quería explorar esta fantasía oculta, dejar atrás mi vida cotidiana y someterme a sus oscuros placeres. Sus hermosos ojos, su cuerpo fuerte, su esencia.

Gime, un sonido bajo y sensual.

—Entonces me tendrás, Charlotte. Pero bajo mis condiciones. Y yo te tomaré.

Con eso, suelta mis muñecas, solo para deslizar sus fuertes dedos por mis brazos, dejando piel de gallina a su paso. Su tacto es eléctrico, y me retuerzo bajo él, desesperada por más. Las manos de Adrian recorren mi cuerpo, explorando cada curva, cada centímetro de piel expuesta con un hambre voraz. Abarca mis pechos con sus manos, sus pulgares rozando mis endurecidos pezones, haciéndome gemir suavemente.

—*Ah, oui*. Tan hermosa. Quiero saborear cada parte de ti. Quiero que me sientas.

Su cabeza desciende y sus labios encuentran los míos, reclamándolos en otro beso apasionado. Abro mi boca para él, nuestras lenguas danzando en un ritmo sensual. El beso de Adrian es exigente, posesivo, y respondo de igual manera mientras mis brazos lo abrazan.

Recorre mi cuello con besos, mordisqueando y succionando la piel sensible, sus colmillos a veces arañando mi piel. Arqueo mi cuello, ofreciéndome a él, mis manos ahora aferrando las sábanas mientras el placer recorre mi cuerpo.

—Tu piel sabe incluso mejor de lo que hueles, Charlotte.

Me estremezco ante sus palabras, mi cuerpo palpitando de necesidad.

—Por favor, Adrian. Te necesito dentro de mí.

Ríe oscuramente, sus ojos llenos de hambre. —No tan rápido. Yo estoy al mando aquí. Eres mía esta noche, Charlotte. Y pretendo saborear cada momento.

Con eso, se arranca la camisa, exponiendo su pecho musculoso, y rápidamente se deshace de sus pantalones, revelando su impresionante erección. Es impresionante, una visión de deseo crudo y primario.

—Quiero saborearte... en otros lugares. Hacerte gritar de placer.

Su asombrosa lengua rápidamente desciende por mi cuerpo, deteniéndose para rodear y succionar aquí y allá, y finalmente llegando a mi montículo, mi clítoris húmedo y engrosado.

—Oh, sí. *Oui.* Más. Saboréame —murmuro mientras chispas de éxtasis recorren mi cuerpo. Nunca me había sentido así antes, tan completamente expuesta y vulnerable, y sin embargo tan increíblemente excitada.

Me tiendo ante él, mi centro brillando de excitación mientras él me controla.

—Te gusta la idea de ser tomada por una criatura de la noche —los ojos de Adrian se oscurecen, y se lame los labios. La lengua de Adrian es cálida y húmeda, y me lame con movimientos lentos y deliberados. Juguetea con mi clítoris, rodeándolo suavemente antes de succionarlo en su boca, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Gimo, mis caderas arqueándose fuera de la cama, buscando más de su contacto.

Jadeo cuando su cálida y húmeda boca envuelve mi palpitante clítoris una y otra vez, su lengua girando y rozando, enviando descargas de placer por todo mi cuerpo.

No puedo contener los gemidos y súplicas cuando luego acaricia con sus dedos mi punto más sensible, su lengua continuando su movimiento, volviéndome loca de placer.

Adrian es un maestro del placer oral, sus siglos de experiencia francesa evidentes en cada movimiento de su lengua. Me provoca y me atormenta, chupando y lamiendo y gruñendo, llevándome al borde del éxtasis una y otra vez, solo para retroceder y comenzar de nuevo.

Y así continúa su exquisita tortura, su lengua adentrándose profundamente en mí. Encuentra mi punto dulce, ese oculto manojo

de nervios, y lo colma de atención, enviándome en espiral a un vórtice de dicha.

Adrian no muestra signos de detenerse. Continúa lamiendo mi carne sensible, prolongando mi placer. Estoy perdida en una neblina de éxtasis, mi cuerpo temblando, mi mente flotando en un mar de felicidad.

Me retuerzo debajo de él, mis manos agarrando las sábanas, mi cuerpo arqueándose fuera de la cama mientras ola tras ola de placer se estrella sobre mí. Grito, mi voz haciendo eco en las paredes, suplicando por la liberación.

—Por favor, Adrian —ruego, con voz ronca—. Déjame correrme. Necesito correrme para ti.

Levanta la cabeza, sus ojos brillando de satisfacción. —Todavía no, querida. Quiero que realmente me ruegues.

Gimo, mi cuerpo doliendo por la liberación. —Por favor, Adrian. Haré cualquier cosa. Solo déjame correrme.

Sonríe, con un destello malicioso en sus ojos. —¿Cualquier cosa?

Asiento, mis ojos suplicantes. —Cualquier cosa.

No esperaba lo que siguió. Muestra sus colmillos y al minuto siguiente, los acerca a mi muslo interno.

—Entonces esto —dice, posicionándose.

Jadeo, una mezcla de dolor y placer recorriéndome mientras muerde. Su boca succiona la herida, extrayendo mi sangre, y siento una oleada de energía mientras nuestras esencias se mezclan. Sus dedos continúan su trabajo en mi hinchado clítoris, listo para estallar.

Mientras se alimenta, mi cuerpo tiembla ante el calor, la intimidad, mi orgasmo aumentando hasta un pico insoportable. La boca de Adrian trabaja en un movimiento rítmico, sus mágicos dedos llevándome al límite nuevamente. Estoy gimiendo una y otra vez. Es una deliciosa tortura.

—Eso es, Charlotte —murmura, su voz un ronco retumbar—. Déjame oír cuánto disfrutas esto. Lo deseas.

Sus palabras me impulsan, y me encuentro escalando los picos del placer una vez más. Adrian me está llevando al borde de la cordura. Siento mi cuerpo tensarse, cada músculo enrollándose como un resorte, listo para saltar.

Y entonces, mi cuerpo explota en una cascada de placer, olas de éxtasis ondulando a través de mí. Grito, mi espalda arqueándose fuera de la cama, mientras me rindo completamente al poderoso orgasmo.

La sensación es diferente a cualquier cosa que haya experimentado antes. Es como si mi propia fuerza vital estuviera siendo compartida y extraída, pero solo sirve para aumentar mi excitación. Grito de nuevo, mi cuerpo temblando mientras me corro una y otra vez.

Mientras finalmente se aparta, lamiéndose los labios, los ojos de Adrian brillan con satisfacción, y sonríe, con sus colmillos aún extendidos.

Mientras los temblores de mi orgasmo disminuyen, Adrian se arrastra por mi cuerpo, sus ojos ardiendo con un deseo inextinguible. Se coloca sobre mí, su dura longitud presionando contra mi muslo mientras se posiciona en mi entrada.

—Quiero estar dentro de ti, Charlotte —gruñe, sus colmillos alargándose, brillando a la luz de la luna—. Ahora. Quiero reclamarte, en cuerpo y alma.

—Tómame.

—Mírame, Charlotte. Observa cómo te tomo.

Fijo la mirada en él, mi respiración saliendo en cortos jadeos de placer mientras lentamente empuja dentro de mí, llenándome centímetro a centímetro. El estiramiento es exquisito, y me siento aferrarme a él, mis pulsantes paredes internas formándose alrededor de su grueso miembro.

Luego, con un rápido movimiento, se hunde en mí, llenándome completamente con su caliente y rígida longitud. Jadeo, mi cuerpo dándole la bienvenida, abrazando la invasión. Adrian comienza a moverse, sus embestidas lentas y deliberadas, llenándome por completo, mis paredes aún temblando.

—Se siente tan bien, Charlotte —susurra, sus ojos cerrados de placer —. Podría follarte para siempre.

Sus palabras me impulsan, y sigo su ritmo, mis caderas elevándose para encontrar sus poderosas embestidas. El placer es intenso, una sensación ardiente construyéndose profundamente dentro de mí.

Entonces siento su velocidad de vampiro. Comienza a embestir más rápido, tan rápido como se sienten las sensaciones de mi vibrador. Es crudo y primitivo. Puedo sentir que se acerca al clímax.

Me rindo a las abrumadoras sensaciones. Mi cuerpo se mueve rítmicamente, nuestra piel resbaladiza por el sudor mientras nos convertimos en un enredo de extremidades y deseo. Las manos de Adrian agarran mis muslos, abriéndome más, mientras continúa hundiéndose dentro y fuera de mí sin control.

Entonces lo veo empujar su torso hacia arriba con sus fuertes brazos mientras continúa penetrándome, su gran miembro profundamente dentro. Deja caer su cabeza hacia atrás con los colmillos expuestos, arquea la espalda y... aúlla con un gruñido gutural mientras se corre.

Es la cosa más sexy y primitiva que jamás haya visto o sentido.

Y nunca me había corrido así antes. Nadie me había dado tanto placer.

Capítulo Dieciséis

La mañana siguiente

La mañana llega con una nueva consciencia hormigueando por mis venas. La apasionada noche con Adrian y el ritual de sangre ha cambiado algo en mí, o quizás ha despertado algo que siempre estuvo ahí. Percibo el pulso de la mansión con mayor claridad ahora, siento el flujo y reflujo de poder a través de sus antiguos muros.

Dormí bien junto a él y no tuve pesadillas. De hecho, no tuve sueño alguno. Recuerdo haberme quedado dormida sobre su fuerte pecho, con su brazo rodeándome. Debió abandonar la cama en algún momento de la madrugada, dejándome dormir, ya que no está cuando despierto.

Recuerdo cada detalle de anoche con él. Nunca había tenido un encuentro tan apasionado y satisfactorio, y mi cuerpo tiembla de pasión.

Es algo que sé que quiero repetir. Me siento como si estuviera ardiendo.

Reflexiono sobre los hombres anteriores de mi vida. Tuve mucha "acción" en la universidad, y en mi primer año de derecho, con la embriagadora independencia y el ambiente de liberación sexual combinado con las hormonas. Pero a medida que el peso de la facultad continuó y luego mis arduos años en el bufete intentando demostrar mi valía, el tiempo para los hombres se esfumó. Estaba demasiado ocupada, demasiado absorta en dejar huella y tener éxito. Mi vida quedó completamente consumida los siete días de la semana con el siguiente caso, la siguiente victoria.

Pero ahora. Ahora, lejos del bufete, lejos de la ciudad, en esta misteriosa y desafiante aventura, me siento viva.

Y nunca más viva que cuando Adrian hizo su aparición. Aparte de no ser humano, razono, tiene todo lo que me gusta en un hombre. Inteligencia, humor, misterio, cultura, y por supuesto es guapísimo. ¿Qué voy a hacer?

Noto dos pequeñas marcas en la cara interna de mi muslo, ya cicatrizando y apenas visibles, donde bebió de mí. Me estremezco de placer al recordar lo que hizo.

Entro en el baño. Mi reflejo en el espejo muestra cambios sutiles. Mis ojos parecen más brillantes, mi piel casi luminosa. Cuando toco la superficie del espejo, ondula como el agua.

—Vaya —murmuro—, esto es nuevo.

Regreso al dormitorio justo cuando Adrian llega con dos tazas de café.

—Mis dos nuevas adicciones, juntas —murmura mientras besa mi cuello.

Eso es muy considerado, sabe lo que siento por el café. Un vampiro sexy y considerado...

Al entregarme una taza, nuestros dedos se rozan y hay una innegable chispa de electricidad.

—Cuidado. Me han dicho que las adicciones pueden ser peligrosas —digo en voz baja.

—Aunque algunos peligros merecen la pena.

—Gracias, Adrian... —doy un largo sorbo a la rica infusión.

Hay un silencio cómodo mientras se sienta en la silla y me mira.

—Lo de anoche fue increíble.

—Lo fue, *mon chérie*. Superó mis expectativas.

Aspiro el rico aroma. —Has hecho el café perfectamente.

—Dos siglos de existencia. Uno desarrolla habilidades de observación. ¿Has dormido bien?

—Mejor de lo que esperaba. —Lo estudio por encima del borde de mi taza—. ¿Los vampiros duermen alguna vez?

—Ocasionalmente. Aunque no en el sentido humano. —Sorbe su café, cerrando brevemente los ojos en señal de aprecio—. Más bien un estado de... suspensión. Restauración.

—¿Y sueñas?

—A veces. A menudo con el pasado. Lugares que ya no existen. Personas que murieron hace mucho. —Las sombras en sus ojos me dicen que no todos son recuerdos agradables.

Recojo las rodillas, creando un espacio de intimidad matutina a pesar de las complejidades sobrenaturales entre nosotros. —Cuéntame más sobre tu vida. De antes.

—¿Antes del vampirismo? ¿O antes de Blackthorn Manor?

—Ambos. Quiero conocerte, Adrian. No solo la maldición y el peligro.

Lo considera, sopesando cuánto revelar. —Ya te conté un poco. Nací como Adrian Étienne Christophe de Lanier, segundo hijo del Conde de Lanier, en Provenza. Las fincas de nuestra familia producían los mejores vinos de la región. Mi padre era ambicioso, mi madre dulce. Mi hermano mayor... —Una sonrisa toca sus labios—. Mathieu era todo lo que un primogénito debía ser: responsable, digno, absolutamente aburrido.

—¿Y tú?

—La decepción familiar. —Su sonrisa crece—. Demasiado curioso, demasiado apasionado, demasiado interesado en el arte y la literatura y la equitación cuando debería haber estado aprendiendo a gestionar la finca.

—De alguna manera puedo imaginarlo.

—Entonces llegó la Revolución. —Su expresión se oscurece—. Resulta que los aristócratas son excelentes objetivos cuando el pueblo está muriendo de hambre. Nuestro château ardió. Mi familia... —Se detiene, un dolor de siglos cruza su rostro.

Alargo la mano a través del espacio que nos separa, tocando la suya. —Lo siento.

Sus dedos se entrelazan con los míos. —Ahora es historia antigua. Ya te mencioné esto. Pasé dos años en la sociedad londinense, cambiando encanto por mecenazgo.

—Hasta que Victoria te encontró.

—Hasta que Victoria me encontró. —Encuentra mi mirada—. El resto, como dicen, es historia. Bastante literalmente.

Sorbo mi café, procesando este vistazo al hombre antes de que se convirtiera en la criatura. —¿Y después? ¿Has estado aquí todo el tiempo desde que ella te maldijo?

—Principalmente. Boston por un breve periodo cuando llegamos. He visto cambiar el mundo desde un punto de vista muy específico aquí.

—Eso suena increíblemente solitario.

—Lo era. Lo es. —Su mirada se vuelve introspectiva—. El tiempo se mueve de manera diferente para los inmortales. Las décadas se difuminan. Las conexiones humanas se vuelven... complicadas.

—¿Como con Margaret?

Una sonrisa cariñosa toca sus labios. —Ah, Margaret. Mente brillante. Como una hermana para mí. Cocinera terrible. Una vez intentó hacerme morcilla, pensando que podría atraer a mi naturaleza vampírica.

Me río, sorprendida. —¿Fue horrible?

—Espectacularmente. Tuvo que enterrarla en el jardín. Te juro que las flores nunca volvieron a crecer en ese lugar. —Nos reímos. Su expresión se suaviza—. Era como una hermana; demasiado irreverente para ser como una madre. Quizás una tía excéntrica. Llenó la mansión con extrañas colecciones, cantos terribles y quesos horribles.

—Nunca llegué a conocerla realmente. El Alzheimer...

—Se la llevó mucho antes de que su cuerpo se rindiera. —El dolor toca sus facciones—. Eso fue... difícil. Me sentaba en esta misma silla durante días, mientras ella estaba en cama, con la televisión encendida. Hablando cuando ella quería o entendía. De lo contrario, simplemente estando aquí. Viéndola fragmentar su brillante mente. Algunos días me reconocía. Otros, pensaba que era su marido fallecido hace tiempo o algún demonio que venía a robarle el alma.

—Pero te quedaste con ella.

—Por supuesto. —Lo dice con sencillez, como si el concepto de abandonarla nunca se le hubiera ocurrido.

—Y ahora estoy yo aquí.

—En efecto. —Sus ojos se oscurecen mientras recorren mi rostro—. Aunque tú eres... bastante diferente de tus predecesoras.

—¿Por los linajes de sangre?

—En parte. —Se mueve para sentarse más cerca de mí, en el borde de la cama. Su mano libre se eleva para colocar un mechón de pelo detrás de mi oreja, el gesto inesperadamente tierno—. Pero sobre todo porque eres la primera Guardiana que me mira y ve más que un monstruo o un protector. La primera que me desafía. La primera que me trata como...

—¿Como?

—Un hombre. —Su voz baja—. Atrapado en el tiempo. Añorando el contacto humano. Deseando cosas que no debería desear.

El aire entre nosotros se carga de tensión. —¿Y qué es lo que no deberías desear, Adrian?

Se inclina hacia delante, lo suficientemente cerca para que pueda sentir su fresco aliento contra mi piel. —Conexión. Un propósito más allá de la eterna guardia. El derecho a sentir algo más allá del deber y el hambre.

Sus ojos caen sobre mis labios. —A ti.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. —¿Quién dice que no deberías desear esas cosas?

—Dos siglos de aislamiento. La maldición. El sentido común. —Su sonrisa muestra un destello de colmillo—. El hecho de que sigo siendo vampiro, con todos los peligros que eso conlleva.

Extiendo la mano, trazando la línea de su mandíbula. —Quizás me guste el peligro.

Atrapa mi muñeca, presionando sus labios contra mi punto de pulso. —Cuidado, *ma gardienne*. Podría ser traicionero.

Por un momento, algo salvaje y hambriento destella en sus ojos. Luego se retira, soltando mi muñeca.

—Odiaría hacerte las cosas demasiado fáciles después de dos siglos de rutina.

Su risa llena la habitación, calentándome más de lo que el café jamás podría. —*Ma lionne féroce*. Tú nunca podrías hacer nada fácil.

Se levanta, dirigiéndose hacia la puerta. —Termina tu café. Vístete. Creo que el hombrecillo Harrison Pierce te espera. También tus recados en Salem. Y Elizabeth.

—¿Adrian?

Se detiene en el umbral. —¿Sí?

—Gracias. Por compartir. Por lo de anoche.

Algo complicado y tierno cruza sus facciones. —El placer, *mon chérie*, fue completamente mío.

Mientras la puerta se cierra tras él, agarro mi café y el calor persistente de su contacto. Supongo que estoy oficialmente loca. Me estoy enamorando de un vampiro y me alimento del peligro.

Capítulo Diecisiete

Poderes Emergentes

Me visto y me dirijo a Salem para ver primero a Elizabeth en la botica y luego al despacho del abogado para recoger lo que tenga en su caja fuerte.

La campanilla sobre la puerta de Blackwood suena diferente hoy —más musical, casi acogedora. Elizabeth levanta la mirada mientras tritura hierbas, con los ojos muy abiertos. —Vaya, vaya —deja el mortero y la mano del almirez—. El ritual de sangre funcionó bastante bien, ¿no es así?

—¿Lo sabes? ¿Puedes notarlo?

—Lo sospechaba. Lo sentí. —Rodea el mostrador, estudiándome—. Pero combinado con el contacto vampírico... interesante. Está en el aire que te rodea, Charlotte.

El calor me sube a la cara. —¿Cómo has...?

—Por favor. —Sonríe con suficiencia—. Tu aura prácticamente chispea con ello. Además, resplandeces con un poder recién despertado. —Inhala profundamente—. Y ahora llevas su olor. Solo ligeramente, pero está ahí.

—¿Eso es... malo?

—Depende de tu perspectiva. —Comienza a recoger objetos de varios estantes—. Es ciertamente peligroso. Pero bueno, todo lo relacionado con tu posición es peligroso. Al menos así tienes cierta protección.

—¿Protección?

—El interés de un vampiro te marca como reclamada. La mayoría de las criaturas sobrenaturales se lo pensarán dos veces antes de desafiarlo. —Hace una pausa—. Es más fuerte con un intercambio de sangre... que ocurrió, ¿verdad?

Lo dice con naturalidad, pero sus ojos son penetrantes. —Incluso uno pequeño. Crea una conexión, le permite sentir si estás en peligro, acudir en tu ayuda. Podéis sentir las emociones del otro con más claridad. Y tú absorbes un poco de su poder y esencia.

Mi pulso se acelera. Asiento.

—Las cosas se están agitando, Charlotte. Las barreras. Y hay quienes desearían usar el poder de una Guardiana para sus propios fines.

—Elizabeth, voy a ir ahora al despacho de Pierce. Me dijo que tiene unos documentos importantes para mí en una caja fuerte, y espero

que esto resuelva algunos misterios. Incluido eso a lo que te refieres.

—Bien. —Me entrega una bolsa con suministros—. Necesitarás esto después de leer lo que hay allí. Y Charlotte —su expresión se vuelve seria—, sea lo que sea lo que descubras hoy, recuerda: nada en tu nuevo mundo es exactamente lo que parece. Incluso la maldición más oscura podría ser una bendición disfrazada.

—Hablando de maldiciones... —vacilo—. *La Sorcière Noire.* Era una de las vuestras, ¿verdad? ¿Una Blackwood?

El rostro de Elizabeth se vuelve cuidadosamente inexpresivo. —Ve a ver a Pierce. Lee los documentos. Luego hablaremos de historia familiar. Te contaré lo que sé. Todo. Siempre estoy dispuesta a ayudarte, Charlotte. Vuelve cuando quieras. De hecho, te esperaré pronto. —Me toca el brazo.

Conduzco hasta el despacho del abogado, preguntándome qué podría descubrir, sintiéndome de alguna manera aliviada de que Elizabeth esté de mi lado. Tengo tan pocos aliados en esta aventura.

El bufete de abogados también se siente diferente —o quizás soy yo la que ha cambiado. Los sellos protectores alrededor del edificio zumban contra mi nueva percepción. Pierce da un respingo cuando entro, derramando café por toda su mesa.

—Charlotte, pareces... cambiada —dice, secando el derrame con manos temblorosas—. ¿El ritual de sangre?

—Entre otras cosas. —Tomo asiento frente a él—. ¿La caja fuerte, señor Pierce?

Abre un cajón, saca un llavero con dedos temblorosos. —Sígueme. Y... intenta no tocar nada directamente. Algunos papeles tienen sus propias protecciones.

La caja fuerte está escondida detrás de un cuadro de Blackthorn Manor —apropiado. Dentro, hay dos sobres. Uno está marcado: cuentas bancarias y contraseñas. El otro lleva la familiar caligrafía de mi tía: **Para Charlotte - Cuando la Sangre Despierte*.*

—¿Cómo lo sabía? —susurro.

—Su tía vio muchas cosas cerca del final. Y quizás era una situación inevitable para usted. —Pierce me entrega el sobre.

Se estremece. —El conocimiento de su tía la abrumaba. Pero eso es solo parte. El poder... el poder siempre exige un precio.

Mira por la ventana pero no parece ver lo que hay allí. —Llévese los sobres. Ahora tiene el control de los asuntos financieros de Blackthorn Manor. Pero lo más importante, lea lo que escribió su tía. Pero, señorita Marlowe —su voz baja a un susurro—. Tenga cuidado con quién confía. Incluso aquellos que parecen ayudar podrían tener sus propias agendas.

—¿Incluso usted?

—Especialmente yo. —Se ajusta la corbata—. Sirvo a muchos amos, señorita Marlowe. No todos humanos.

Es un hombre extraño, y lo dejo temblando en su despacho.

De vuelta en la mansión, me acomodo en la biblioteca con el grueso sobre y una tableta de chocolate negro. El primer documento que saco está escrito con la elegante caligrafía de mi tía:

Mi querida Charlotte,

Si estás leyendo esto, el ritual de sangre ha despertado tu herencia, y Pierce te ha dado lo que necesitas aquí. Lo estás sintiendo ahora —el poder vibrando en tus venas, la forma en que el mundo parece más nítido, más claro. Este es tu derecho de nacimiento, la convergencia de dos linajes antiguos: Blackthorn y Blackwood.

Pero el poder atrae al poder, querida mía. Y hay quienes han esperado siglos por alguien como tú.

Primero debes saber del Alto Consejo. Puede parecer benevolente — antiguos vampiros que mantienen el orden y la tradición. Operan desde su santuario bajo los terrenos orientales de la mansión, siguiendo la línea telúrica que llega hasta el mar. Te ofrecerán protección, orientación, quizás incluso amistad.

Sin embargo, NO CONFÍES EN ELLOS.

Hay entidades que viven o están retenidas bajo la mansión. Adrian de Lanier te lo explicará. Son poderosas y pueden matar fácilmente. Ofrecen conocimiento y alcance que no podemos comprender. El Alto Consejo y Victoria quieren su poder. Intentarán contactar contigo como lo hacen con Adrian, con promesas. ¿La puerta cerrada que Adrian custodia? No es para mantener las cosas fuera. Es para mantener a los Devoradores dentro.

NO CONFÍES EN ELLOS. MANTENLOS CONTENIDOS A TODA COSTA.

Ambos grupos sirven a Ella*, aunque no lo saben. La Sorcière Noire —Victoria Blackwood-DuBois. Nuestra antepasada. Sí, es nuestra antepasada. Nació bruja, se convirtió en vampiro y desea el poder de ambos. Es rara. Y maligna.*

Sí, Victoria Blackwood-DuBois, tu antepasada, es bruja y vampiro. Ella maldijo a Adrian. Está involucrada con el Alto Consejo, es poderosa y malvada. Tiene planes y una búsqueda obsesiva.

Y tú, mi querida niña, eres la clave para su cumplimiento. Algo que—

La página termina ahí, desgarrada. Qué conveniente. ¿Habrá sido obra de Pierce? ¿Ocultándome información?

Extiendo los otros documentos —mapas que muestran los complejos subterráneos y pasadizos, fotografías que datan del siglo XIX, páginas arrancadas de grimorios. Una foto me llama la atención: Adrian en vestimenta victoriana, de pie junto a una impresionante mujer de negro. La inscripción dice: *Victoria y su elegido, 1799.*

—Ah —la voz de Adrian viene desde detrás de mí—. Mi dulce Charlotte, mi sensual chica. Me preguntaba cuándo encontrarías eso.

No me sobresalto. Quizás sentí que venía. —Estaban en la caja fuerte de Harrison Pierce.

Paso las páginas de los documentos.

—Esto es mucha información nueva, Adrian. Esto explica lo que está intentando abrirse paso y quién lo orquestó. Acabo de descubrir que tu bruja negra, *La Sorcière Noire*, ¡es una antepasada mía, Victoria!

Estoy horrorizada. La vi en Salem aquel primer día. Me dio una sonrisa tan malvada.

Sus ojos se vuelven más oscuros y tiernos mientras me estudia. —Has cambiado. El ritual, sí, pero también... —Inhala profundamente —. Nuestra pasión ha despertado algo en ti.

—Elizabeth mencionó que eso podría suceder. Y si mi antepasada era una bruja-vampiro, eso significa que hay algo en mi sangre.

—¿Insinuó ella que un intercambio de sangre también podría cambiarte?

Sostengo su mirada. —Sí.

—¿Y?

—Y creo que es hora de total sinceridad entre nosotros. Sobre todo.

Permanece en silencio por un largo momento. Luego recoge los papeles dispersos en una pila ordenada. —La sinceridad total tiene un precio, *mon amour*.

—Todo lo que vale la pena lo tiene.

Su triste sonrisa muestra sus colmillos.

—Entonces comencemos con la verdad más peligrosa de todas. —Golpea la fotografía—. No me maldijo solo por despecho. Me eligió, hace siglos, para un propósito específico. Tal como ella y la mansión te eligieron a ti.

—¿Cuál era?

—Proteger algo mucho más antiguo y oscuro que vampiros o brujas. Algo que requiere ambos linajes para contenerlo. Las entidades bajo la mansión. —Toma mi mano, su pulgar presionando contra mi pulso —. Tu sangre me llama por una razón, Charlotte. La pregunta es... ¿estás preparada para saber por qué?

Entrelazo mis dedos con los suyos. —Muéstramelo.

Sus ojos son negros como la medianoche. —Como desees, *ma gardienne*. Pero recuerda: tú pediste sinceridad.

Me pone de pie, y sé que nada será igual después de esto.

Pero, en realidad, nada ha sido igual desde que crucé el umbral de Blackthorn Manor por primera vez.

Es hora de aprender exactamente qué he heredado, qué hay realmente bajo la mansión —y qué precio podría exigir esa herencia.

Capítulo Dieciocho

El Espejo Mágico

Los frescos dedos de Adrian siguen entrelazados con los míos mientras examina el montón de documentos. —¿Por dónde empezamos? ¿Por el gran diseño de Victoria? ¿El verdadero propósito del Alto Consejo? O quizás... —Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Por qué tu sangre me canta como ninguna otra en dos siglos?

—Empieza con la verdad que menos quieras contarme.

Una risa oscura. —Chica lista. Debes entender exactamente a qué nos enfrentamos. Ven conmigo. —La voz de Adrian es grave mientras me guía por los pasillos que se oscurecen—. No solo a través de palabras o advertencias, sino viendo. Déjame mostrártelo primero, luego podemos hablarlo, *ma lionne*.

Me conduce hasta el gran vestíbulo de entrada, su fuerte mano cubriendo la mía. Nos detenemos frente al gran espejo, el espejo mágico. En la luz menguante del día, su superficie de plata deslustrada parece ondular, más como mercurio que como cristal.

—El espejo —digo, recordando las condiciones de la herencia—. Cubrir durante la luna nueva. Y Margaret escribió que podía revelar cosas, ayudarme. Pero también dijo que tuviera cuidado con él.

—Sí, lo cubrimos durante la luna nueva porque las barreras son más finas entonces. —Adrian se coloca detrás de mí, lo suficientemente cerca como para sentir su fresca presencia, pero sin llegar a tocarme —. Victoria lo creó tanto como ventana y como posible portal. Ahora mismo, lo usamos como ventana.

Estudio nuestros reflejos—mi cabello cobrizo y mi rostro pálido, la hermosa presencia más oscura de Adrian alzándose protectoramente detrás de mí. Nada inusual.

—No veo nada.

—Lo verás. —Extiende su brazo alrededor de mí, su pecho presionando brevemente contra mi espalda mientras traza extraños símbolos en el marco del espejo—. Los espejos recuerdan, Charlotte. Cada reflejo, cada momento, cada horror que han presenciado.

Sus dedos se mueven con precisión practicada, dejando tenues rastros de luz azul donde tocan. Los antiguos símbolos pulsan una vez, dos veces, luego brillan intensamente antes de desvanecerse.

La superficie del espejo se oscurece, nuestros reflejos desaparecen en sombras arremolinadas.

—¿Qué estoy buscando? —susurro, luchando contra el instinto de retroceder.

Sus manos se posan en mis hombros, estabilizándome. —Solo observa. Y recuerda—estos son solo reflejos. Ecos. No pueden alcanzarte.

Las sombras se abren como cortinas, revelando una escena que parece ser de finales del siglo XIX. Una joven con vestido victoriano —Emily, me doy cuenta sobresaltada—desciende por unas escaleras de piedra con una vela. Su rostro muestra determinación mezclada con miedo.

—Así es como murió —murmura Adrian—. La noche que vio lo que espera abajo.

En el espejo, Emily llega a una enorme puerta de madera. Algo ha dañado la línea de sal frente a ella—sabotaje deliberado, quizás. Se arrodilla para examinar la brecha, con la puerta ligeramente entreabierta, y luego se queda inmóvil al oír un sonido procedente del otro lado. Susurros, seductores y terribles, prometiendo cosas que no puedo oír con claridad.

La curiosidad vence a la precaución. Toca la puerta, abierta apenas una rendija.

Y a través de esa rendija...

Se me corta la respiración. El espejo no muestra claramente lo que Emily ve—solo una oscuridad retorcida con demasiados ojos, demasiadas bocas. Pero su rostro refleja puro horror mientras retrocede tambaleándose.

Se gira para huir, pero la escalera ha cambiado—transformada en un ángulo imposiblemente empinado. Cae, su cuello rompiéndose

instantáneamente contra los escalones de piedra.

Pero eso no es lo peor.

Oscuros zarcillos se filtran desde la puerta entreabierta, alcanzando su cuerpo roto. No la tocan físicamente—en su lugar, parecen intentar extraer algo de ella. Los zarcillos lo arrastran parcialmente a través de la puerta antes de que un destello cegador de luz interrumpa la alimentación.

Victoria aparece, hermosa y terrible en seda negra, con la mano levantada en un gesto de control. La esencia del alma es desviada, de alguna manera atada a la mansión misma. El fantasma de Emily se eleva de su cuerpo, confuso y asustado, mientras Victoria utiliza la energía restante para fortalecer el sello de la puerta.

—Ella utilizó la muerte de Emily —susurro—. La ató aquí.

—Sí. —El agarre de Adrian se aprieta ligeramente—. Victoria no desperdicia nada. Ni muerte, ni sangre, ni poder, ni alma.

El espejo se arremolina de nuevo, mostrando una escena diferente—un gran salón de baile lleno de vampiros elegantemente vestidos. Reconozco a Adrian entre ellos, aunque su expresión es más dura, más fría de lo que jamás la he visto. A su lado está Victoria, su mano posesivamente en su brazo.

—El Alto Consejo —explica, con voz tensa—. Hace casi un siglo, durante una de sus... celebraciones.

La escena me pone la piel de gallina. Sirvientes humanos circulan con copas de champán llenas de sangre. En alcobas oscurecidas, los

vampiros se alimentan de humanos voluntarios—o quizás hechizados o involuntarios—cuyos rostros muestran éxtasis enmascarando terror.

En el centro del salón de baile, los miembros del Alto Consejo rodean a una mujer que parece desorientada, drogada. Tiene un parecido sorprendente conmigo—pelo rojizo, ojos verdes, estructura facial similar.

—Otra de tus antepasadas —confirma Adrian antes de que pueda preguntar—. Han estado vigilando tu linaje durante generaciones.

En el espejo, la mujer es guiada para arrodillarse ante un vampiro con cabello oscuro veteado de plata y ojos fríos. Él extiende su muñeca, que tiene un corte fresco. El ritual que sigue está claramente destinado a atarla de alguna manera, una burla de la sagrada comunión.

—¿Qué le sucede? —pregunto, incapaz de apartar la mirada.

—La desangraron por completo en menos de un mes. —Su voz es plana, con antigua rabia—. Alegaron que era "incompatible" con sus necesidades. En realidad, simplemente no eras tú—no la combinación perfecta que habían estado buscando.

El espejo cambia de nuevo, y esta vez casi retrocedo físicamente. La escena muestra lo que debe estar debajo de la mansión—una vasta cámara donde la realidad misma parece rota. La materia se retuerce de formas imposibles. Existen colores que no tienen nombre. Y moviéndose a través de este caos están los Devoradores.

Desafían cualquier descripción. No del todo físicos, no del todo energía. Formas que cambian entre insectoides, reptilianas y horrorosamente humanas. No consumen comiendo sino... deshaciendo. Una rata que vaga por la cámara no muere—se desenreda, su misma existencia borrada capa por capa mientras permanece horrorosamente consciente durante todo el proceso.

—¿Esto es lo que Victoria quiere controlar? —Mi voz tiembla a pesar de mis esfuerzos.

—Controlar, canalizar, quizás convertirse en ello. —Sus manos se mueven de mis hombros a mis brazos, como preparándose para apartarme si fuera necesario—. Ofrecen poder más allá de la imaginación. Realidad remodelándose a tu voluntad. Inmortalidad más allá de lo que proporciona el vampirismo. Conocimiento de todos los tiempos y lugares.

—¿A qué precio?

—Tu humanidad. Tu alma. Eventualmente, tu propia identidad. —Su voz se vuelve más baja—. Aquellos que canalizan a los Devoradores se convierten en ellos, dado el tiempo suficiente. Y entonces tienen hambre eternamente, consumiendo todo lo que una vez amaron y más.

El espejo cambia una vez más, mostrando una visión que hace que mi sangre se congele. Soy yo, pero no soy yo. Mi cara, mi cuerpo, pero mis ojos brillan con una luz sobrenatural. Venas oscuras se extienden por mi piel como grietas en porcelana. Mi boca se mueve con los patrones de habla imperiosos de Victoria mientras yo—ella—nosotras hacemos gestos, causando que la materia se deforme y que los humanos se desintegren con un pensamiento.

Detrás de esta versión de pesadilla de mí misma está Adrian, sus ojos vacíos, su voluntad claramente quebrada. Un collar negro de cuero con energía oscura y enormes cadenas ata su garganta—el títere de Victoria, su ejecutor, su posesión más preciada.

—Esto es lo que ella planea —dice, su voz áspera por la emoción—. Poseerte como su recipiente, a mí como su esclavo. El mundo como su patio de recreo.

Alzo las manos, aferrándome a las suyas donde sujetan mis brazos. —Esto no va a suceder.

—No puedes saberlo.

—Sí lo sé. —Me vuelvo para mirarlo, rompiendo el control hipnótico del espejo—. Porque moriría antes de permitir que ella me usara para hacerte daño. Para herir a alguien. ¡Para hacer esto!

Sus ojos cambian con algo más allá del hambre, más allá del afecto. —Y por eso, *ma lionne*, es precisamente por lo que destrozaría a cualquiera que intentara hacerte daño.

Permanecemos allí, el horror de las visiones todavía arremolinándose en el espejo detrás de mí, sus manos ahora envueltas en las mías.

—Muéstrame una cosa más —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Muéstrame cómo ganamos.

Una triste sonrisa toca sus labios. —El espejo no puede. El espejo no puede mostrar lo que nosotros mismos queremos o deseamos.

—Entonces escribiremos ese final nosotros mismos —digo—. Tú, yo, Elizabeth. Los fantasmas. Otros aliados. Encontraremos una manera.

Me estudia, ojos antiguos buscando cualquier signo de resolución vacilante. Al no encontrar ninguno, levanta nuestras manos unidas y presiona sus labios contra mis nudillos.

—Victoria diseñó el recipiente perfecto —murmura contra mi piel—. Pero no tuvo en cuenta que el recipiente tuviera una mente—y un corazón—propios.

Detrás de nosotros, la superficie del espejo se aclara, volviendo a los reflejos ordinarios. Pero por un momento, capto un vistazo de algo más—nuestras dos figuras de pie juntas contra un fondo de luz, enfrentándose a la oscuridad.

¿Un futuro posible? ¿Una ilusión esperanzadora? De cualquier manera, mantengo la imagen cerca.

Hemos visto la pesadilla. Ahora luchamos por el sueño.

Capítulo Diecinueve

Explicaciones

Adrian me aleja del espejo y me lleva de vuelta a la biblioteca. Me siento aturdida por lo que he visto.

—Has visto los planes horribles, los escenarios en el espejo. Ahora déjame responder a tus preguntas, aclarar lo que vimos, mi dulce.

Suelta mi mano para coger la fotografía de él con Victoria. —Primero, ella no me eligió al azar. Pensé que lo había hecho, pero después descubrí lo contrario. Mi linaje porta magia antigua – no brujería como la tuya, sino algo más viejo. Más oscuro.

—¿Qué tipo de magia es más antigua y oscura que la vampírica, o incluso que la aristocracia francesa?

—El tipo que puede contener hambres ancestrales —deja la foto con cuidado—. Del mismo modo que tu linaje posee el poder para atarlos.

—¿La cosa debajo de la mansión? —tiemblo al pensar en las horribles visiones que acabo de ver.

—Sí. Cosas, no una cosa. —Su sonrisa no contiene humor alguno—. Una palabra tan simple para entidades que preceden a la civilización humana y proceden de otro lugar. Entidades que se alimentaban de almas humanas antes de que los vampiros siquiera soñaran con la sangre.

Un escalofrío me recorre. —¿Qué son exactamente?

—Los textos antiguos los llaman *Les Dévoreurs* – Los Devoradores – igual que Victoria en su grimorio. Corrompen todo lo que tocan, transforman la magia misma en algo venenoso. Devoran almas, cuerpos, vida, incluso vampiros y otros seres paranormales. Deshacen.

Se mueve hacia la ventana, mirando los terrenos que se oscurecen. —Victoria, una híbrida vampiro-bruja, encontró una forma de atraparlos, usando una combinación de fuerza vampírica y brujería. Pero contenerlos requiere trabajo constante y finalmente, en última instancia... sacrificio.

—¿Qué tipo de sacrificio?

Se vuelve hacia mí, con expresión grave. —La fuerza vital de un Guardián, drenada lentamente para mantener las barreras. La vigilancia eterna de un vampiro, atado por una maldición inquebrantable. —Sus ojos se desvían hacia mi garganta—. Tu sangre. Tu poder. Tu esencia misma.

Mi corazón late con fuerza.

—¿Eso es lo que les pasó a los otros Guardianes? ¿Fueron... drenados?

—Fue peor para el primer Guardián. Luego se requirió menos de los Guardianes posteriores. Tu tía duró más que la mayoría, pero incluso ella finalmente... —Se detiene, apretando la mandíbula—. Y por supuesto, el Alto Consejo intentó drenar a algunos de los Guardianes para obtener su sangre en su propio intento de controlar a los Devoradores. Viste eso en el espejo. Nunca funcionó.

Suspira y me mira seriamente.

—Ahora es donde se vuelve complicado. Déjame explicarte, *mon chérie*.

—¿Este Alto Consejo que viste en el espejo? Viven bajo tierra en el borde de la propiedad, a lo largo de las líneas ley. El Alto Consejo es una antigua sociedad vampírica de elegancia y poder. —Su voz se vuelve amarga—. Pero ansían ese mismo poder, el poder de los propios Devoradores. Desean controlar en lugar de destruir o contener. Creen que con los Devoradores bajo su control, podrían chantajear a cualquiera, a cualquier sociedad, a cualquier país y podrían gobernar supremamente.

Continúa después de dejarme asimilar la información.

—Los Devoradores están contenidos directamente debajo de la mansión en la débil intersección de dos líneas ley. Y Victoria no quiere que el Alto Consejo se acerque a ellos. Han tenido sus batallas a lo largo de los años y ella ha ganado control sobre ellos. Es salvaje. Cree que solo ella misma puede controlar a los Devoradores. Pero no puede. Solo serviría para desatar el infierno en la tierra. Se ha vuelto demente en su búsqueda de control.

La habitación queda en silencio mientras asimilo esta nueva información de Adrian. Finalmente, tomo aire.

—Esto es complicado, Adrian. Entonces, el Alto Consejo quiere controlar a los Devoradores, y Victoria quiere liberarlos y controlarlos, aunque fracasaría. Victoria, en su gran esquema estratégico, los contiene aquí, usando la maldición sobre ti para mantenerlos contenidos. ¿He entendido bien?

—Sí. Pero ¿por qué, te preguntarás? Porque ELLA quiere controlarnos a todos en su enfermizo juego. Todo y todos con el abrumador poder de los Devoradores.

—¿Su verdadero objetivo final?

—Victoria quiere convertirse en un ser divino aprovechando el poder de los Devoradores. Pero los Devoradores no pueden ser controlados solo por sangre vampírica o solo por sangre de bruja. Está escrito en los antiguos manuscritos. Necesita un recipiente híbrido perfecto, un vampiro-bruja, que pueda tanto contener COMO canalizar su poder. La canalización se vuelve clave. Y esa eres tú, mi querida.

Estoy completamente impactada.

—Verás, tu sangre Blackwood proveniente de ella puede canalizar fuerzas sobrenaturales. Tu sangre Blackthorn tiene el poder de atar y contener entidades antiguas. Es decir, eres capaz de interactuar con los Devoradores. Ella no puede. Así que su plan es poseerte, tomarte como recipiente para poder comunicarse y canalizar su poder. Es bastante retorcido.

Respiro profundamente varias veces, tratando de calmarme y procesando lo que me ha contado. ¿Quiere poseerme para controlar a las criaturas malignas de abajo?

—Pero Adrian, yo no tengo poderes. Es decir, me siento diferente, pero no me he entrenado ni me han enseñado ni sé nada, realmente. No sé absolutamente nada sobre brujas o brujería.

—No importa, ya que ella te poseerá y ella sabe brujería, ¿entiendes? Hay una alineación planetaria específica durante la luna nueva en la que las condiciones son adecuadas para la posesión. Nunca me dijo específicamente cuándo, pero sé que el momento se acerca.

—Parte de esto está en la documentación que tienes ahí de la caja fuerte, creo —dice Adrian, señalando los materiales sobre el escritorio frente a nosotros—. Margaret dijo que existen dos posibilidades:

1) En el momento adecuado, Victoria planea poseerte o fusionarse contigo. Si tiene éxito, será imparable. Entonces ella sería la bruja-vampiro con tu linaje esencial que puede controlar y canalizar a los Devoradores. O 2) Si la posesión falla, los Devoradores son liberados sin control y es el fin del mundo con caos y muerte para todos.

La habitación queda en silencio por un momento, solo se escucha mi respiración acelerada y el tic-tac del reloj de pie.

—Así que tenemos dos enemigos. El Alto Consejo quiere controlarte o llevarte (para evitar el ascenso de Victoria) como Guardiana de los Devoradores. También querrían beber tu sangre y abusar de ti y experimentar contigo. Y Victoria quiere poseerte para su propio plan malvado.

Miro fijamente a Adrian. Soy el objetivo de dos grupos malvados.

—Quiero protegerte —dice—, encontrar una manera de evitar esto, y puede que yo sea el único que pueda detener a Victoria. Charlotte, la mansión no solo protege al mundo exterior de lo que hay debajo. Protege lo que hay debajo de aquellos que intentarían usar su poder.

Continúa: —Recuerda, los Devoradores no pueden ser controlados. Solo contenidos. Solo atados. Tú como Guardiana con sangre de bruja puedes atarlos. Pero necesitamos acabar con Victoria, derribarla, para contener todo este lío o ella te poseerá y liberará a los Devoradores, creyendo que puede controlarlos. Pero, de nuevo, solo desatará el infierno en la tierra.

—Mi linaje es lo que Victoria quiere, entonces. —Es una afirmación, no una pregunta.

—Sí —dice, tocando mi mano. Mi pulso se acelera bajo su tacto.

—¿Es por eso que me besaste? ¿Hiciste el amor conmigo? ¿Para aumentar mi poder?

—No, *mon amour*. —Sus ojos se suavizan—. Te besé porque dos siglos de control no significaron nada frente a tu valentía. Tu fuego. Tu belleza. Tu absoluta falta de miedo cuando cualquier persona sensata habría salido corriendo y gritando.

—No estoy huyendo ahora.

—Quizás deberías. —Pero su mano se desliza en mi cabello—. Cuanto más nos... conectamos, más fuerte se vuelve el poder en tu

sangre. Eso es bueno para ti. Pero también te vuelves irresistible para aquellos que quisieran usarte.

—¿Incluyéndote a ti?

—Especialmente a mí. —Su voz baja a terciopelo—. Sigo siendo un depredador, Charlotte. Sigo siendo vampiro. Y tu sangre llama a todo lo oscuro en mí.

—Sin embargo, aquí estás, advirtiéndome en lugar de tomarme. Queriendo protegerme.

—Porque me importas. Y porque he leído lo que sucede si y cuando las barreras caen. Cuando los Devoradores se liberan. —Su expresión se vuelve atormentada—. Lo vimos en el espejo. Los horrores. Deshacen... —Me estudia por un largo momento—. No solo matan. Deshacen. Deshilan el tejido mismo de la realidad. Y se están volviendo más fuertes. Creo que el gran diseño de Victoria está cerca de completarse.

—¿Qué diseño?

—Piensa, *mon chérie*. ¿Por qué crear híbridos vampiro-bruja? ¿Por qué orquestar linajes a lo largo de siglos? ¿Por qué atar a un vampiro cuya sangre porta magia de contención para guardar una puerta que contiene el caos mismo?

La comprensión amanece. —Está construyendo algo. Algún tipo de... ¿arma sobrenatural?

—Cerca. —Su sonrisa muestra sus colmillos—. Está construyendo a alguien. A ti. Une lo que te he dicho sobre la posesión y sus planes.

Las implicaciones me golpean como agua helada.

—Eres el recipiente perfecto. Poder de bruja. Sangre vinculante. Potenciada por el contacto vampírico. —Sus manos enmarcan mi rostro—. No eres solo la Guardiana, Charlotte. Eres la llave. El cerrojo. El sacrificio y la salvación todo en uno.

Adrian suspira tristemente.

—Y esta es la horrible verdad que he esperado para contarte. Pero mereces elegir. Conocer el precio antes de pagarlo. Si quieres pagarlo.

Mi mente va a mil por hora, tratando de razonar esto.

—Charlotte, podrías considerar huir. Sí, eso rompería el vínculo de la herencia y la mansión caería en... no lo sé. Pierce lo sabe. Pero es muy peligroso para ti, *mon chérie*. La mansión. Y para el mundo.

Su frente se apoya contra la mía. —En dos siglos vigilando esa puerta, viendo morir a los Guardianes, jugando mi papel en el juego de Victoria... nunca he sentido nada como lo que siento por ti. Y no quiero perderte ante ellos.

Mi corazón late con fuerza. —¿Y qué sientes después de dos siglos, Adrian?

—Esperanza. Amor. Deseo. —Sus labios rozan los míos, suaves como una sombra—. Terror. —Otro roce, más frío que el primero—. Hambre que no tiene nada que ver con la sangre y todo que ver con la forma en que enfrentas la oscuridad sin pestañear.

Me inclino hacia él, dejando que el poder fluya entre nosotros. —Entonces ayúdame. Enséñame. Ayúdame en una lucha contra todo esto. Soy una luchadora.

—¿Y si te destruye?

—Mejor la destrucción en mis propios términos que la manipulación por otros.

Él ríe contra mis labios. —*Ma lionne féroce*. Mi leona feroz.

Es hora de empezar a planear, aprender y encontrar la manera de luchar contra este horror.

Capítulo Veinte

Luchando contra La Sorcière Noir

Después de las revelaciones de Adrian sobre los planes de Victoria, los Devoradores bajo la mansión y las visiones del espejo, camino de un lado a otro por la biblioteca mientras él me observa desde su habitual butaca.

—Vamos a encontrar una forma de luchar contra esto —digo, pasando los dedos por los lomos de textos mágicos que aún no puedo entender—. Me niego a ser el recipiente de una híbrida bruja-vampira para dominar el mundo.

—Tu determinación es admirable, mi leona —la voz de Adrian contiene tanto afecto como preocupación—. Pero no sabes nada de brujería. De cómo aprovechar el poder en tu sangre. Ni de qué más hay en los libros encuadernados en rojo.

Dejo de caminar.

—Pero conozco a alguien que sí. Al menos la parte de la brujería. La parte histórica.

Sus ojos se entrecierran.

—Elizabeth.

—Piénsalo —me siento en el brazo de su butaca, lo bastante cerca como para sentir la energía fría que irradia de él—. Es una Blackwood. Conoce la historia de Victoria, entiende tanto la magia de brujas como la de vampiros. Y me ha estado ayudando desde que llegué.

—También podría tener su propia agenda.

—Todo el mundo tiene una agenda —toco su mano, sintiendo esa chispa ya familiar entre nosotros—. Pero no me ha mentido. Fue quien me advirtió sobre el ritual de sangre. Me dio las hierbas para fortalecer la mansión. Incluso sugirió... —dudo.

—El intercambio de sangre —sus dedos se entrelazan con los míos —. Sí, eso me interesa particularmente. Elizabeth no sugeriría algo así a la ligera.

—Entonces hablemos con ella. Aprendamos lo que sabe —le miro a los ojos—. No podemos ser reactivos, Adrian. Tenemos que ser proactivos. Victoria ha estado planeando esto durante siglos. Es hora de que hagamos algunos planes propios.

Me estudia durante un largo momento, acariciando mi punto de pulso con el pulgar.

—Tu corazón se acelera cuando estás tramando algo, ¿lo sabías? Como un guerrero antes de la batalla.

—¿Eso es un sí?

En lugar de responder, me atrae completamente a su regazo.

—Eres extraordinaria —murmura contra mi pelo—. La mayoría huiría gritando después de lo que he revelado. En cambio, tú estás planeando contraataques.

—Huir no es realmente mi estilo. Nunca lo fue. No lo fue cuando la mafia me amenazó, casi me mató. No lo fue cuando los criminales más endurecidos vinieron a por mí. No lo será ahora.

—No —sus labios rozan mi sien—. Es una de las muchas cosas que encuentro peligrosamente atractivas en ti.

Me giro para mirarlo, nuestros rostros a centímetros de distancia.

—¿Solo una de muchas?

Sus ojos se oscurecen.

—Deberíamos centrarnos en contactar con Elizabeth. Será clave para elaborar una estrategia.

—¿Deberíamos?

—A menos que —su mano se desliza por mi pelo— prefieras explorar esas otras cualidades atractivas.

La puerta de la biblioteca se abre de golpe antes de que pueda responder. El fantasma de Emily está ahí, agitado.

—El espejo —dice con urgencia—. Está intentando manifestarse.

Adrian nos pone a ambos de pie con velocidad vampírica.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. El sol se está poniendo... —Emily parpadea—. ¡Daos prisa!

Corremos hacia el vestíbulo principal. La superficie del espejo se retuerce como mercurio líquido, formas oscuras moviéndose en sus profundidades. Mientras observamos, el rostro de una mujer comienza a formarse – hermoso, terrible, familiar por la fotografía. La mujer que había visto en la calle sonriéndome con suficiencia.

—Vaya, vaya —la voz de Victoria hace eco de forma extraña, como si viniera de muy lejos—. La Guardiana y su protector vampiro. Qué... predecible.

—¿Qué quieres? —exijo, sintiendo cómo el poder fluye a través de mí en respuesta a su presencia.

—Conocer a mi descendiente como es debido —su sonrisa muestra sus afilados colmillos finos—. Ver cómo ha progresado mi cuidadoso programa de cría. Y vaya, eres perfecta, ¿verdad? Incluso juntándote con el querido Adrian, exactamente según lo planeado.

Adrian da un paso adelante.

—Nunca la tendrás, Victoria.

—¿No? —se ríe—. Ya la tengo. Con cada beso, cada caricia, su poder crece. Las mismas cosas que haces para protegerla la hacen más perfecta para mi propósito —sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Puedes sentirlo, niña? ¿Los cambios en tu sangre? ¿La forma en que la magia responde a ti ahora?

Puedo sentirlo. Dios me ayude, puedo sentirlo.

—Estás equivocada —digo, aferrando la mano de Adrian—. En todo. No soy tu recipiente. No lo seré. No soy tu marioneta cuidadosamente criada. Y estoy harta de tus horribles planes.

—Palabras valientes —su imagen comienza a desvanecerse—. Pero la valentía no te salvará cuando las barreras caigan. Cuando los Devoradores se alcen. Cuando tengas que elegir entre canalizar su poder o ver cómo todo lo que amas es consumido por el caos.

Desaparece, dejando la superficie del espejo normal una vez más. Pero sus palabras resuenan en mi cabeza.

Adrian cubre el espejo con el paño de terciopelo que hay cerca.

—Llama a Elizabeth —dice Adrian—. Ahora.

--

Veinte minutos después, Elizabeth entra apresuradamente en la mansión, trayendo consigo el aroma de hierbas y vientos de

tormenta. Observa el espejo cubierto, nuestras manos unidas, los rastros de poder que permanecen en el aire.

La acompañamos a la biblioteca.

—Bueno —dice, dejando su bolsa de suministros sobre la mesa—. Ya era hora de que os dierais cuenta de que necesitabais ayuda.

—Lo sabías —la acuso—. Sobre el plan de Victoria. Sobre lo que soy.

—Lo sospechaba —comienza a desempacar cristales y grimorios—. Pero hay reglas sobre lo que podemos revelar, cuándo podemos intervenir. La magia de Victoria nos ata a todos de diferentes maneras —levanta la mirada hacia Adrian—. Incluso a ti, aunque no lo supieras.

—¿Qué quieres decir? —pregunta él.

—Tu maldición. No se trata solo de vigilar la puerta. Se trata de estar aquí, en este momento, con esta Guardiana —gesticula entre nosotros—. Victoria no te eligió solo por tu linaje. Te eligió porque sabía... sabía que serías exactamente lo que Charlotte necesita. Y cómo te sentirías por ella.

—¿Un vampiro que no puede protegerla completamente? ¿Que tiene sed de su sangre?

—Un compañero —corrige Elizabeth—. Alguien lo suficientemente fuerte como para igualar su poder, con principios suficientes para ayudarla a luchar contra la corrupción, y lo suficientemente apasionado como para despertar todo su potencial —sonríe con picardía—. El hecho de que seas devastadoramente guapo

probablemente también influyó. Victoria siempre tuvo un don para lo dramático.

—Esto no es una novela romántica —protesto, aunque mis mejillas se sonrojan.

—¿No lo es? —los ojos de Elizabeth brillan—. ¿Amantes predestinados, magia antigua, amenazas apocalípticas? Me suena bastante romántico.

Se pone seria.

—Pero tienes razón. También es mortalmente serio. El plan de Victoria ha estado en marcha durante siglos. Detenerlo no será fácil.

—¿Pero es posible? —pregunto—. Es mi mayor esperanza. Quiero luchar contra ella, contra sus planes. Son demasiado horribles para soportarlos.

Elizabeth me mira y respira hondo.

—¿Con el entrenamiento adecuado, los aliados adecuados, la preparación adecuada? —asiente—. Sí. Podría ser posible. Pero necesitarás dominar ambos lados de tu herencia: bruja y Guardiana. Y tú —señala a Adrian—, necesitarás dejar de luchar contra tu conexión con Charlotte. El intercambio de sangre no es solo para protección. Es para equilibrio.

—Pero es peligroso —gruñe él—. Soy un depredador y podría perder el control.

—Todo en esto es peligroso —Elizabeth comienza a colocar cristales en un patrón—. Pero juntos (vampiro, bruja y Guardiana híbrida) podríamos tener una oportunidad —nos mira—. Entonces, ¿comenzamos?

Encuentro los ojos de Adrian, viendo mi propia determinación reflejada en ellos.

—Sí —digo—. Muéstrame todo.

—¿Todo? —la sonrisa de Elizabeth se vuelve astuta—. ¿Incluso el hechizo que os permite compartir sueños? Muy útil para... comunicaciones nocturnas.

Adrian aprieta mi mano.

—Céntrate primero en la magia de protección.

—Aguafiestas —pero abre un grimorio y comienza a disponer hierbas —. Empecemos con lo básico. Cristales, círculos, y por qué mezclar sangre de vampiro con magia de brujas no siempre es una idea terrible.

Mientras comienza la lección, siento algo en la energía de la mansión. Como si aprobara esta alianza. Como si tal vez pensara que tenemos una oportunidad contra los siglos de planificación de Victoria.

El pulgar de Adrian acaricia mi palma, enviando escalofríos por mi brazo. Elizabeth capta el gesto y sonríe.

—Primera lección —dice—. La emoción amplifica la magia. Y vosotros dos... —guiña un ojo—. Tenéis eso de sobra. Puedo sentirlo desde aquí.

Sí, pienso. Quizás tengamos una oportunidad después de todo.

Capítulo Veintiuno

Entrenamiento de bruja

—No te alarmes tanto —dice Elizabeth, sacando el cráneo de su bolso sobre la mesa—. Augustus es solo una herramienta didáctica. Muy eficaz para demostrar los canales de energía.

—¿Has traído el pisapapeles de tu despacho?

—Se pone gruñón si se queda solo demasiado tiempo —me guiña un ojo—. Además, él también fue un Guardián en su día. Pensé que podría tener algunas ideas que compartir.

Adrian, apoyado en el marco de la puerta, levanta una ceja.

—¿Alexander Augustus? ¿El Guardián de 1847?

—El mismo —Elizabeth se dirige al otro lado de la mesa con un montón de libros—. Su cuerpo murió, pero tenía mucho que decir después del hecho. A Victoria no le gustaba su parloteo, así que vinculó su cráneo. Limitó sus opciones de comunicación.

La sigo, sosteniendo con cuidado el cráneo.

—¿Estás diciendo que este cráneo puede hablar?

—No con palabras. Pero colócalo en un círculo adecuado y puede mostrarte cosas. Recuerdos. Técnicas —comienza a organizar sus útiles en la biblioteca—. Fue uno de los Guardianes más poderosos en la historia de la mansión. Justo hasta que el Alto Consejo decidió dejarlo seco.

—Encantador —dejo el cráneo sobre la mesa—. ¿Alguna otra sorpresa que deba conocer?

—Oh, docenas —la sonrisa de Elizabeth es a la vez traviesa y seria —. Pero empezaremos con lo básico. Mejor no abrumarte el primer día.

Durante la siguiente hora, transforma la biblioteca en un espacio de trabajo. Círculos de sal, disposiciones de cristales, hierbas ardiendo en braseros de cobre. Adrian ayuda con familiaridad experimentada, sugiriendo ajustes a ciertas configuraciones.

—Has hecho esto antes —observo mientras coloca velas negras en intervalos específicos con precisión.

—He observado muchas sesiones de entrenamiento a lo largo de los siglos —sus manos se mueven con eficiencia elegante—. La abuela de Elizabeth entrenó a Margaret, mientras yo mantenía las barreras.

—Y ahora estás directamente involucrado.

Sus ojos se encuentran con los míos, algo significativo pasando entre nosotros.

—Las circunstancias han cambiado. Al igual que mis... prioridades.

Elizabeth se aclara la garganta.

—Si podéis pausar las miradas románticas significativas un momento, tenemos trabajo que hacer —pero su sonrisa suaviza la reprimenda—. Charlotte, al centro del círculo principal, por favor.

Entro en el anillo de sal, sintiendo un cambio inmediato en la energía del aire. El zumbido de fondo de la mansión se intensifica, enfocándose a mi alrededor como un foco.

—Lo que estás sintiendo es la mansión reconociéndote —explica Elizabeth, encendiendo las velas con un movimiento de su muñeca en lugar de cerillas—. El ritual de sangre te conectó a su poder. Ahora te enseñaremos a dirigir esa conexión.

—Como abrir un grifo en vez de quedarse bajo la lluvia —añade Adrian, tomando posición fuera del círculo.

—Exactamente —Elizabeth coloca el cráneo de Augustus en el borde del círculo—. Empezaremos con la percepción. Cierra los ojos, Charlotte. Siente la energía de la mansión. Fluye como ríos a través de la estructura, siguiendo las líneas de poder debajo.

Cierro los ojos, concentrándome. Al principio, no hay nada más que oscuridad y el aroma de las hierbas ardiendo. Luego, gradualmente, comienzo a sentir algo—corrientes de poder moviéndose por la

habitación, la casa, los terrenos. Tres corrientes principales, convergiendo bajo nosotros.

—Las veo —murmuro—. Las siento. Tres canales principales.

—Muy bien —Elizabeth suena impresionada—. La mayoría de principiantes tardan días en percibir las líneas de poder. Ahora, intenta seguir la línea central—la que corre directamente bajo donde estás de pie.

Enfoco mi conciencia, permitiendo que fluya a lo largo de la corriente más fuerte. Me lleva hacia abajo, a través de capas de cimientos de la mansión, profundamente en la tierra donde...

Mis ojos se abren de golpe con un jadeo.

—Hay algo allí. Observando. Hambriento.

Adrian se tensa visiblemente.

—Los Devoradores la sienten.

—Siempre lo han hecho —dice Elizabeth con calma—. Pero ahora ella también puede sentirlos. Eso es progreso —me entrega un cristal—cuarzo transparente envuelto en alambre de cobre—. Sostén esto. Ayudará a filtrar su influencia.

El cristal se siente frío contra mi palma, luego se calienta rápidamente, pulsando al ritmo de mi corazón.

—La sangre de bruja responde a los cristales —explica Elizabeth—. Amplifican la intención, dirigen la energía. Tu herencia Blackwood te hace particularmente sensible al cuarzo y la amatista.

Durante las siguientes dos horas, me guía a través de ejercicios cada vez más complejos. Sentir la energía. Dirigirla a lo largo de caminos específicos. Usar cristales para enfocar y amplificar la intención. Adrian observa en silencio, su presencia tan reconfortante como distractora.

—Tu firma energética cambia cuando lo miras —comenta Elizabeth casualmente mientras demuestra cómo crear un sigilo de protección básico—. Se vuelve más brillante y nítida. Efecto interesante.

El calor sube a mi cara.

—No estoy mirándole.

—Mmhmm —su sonrisa conocedora me hace sonrojar más—. La emoción amplifica la magia, ¿recuerdas? No hay nada de qué avergonzarse. De hecho... —golpea su barbilla pensativamente—. Adrian, ven aquí.

Él se acerca con gracia cautelosa.

—¿Sí?

—Ponte detrás de Charlotte. Manos en sus hombros.

Duda.

—¿Es prudente?

—Probablemente no —Elizabeth sonríe—. Pero eficaz. Necesitamos entender cómo vuestra conexión afecta a sus poderes.

Tras un momento de consideración, Adrian entra en el círculo detrás de mí. Sus manos frías se posan sobre mis hombros, y el efecto es inmediato. La energía con la que he estado luchando para dirigir de repente fluye como un río después del deshielo primaveral—poderosa, decidida, casi abrumadora.

—Oh —respiro, viendo cómo el sigilo de protección que he estado intentando de repente se manifiesta como luz azul visible frente a mí.

—Como sospechaba —Elizabeth suena demasiado complacida consigo misma—. El contacto vampírico aumenta tus habilidades. Victoria sabía lo que hacía cuando diseñó esta combinación particular.

—Victoria no podría haber predicho esta interacción específica —argumenta Adrian, aunque sus manos permanecen en mis hombros —. Esperaba que cualquier contacto vampírico aumentaría las habilidades de Charlotte. No podía haber sabido...

—¿Que serías tú? —Elizabeth levanta una ceja—. No subestimes la previsión de Victoria. Ni su comprensión de la compatibilidad —se vuelve hacia mí—. Ahora, mientras él amplifica tu energía, intenta extender tu conciencia por la mansión. Siente sus defensas, sus debilidades.

Con la fría presencia de Adrian estabilizándome, cierro los ojos y envío mi conciencia hacia fuera. La mansión se despliega en mi percepción como un plano tridimensional—cada habitación, cada pasaje oculto, cada protección y defensa de repente visible para mi ojo mental.

Siento las líneas de sal brillando con suave luz blanca. Veo dos líneas de sal que son demasiado delgadas, una en la bodega y otra en lo alto de la escalera, y tomo nota para fortalecer las líneas cuando termine el entrenamiento. Ahora siento los círculos de contención en el sótano pulsando con poder reprimido. El espejo en el gran salón brillando con energía potencial. Y debajo de todo, los Devoradores presionando contra su antigua prisión, probando, buscando, frustrados.

Pero también siento algo más—un complejo separado bajo los terrenos del este. Espacios elegantes llenos de ataúdes y opulencia rojo sangre, candelabros y estatuas blancas. Vampiros moviéndose fluidamente a través de la sombra, algunos despiertos a pesar de las horas diurnas, otros en un sueño similar a la muerte.

—El Alto Consejo —susurro—. Puedo ver su santuario.

El agarre de Adrian se tensa.

—No deberías poder sentirlos a través de sus protecciones.

—Su poder crece más rápido de lo esperado —murmura Elizabeth—. Charlotte, ¿puedes detectar alguna debilidad en sus defensas?

Me concentro, empujando mi conciencia más profundamente.

—Hay un pasaje... que conecta su complejo con el sótano de la mansión. Fuertemente protegido, pero las protecciones están... orientadas en una dirección. Para evitar que las cosas salgan del sótano, no para impedir que el Consejo entre.

—Por supuesto —dice Adrian con amargura—. Quieren acceso a la cámara de los Devoradores. Y a la mansión. Creen que pueden controlar lo que hay dentro, y saben que tú estás aquí ahora.

—Están haciendo preparativos —continúo, observando figuras sombrías moverse por cámaras opulentas—. Algo va a suceder pronto. Están... emocionados. Expectantes.

Elizabeth y Adrian intercambian miradas alarmadas.

—Retrocede —instruye Elizabeth—. No dejes que sientan tu presencia.

Retiro mi conciencia, abriendo los ojos para encontrar a ambos mirándome con una mezcla de preocupación y asombro.

—Eso fue... —Adrian parece quedarse sin palabras.

—Extraordinario —termina Elizabeth—. La mayoría de las brujas entrenan durante años para lograr ese nivel de percepción remota.

—Se sentía natural —admito—. Como si mi conciencia quisiera expandirse.

—Tu sangre Blackwood —Elizabeth parece pensativa—. Combinada con tu herencia Blackthorn y amplificada por el contacto vampírico

con Adrian. El programa de crianza de Victoria creó algo más poderoso de lo que incluso ella podría haber anticipado. De hecho, dudo que conozca el alcance de tus poderes.

Las manos de Adrian se deslizan de mis hombros, rompiendo el efecto de amplificación. La repentina caída de poder se siente como sumergirse en agua fría.

—Necesitamos acelerar tu entrenamiento —dice, paseando justo fuera del círculo—. Si el Alto Consejo está preparando algo, tenemos menos tiempo del que pensábamos.

—De acuerdo —Elizabeth se inclina para examinar el cráneo de Augustus, que ha comenzado a emitir un tenue resplandor—. Vaya, vaya. Parece que Alexander tiene algo que aportar.

Coloca el cráneo en el centro de un círculo más pequeño y lo rocía con una mezcla de hierbas y lo que parece inquietantemente sangre seca. Las cuencas de los ojos comienzan a brillar con una suave luz azul.

—Muéstranos —ordena—. Muéstrale a Charlotte lo que necesita saber.

La luz fluye desde el cráneo, condensándose en imágenes fantasmales sobre él. Veo a un hombre—guapo, decidido—realizando complejos trabajos mágicos alrededor de la mansión. Creando protecciones. Fortaleciendo barreras. Usando su sangre para sellar protecciones.

Luego la escena cambia al mismo hombre enfrentándose a vampiros elegantemente vestidos, sus manos envueltas en fuego azul

mientras defiende la mansión contra su intrusión.

—Alexander Augustus —dice Adrian en voz baja—. Nos está mostrando su historia. Contuvo a todo el Alto Consejo durante tres días y tres noches antes de que finalmente lo abrumaran.

El cráneo muestra la última resistencia del Guardián—capturado, drenado, pero usando sus últimos momentos para implementar una última protección que selló la mansión contra la invasión inmediata.

—Murió protegiendo este lugar —susurro.

—Sí y no —los ojos de Elizabeth permanecen fijos en el cráneo brillante—. Murió, pero encontró una manera de preservar su conocimiento. De transmitirlo.

Las siguientes imágenes del cráneo son instructivas—mostrando técnicas para la creación de barreras, para usar la energía existente de la mansión para amplificar el poder personal, para invocar la fuerza combinada de todos los Guardianes anteriores en momentos de gran necesidad.

Observo atentamente, absorbiendo todo lo que puedo, sintiendo que parte de ello se hunde directamente en la memoria de mi cuerpo más que en mi mente consciente.

Cuando el cráneo finalmente se oscurece, estoy agotada pero llena de una extraña determinación.

—Necesitamos más entrenamiento —digo, saliendo del círculo—. Diario. Y necesito entender todo sobre los patrones del Alto Consejo, sus debilidades.

La expresión de Adrian es indescifrable.

—Deberías descansar primero. Este tipo de esfuerzo mágico puede...

—Estoy bien —enderezo los hombros—. No tenemos el lujo de descansar.

Elizabeth comienza a guardar sus materiales.

—Tiene razón, Adrian. Los preparativos del Consejo sugieren que están moviéndose en un calendario acelerado. La influencia de Victoria se hace más fuerte cada día.

—Y los Devoradores se vuelven más inquietos —reconoce a regañadientes—. Los he sentido probando las barreras con más frecuencia. Los arañazos por la noche...

—Entonces continuamos mañana por la mañana —decido—. Elizabeth, ¿puedes quedarte en la mansión? Necesitaremos cada momento.

Ella asiente.

—Lo anticipé. Mi bolsa ya está en el coche.

Mientras recogemos el montaje de entrenamiento, noto que Adrian me observa con una expresión que no puedo descifrar del todo—preocupación mezclada con orgullo, miedo enredado con algo más profundo, más cálido.

Cuando nuestras manos se rozan mientras recogemos cristales, esa chispa ya familiar salta entre nosotros, más fuerte que antes. El entrenamiento también ha aumentado mi sensibilidad a su energía.

—Tus ojos —murmura, inclinándose más cerca—. Son diferentes.

—¿Cómo? —toco mi cara con timidez.

—Hay un anillo ámbar alrededor de tus pupilas ahora —su voz se vuelve más baja—. Como los míos.

—El contacto vampírico —explica Elizabeth, empacando cuidadosamente a Augustus—. Tu sangre responde a la suya. Se adapta. Evoluciona.

—¿Eso es... malo?

—Es poderoso —corrige ella—. Si es bueno o malo depende enteramente de cómo lo uses —nos da a ambos una mirada significativa—. Y de cuán conscientes seáis de sus efectos.

--

Después de la intensa sesión de entrenamiento, la señora Graves nos sorprende con una cena apropiada servida en el comedor formal —un espacio que ni siquiera había explorado todavía. Candelabros de cristal proyectan una luz cálida sobre la mesa de caoba donde aguarda un festín: pollo asado con hierbas, verduras asadas, pan fresco y una botella de vino ya oxigenándose.

Elizabeth entra, con el pelo húmedo de la ducha, viéndose más relajada de lo que la he visto.

—Algo huele divinamente. Hace siglos que no como una comida casera con compañía.

—Bienvenida, siéntate —digo calurosamente.

—No sabía que los fantasmas podían cocinar —me susurra Elizabeth.

—La señora Graves se enorgullece de mantener ciertos estándares —murmura Adrian, con las comisuras de los labios curvándose—. Puede manipular objetos físicos cuando está debidamente motivada. Tu tía alentaba sus esfuerzos culinarios.

Adrian toma su lugar en la cabecera de la mesa, descorchando una botella diferente—más oscura, más espesa—para sí mismo.

—Vino de sangre —explica, captando mi mirada—. 1962. Un buen año.

—¿Para la sangre o para el vino? —no puedo evitar preguntar.

—Para ambos, casualmente —su sonrisa muestra un ligero asomo de colmillo—. El donante era un sumiller con excelente gusto y un acuerdo voluntario.

Elizabeth pone los ojos en blanco mientras se sirve pollo.

—Siempre tan teatral con tus hábitos alimenticios.

—Lo dice la bruja que nombra a su pisapapeles craneal y lo trae a visitas sociales —Adrian agita su copa, el líquido atrapando la luz como rubíes.

Miro entre ellos, dándome cuenta de repente:

—Vosotros dos os conocéis desde hace mucho tiempo.

—Desde que era niña —confirma Adrian—. He visto crecer a generaciones de brujas Blackwood. Elizabeth solía trepar por las paredes de la mansión intentando mirar por las ventanas.

—Estaba investigando —protesta Elizabeth, aunque sus mejillas se colorean ligeramente—. Mi abuela dijo que un vampiro vivía aquí. Tenía curiosidad científica.

—Dejabas galletas en el alféizar —le recuerda Adrian secamente.

—Cebo —insiste ella, pero su sonrisa la delata.

Mientras comemos, la conversación fluye sorprendentemente fácil, alternando entre recuerdos ligeros y planificación seria. Elizabeth me deleita con historias de la comunidad sobrenatural de Salem—las brujas herbarias que dirigen la tienda de té local, la banshee que gestiona la sociedad histórica, la familia de selkies que opera tours de avistamiento de ballenas.

—El mundo es mucho más mágico de lo que la mayoría de los humanos se dan cuenta —explica, sirviéndose más vino—. La mayoría de los seres sobrenaturales simplemente quieren vivir en paz, integrarse lo mejor posible.

—Excepto el Alto Consejo —observo, ensombreciendo ligeramente el ambiente.

—Se han vuelto arrogantes —coincide Adrian, su expresión oscureciéndose—. Siglos de poder, de operar por encima de la ley humana. Creen que tienen derecho a cualquier cosa—o cualquier persona—que deseen.

Elizabeth extiende la mano para apretar la mía.

—Por eso te estamos entrenando. No esperarán resistencia desde tres frentes—bruja, vampiro y Guardián unidos.

—Cuatro frentes —anuncia la voz de la señora Graves mientras se materializa junto a la mesa, arreglando un servicio ya perfecto—. Los espíritus de la mansión también apoyan a la Guardiana.

—Gracias por la cena, señora Graves —le digo sinceramente—. Es realmente excepcional. Y muy considerado.

El fantasma realmente se sonroja, su forma translúcida momentáneamente más sólida.

—Combustible apropiado para un entrenamiento apropiado. No se puede luchar contra males antiguos con el estómago vacío, ¿verdad? —olfatea con desaprobación el vino de sangre de Adrian—. Aunque algunos en esta mesa podrían beneficiarse de una nutrición más sólida.

—No he requerido 'nutrición sólida' desde 1799, señora Graves —le recuerda Adrian con sorprendente paciencia.

—Hmph. No significa que no te haría bien —con esa declaración, se desvanece de la vista.

Elizabeth ríe suavemente.

—Algunas cosas nunca cambian. Solía sermonear a mi madre exactamente de la misma manera cuando visitaba a tu tía.

A medida que la noche avanza, nuestra conversación se vuelve más estratégica, pero la atmósfera sigue siendo de creciente camaradería. El interés profesional inicial de Elizabeth claramente ha evolucionado hacia una preocupación y amistad genuinas. Adrian, por su parte, muestra una faceta de sí mismo que rara vez he vislumbrado—todavía intenso, todavía peligroso, pero capaz de humor irónico y sorprendente calidez.

Cuando Elizabeth finalmente se excusa para ir a dormir, citando el entrenamiento temprano de mañana, Adrian rellena mi copa de vino y levanta la suya en un pequeño brindis.

—Por alianzas improbables —dice suavemente.

Choco mi copa contra la suya.

—¿Somos tan improbables?

Sus ojos, ámbar a la luz de las velas, sostienen los míos.

—¿Una fiscal, un vampiro y una bruja caminando juntos hacia un peligro apocalíptico? Diría que el destino tiene un extraño sentido del humor.

—O los planes de Victoria están fracasando espectacularmente.

Su sonrisa se profundiza.

—Esperemos que sea lo segundo, querida. Esperemos que sea lo segundo.

Capítulo Veintidós

Susurros Nocturnos

Después de la cena, refuerzo las líneas de sal que vi en mis visiones anteriormente, y luego subo al dormitorio, sintiéndome ya cansada.

Elizabeth se ha instalado en una habitación de invitados y mientras la noche cae sobre Blackthorn Manor, permanezco junto a la ventana de mi dormitorio, observando cómo la luz de la luna platea los terrenos. Puedo sentir la energía de la mansión con más claridad ahora—su antiguo poder, sus vulnerabilidades, su conciencia de mí como Guardiana.

También puedo sentir la presencia de Adrian, moviéndose entre las sombras abajo, comprobando las barreras, manteniendo su eterna vigilancia. Nuestra conexión se ha profundizado a través del entrenamiento y nuestro afecto mutuo, y al tomar él mi sangre. Se ha convertido en algo físico, tangible, un hilo plateado que nos une.

Mañana traerá más entrenamiento, más preparación para las batallas que se avecinan. Siento mi nuevo poder despertando en mi sangre, los cambios ya remodelándome desde dentro. Con la nueva

información sobre los planes de Victoria, las entidades contenidas abajo y nuestra lucha por venir, hay tensión. Pero esta noche, quiero aliviar esa tensión. Y desarrollar mi creciente afecto por Adrian. Con Adrian.

Entra, todavía elegante con la ropa que llevaba en la cena, aunque ha dejado su chaqueta en algún lugar. La fina camisa blanca contrasta con su cabello oscuro, haciéndole parecer una pintura que ha cobrado vida en mi puerta.

Con su llegada, el aire en el dormitorio se vuelve denso de anticipación, del tipo que se adhiere a tu piel como una segunda capa de ropa. La luz titilante de las velas proyecta sombras danzantes por la opulenta habitación, sus movimientos imitando la inquieta energía entre nosotros.

Ahora estoy de pie junto a la gran chimenea. El fuego crepita, enviando chispas bailando por la chimenea, reflejando el fuego que se enciende dentro de mí en el momento en que la mirada de Adrian se encuentra con la mía. Sus palabras, bajas y con un toque de francés, me excitan: "*Mon chérie*, esta noche es nuestra". Siente lo mismo que yo. Desea lo que yo deseo.

La dominancia en su voz envía escalofríos por todo mi cuerpo, una deliciosa mezcla de miedo y deseo.

Adrian se acerca lentamente, sus movimientos deliberados, como un depredador acechando a su presa. Su cuerpo alto y atlético es hermoso. Su precioso cabello largo y oscuro está recogido en una coleta, con mechones enmarcando su apuesto rostro, destacando sus pómulos altos y labios carnosos. Sus ojos negros, con sus círculos ámbar, parecen ver a través de mí, como si pudiera leer cada pensamiento, cada deseo, que recorre mi mente.

¿Cómo puedo sentir lo que siento cada vez que lo miro? Mi corazón late más rápido y duele al mismo tiempo.

—Charlotte —murmura, su voz un susurro aterciopelado—. Eres una visión, ahí de pie junto al fuego. Arde dentro de ti, ¿verdad? Este deseo, esta necesidad.

Encuentro su mirada, mis ojos verde jade con los crecientes círculos ámbar fijándose en los suyos y asintiendo lentamente.

—Así es, mi valiente Adrian. No puedo negarlo.

Sonríe, una curva depredadora de sus labios que hace que mi corazón se acelere.

—Ni yo tampoco. Tenemos suficiente peligro por venir. Ahora, esta noche es para nosotros. Ven, *mon chérie*. Exploremos nuestro deseo juntos.

Toma mi mano, su tacto enviando una descarga de poder a través de mí, y me lleva hacia la gran cama con dosel. Las cortinas de terciopelo cuelgan pesadamente, creando un mundo privado dentro de la ya aislada habitación. La cama, con sus postes intrincadamente tallados y lujosas sábanas, parece invitarnos, testigo silencioso de la pasión a punto de desplegarse.

Mientras estamos junto a la cama, las manos de Adrian se mueven a mi cintura, acercándome. Las vibraciones de su cuerpo irradian contra el mío, su aroma—una mezcla de pergamino antiguo, rosas de invierno, vino tinto y algo únicamente masculino—me envuelve. Siento su aliento en mi cuello mientras se inclina, sus labios rozando mi piel.

—Siempre hueles divinamente, Charlotte —susurra, su voz ronca de deseo—. Tu sangre, tu esencia... me llama, cada minuto de cada día.

Tiemblo ante sus palabras, mi cuerpo respondiendo a cada toque, a cada palabra suya.

—Adrian... eres como nadie que haya conocido jamás. No puedo resistirme a ti. No quiero hacerlo.

Sus manos suben, acunando mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas.

—Ah, pero la resistencia es inútil, *mon chérie*. Tú eres mía, y yo soy tuyo.

Me besa entonces, sus labios firmes pero suaves, su lengua provocando la mía en una danza lenta y sensual. El beso es una promesa, una declaración de la pasión que está por venir. Me derrito en él, mis manos aferrándose a sus hombros, mi cuerpo presionando contra el suyo.

Adrian rompe el beso, nuestras respiraciones mezclándose.

—Despacio, Charlotte. Tenemos todo el tiempo del mundo esta noche. Saboreemos cada momento. Saboreémonos el uno al otro.

Asiento, mi corazón palpitando de anticipación.

—Soy tuya para dirigirme, Adrian.

Sonríe, esa sonrisa peligrosa y seductora que hace que mis rodillas flaqueen.

—Y pretendo dirigirte, *mon amour*. Pero primero, déjame venerarte.

Da un paso atrás, sus ojos recorriendo mi cuerpo con una intensidad que me hace sentir vulnerable y deseada a la vez. Llevo un simple pijama de seda, el color verde oscuro complementando mi pelo cobrizo. Pero mientras la mirada de Adrian se detiene, siento que la tela de repente parece demasiada, una barrera entre nosotros.

—¿Puedo? —pregunta, su voz un ronroneo bajo, mientras alcanza los botones de mi parte superior.

—Por favor —susurro, mi voz apenas audible.

Con movimientos lentos y deliberados, Adrian desabrocha la parte superior, dejándola deslizarse por mis hombros, besando cada trozo de piel que queda expuesto. En un movimiento rápido, baja la parte inferior del pijama que ahora se amontona a mis pies. Estoy de pie ante él desnuda. Sus ojos me contemplan, sus pupilas dilatándose, su respiración acelerándose.

—*Magnifique* —murmura, su acento francés espeso de deseo—. Eres una obra de arte, Charlotte.

Siento un rubor subir por mis mejillas bajo su mirada apreciativa. Él se acerca más. La respiración de Adrian se entrecorta, sus ojos recorriendo mi cuerpo con un hambre que hace hormiguear mi piel.

—Eres la perfección —susurra, su voz áspera de necesidad.

Extiende la mano, sus dedos trazando la curva de mi pecho, su toque enviando chispas de placer a través de mí. Me arqueo en su toque, un suave gemido escapando de mis labios. Su otra mano se mueve a mi cintura, acercándome más, su cuerpo presionando contra el mío.

—Siénteme, Charlotte —ordena, su voz un gruñido bajo—. Siente cuánto te deseo.

Jadeo al sentir la dureza de su erección contra mi muslo, la evidencia de su deseo innegable. Mis manos se mueven a su pecho, mis dedos trazando los músculos bajo su camisa. Quiero sentir su piel contra la mía, explorar cada centímetro de su cuerpo.

—¿Puedo? —pregunto, mi voz temblando de anticipación.

—*Oui, mon chérie* —responde, sus ojos ardiendo de deseo—. Desnúdame. Tócame. Explórame.

En vez de desabrochar su camisa, la arranco, mientras él se ríe de mi pasión. La tela yace a sus pies, revelando su fuerte pecho, su piel pálida y suave, sus fuertes músculos definidos. Paso mis manos sobre él, sintiendo la frescura y fortaleza de su piel y cuerpo. Me inclino, tomando uno de sus pezones en mi boca, provocándolo con mi lengua.

Adrian gime, sus manos agarrando mis caderas, su cuerpo tensándose de placer.

—*Mon Dieu*, Charlotte... me estás volviendo loco.

Sonrío contra su piel, mis manos moviéndose más abajo, trazando las líneas de su abdomen. Sus pantalones están ajustados, pero puedo sentir la erección emanando de él, la evidencia de su deseo. Los deslizo inmediatamente.

Su erección es impresionante, gruesa y dura. Extiendo la mano, mis dedos envolviéndolo, sintiendo la dureza de roca en él.

—Charlotte... —gime, su cabeza cayendo hacia atrás mientras lo acaricio lentamente, mi toque deliberado y provocador.

—¿Te gusta eso, Adrian? —pregunto, mi voz ronca de deseo mientras mis manos se mueven sobre su erección.

—*Oui, mon chérie... mais*... aún no —responde, su voz tensa—. Debo saborearte primero.

Da un paso atrás, sus ojos nunca dejando los míos, y se arrodilla ante mí. Sus manos se mueven a mis muslos, separándolos ligeramente, sus dedos trazando las curvas de mi cuerpo. Siento su aliento en mi centro mientras se inclina, su lengua provocando mi carne sensible y preparada.

—Adrian... —jadeo, mis manos enredándose en su pelo mientras me lame, su lengua hábil y hambrienta.

Él tararea contra mí, las vibraciones enviando escalofríos de placer por mi cuerpo. Sus dedos se unen a su lengua, hundiéndose en mi humedad, su toque enviándome en espiral hacia el placer.

—Aún no, *mon chérie* —murmura, su voz un rumor bajo—. Quiero alargar esto, hacerte sentir realmente el placer, disfrutarlo.

Gimo, mi cuerpo arqueándose contra su toque, mis caderas moviéndose ligeramente.

Se ríe, un sonido profundo y retumbante, y se levanta, sus ojos ardiendo de deseo.

—Charlotte, necesito sentirte a mi alrededor.

Me levanta en sus brazos y me tumba en la cama. Las cortinas de terciopelo nos encierran, creando un mundo privado, un santuario para nuestra pasión. Se cierne sobre mí, su cuerpo una presencia poderosa, sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Necesito tomarte, *mon chérie* —preguntó, su voz un gruñido bajo.

Me siento pequeña en su abrazo, no solo físicamente sino en la forma en que domina el espacio a nuestro alrededor, sobre mí. Es una hermosa fuerza de la naturaleza, y yo me rindo voluntariamente a la tormenta.

—Date la vuelta —ordena, su voz firme pero impregnada de una ternura que hace que mis rodillas flaqueen.

Obedezco, de espaldas a él en la cama, mi respiración superficial mientras anticipo su próximo movimiento. Sus manos descansan en mis hombros, su toque enviando chispas a través de mi cuerpo. Lentamente, comienza a explorar, sus dedos trazando las curvas de mi cuello, la pendiente de mis hombros, la curva de mi columna, el ascenso de mis nalgas, mis piernas. Siento su aliento caliente en mi cuello mientras explora mi cuerpo. Cada toque es deliberado, como si estuviera mapeando mi cuerpo, grabándolo en su memoria.

—*Étirez-vous* —murmura, guiando mis brazos por encima de mi cabeza. Me estiro, sintiendo los músculos de mi espalda y hombros tensarse bajo su mirada. Sus manos bajan por mis brazos, sus dedos rozando ligeramente mi piel, enviando escalofríos por todas partes—. Eres tan receptiva, tan suave, tan sexy, *mon amour*. Es embriagador.

Me muerdo el labio, suprimiendo un gemido, mi cuerpo ya vibrando de anticipación. Sus manos se deslizan por mis costados, su toque firme pero reverente, como si estuviera manejando algo precioso.

—Adrian —respiro, mi voz apenas un susurro—. ¿Qué me estás haciendo?

—Te estoy haciendo sentir —responde, su voz un rumor bajo contra mi oído—. Cada sensación, cada toque, cada respiración. Esta noche, eres mía para dirigir.

Sus palabras envían más emociones a través de mí, exaltación y deseo creciente. Confío en él, completa y absolutamente. Y quiero esto—lo necesito. Las pruebas que nos esperan en Blackthorn Manor serán agotadoras, peligrosas. Pero esta noche, solo somos dos almas perdidas una en la otra, buscando consuelo en el calor de nuestro deseo.

Me da la vuelta, sus ojos ardiendo con intensidad.

—*Dis-moi, mon chérie, qui commande ici?* —pregunta, una sonrisa juguetona tirando de sus labios carnosos—. ¿Quién manda aquí?

Encuentro su mirada, mi corazón palpitando.

—*Toi* —susurro, mi voz rompiéndose de necesidad—. Tú me diriges.

Su mirada se profundiza, y se inclina, sus labios rozando los míos en un beso fugaz.

—Buena chica —murmura. Sus ojos se oscurecen mientras me contempla, su mirada hambrienta pero venerante.

—Eres perfecta —respira, sus manos deslizándose por mi cuerpo, cubriendo mis pechos de nuevo, sus pulgares rozando mis pezones. Jadeo al tacto, arqueándome hacia él, mi cabeza cayendo hacia atrás mientras el placer me inunda y sus fuertes manos continúan su viaje, su masaje despertando mi cuerpo.

—Adrian —gimo, mis manos agarrando sus hombros para sostenerme—. Por favor.

Se ríe, un sonido bajo y seductor.

—Paciencia, *ma belle*.

Sus manos se mueven más abajo, sus dedos trazando la curva de mis caderas, la hinchazón de mis muslos. Me siento completamente deseada. Sus ojos me recorren con hambre, y siento un rubor subir por mi pecho, mi piel hormigueando bajo su mirada.

—Adrian...

—Shhh —interrumpe, sus labios presionando en la curva de mi hombro—. Solo siente, *mon amour*. Déjame guiarte.

Besa mi hombro, moviendo su mano por mi costado.

—Abre las piernas para mí ahora —ordena, su voz un gruñido profundo.

Dudo solo por un momento. Separo mis muslos, el corazón latiendo mientras sus ojos me miran con deseo.

—*Parfaite* —respira, sus pulgares rozando la piel sensible en el interior de mis muslos. Tiemblo, mi cuerpo doliendo de necesidad, mi centro palpitando de anticipación.

Sus manos se mueven más arriba, sus dedos trazando mi monte, su toque provocador, tentador.

—Estás tan mojada para mí —murmura, su voz espesa de deseo—. Me está volviendo loco.

Gimo, mi cabeza cayendo hacia atrás, mis manos agarrando el borde de la cama mientras me acaricia expertamente con los dedos, causando caos en mi cuerpo.

—Tan hermosa —susurra, sus manos moviéndose a mis muslos, separándolos aún más. Su mirada es hambrienta, su expresión cruda de necesidad.

Se inclina cerca, su aliento flotando sobre mi centro, y me estremezco, mi cuerpo tensándose de anticipación. Su lengua sale, trazando mi longitud, y jadeo, mis manos enredándose en su pelo mientras el placer explota a través de mí.

—Sí —gimo, mi voz rompiéndose mientras chupa mi clítoris en su boca, su lengua girando, sus dedos presionando en mis muslos para mantenerme abierta. Me ahogo en sensaciones, mi cuerpo

arqueándose fuera de la cama, mi respiración viniendo en cortos y agudos jadeos.

—Siente el placer —gruñe, su voz vibrando contra mi carne sensible.

Sus palabras envían una sacudida de deseo a través de mí, y siento mis paredes contraerse, mi cuerpo tambaleándose al borde del orgasmo.

—Adrian, yo...

—Aún no —murmura, retirándose, sus dedos presionando en mis caderas para mantenerme quieta. Gimo, mi cuerpo temblando, mi centro doliendo de necesidad.

—Provocador —jadeo, mi voz cargada de frustración y deseo.

Sonríe con suficiencia, sus ojos brillando con diversión. Se mueve hacia arriba, su cuerpo ahora cubriendo el mío.

—Bésame —ordena, su voz firme.

No dudo, presionando mis labios contra los suyos, mis manos agarrando sus hombros mientras vuelco todo mi deseo en el beso. Sus labios son suaves pero exigentes, su lengua enredándose con la mía, su sabor embriagador. Gimo en su boca, mi cuerpo presionando contra el suyo, mis pechos aplastándose contra su pecho, mi centro doliendo por él.

—Quiero que estés dentro de mí —suplico, pero él solo gime mientras sus fuertes dedos me masajean.

Finalmente, cuando creo que no puedo aguantar más, se eleva sobre mí, sus ojos oscuros de deseo, su pecho agitándose por el esfuerzo. Alcanza detrás de él, sacando algo de la mesita de noche—un trozo de cinta de seda, negra y brillando a la luz de las velas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mi voz cargada de curiosidad y deseo de culminar.

—Confía en mí —dice, su voz firme—. Disfrutarás esto.

Antes de que pueda decir algo, ha atado mis muñecas juntas con la cinta, asegurándolas al poste de la cama. Pruebo las ataduras, encontrándolas firmes pero no demasiado apretadas. Me ha dejado suficiente espacio para moverme, pero no suficiente para liberarme.

—Adrian —digo, mi voz una mezcla de excitación y advertencia—. Estás jugando con fuego.

Sonríe, una sonrisa peligrosa, embriagadora.

—Y te encanta, ¿verdad?

No lo niego. En cambio, encuentro su mirada, mis ojos desafiándole a tomar lo que quiere. Mi boca se hace agua ante la visión de él sobre mí en un tipo de atadura, mi cuerpo dolorido por él. Provocándome. Esperando a que me tome.

Siento una ola de excitación ante su dominancia, la anticipación de él, su olor, su tacto.

Se posiciona entre mis piernas, sus manos agarrando mis caderas mientras provoca la cabeza de su miembro contra mi entrada.

—¿Lista para mí, *ma belle*? —pregunta, su voz un rumor bajo.

—Sí —respiro, mi cuerpo arqueándose hacia él—. Fóllame, Adrian. Ahora.

No necesita que se lo digan dos veces. Con un rápido empuje, se entierra dentro de mí, llenándome completamente, su longitud estirándome de una manera que me hace gritar, una mezcla de placer y dolor. Se queda quieto por un momento, dándome tiempo para ajustarme.

—Más —exijo, mi voz ronca—. Dame más.

Sonríe, una sonrisa malvada, triunfante, y entonces comienza a moverse, sus caderas moviéndose hacia adelante en un ritmo que es a la vez primario y deliberado. Está en control total, marcando el ritmo, volviéndome loca con cada embestida. Sus manos agarran mis caderas con fuerza, sus dedos hundidos en mi piel mientras arremete dentro de mí, su respiración viniendo en cortos y rasgados jadeos.

—Se siente tan bien —gime, su voz espesa de deseo—. Tan estrecha, tan caliente. Podría follarte durante horas.

Mi corazón está latiendo, mi centro excitado, mi cuerpo doliendo por él.

—Hmm —respiro, mi voz apenas por encima de un susurro—. Sí, oh sí. Por favor. Más.

Empuja dentro de mí una y otra vez, su erección llenándome completamente, acercándome al clímax con cada embestida, reclamándome mientras estoy atada con las cintas. Soy suya. Jadeo, mi cuerpo apretándose a su alrededor mientras se sienta completamente dentro de mí.

—*Mon Dieu* —gime, su cabeza cayendo hacia atrás, su cuerpo temblando con el esfuerzo de contenerse—. Te sientes tan bien.

Gimo de nuevo, mis caderas elevándose para encontrarse con las suyas, mi cuerpo ansiando más. Estoy al borde del abismo.

—Eres mía, mi sexy belleza —susurra.

Sus palabras envían una sacudida de deseo a través de mí, y siento mis paredes contraerse, mi cuerpo tambaleándose al borde del orgasmo.

—Adrian, yo...

Siento sus colmillos rozar mi piel, un suave recordatorio de lo que era, lo que podía hacer. Siento la emoción de su dominancia, de la forma en que sabe cómo complacerme.

—Más —exijo, mi voz ronca—. Dame más.

Gimo en respuesta, mi cuerpo apretándose a su alrededor, ordeñando su miembro mientras embiste. El placer es abrumador, construyéndose y construyéndose hasta que creo que podría explotar. Pero Adrian no ha terminado conmigo todavía.

Alcanza hacia abajo, sus dedos encontrando mi clítoris, frotándolo en círculos insistentes mientras continúa embistiendo.

—Córrete para mí, Charlotte —ordena, su voz un susurro ronco—. Déjate ir. Quiero sentir tu orgasmo alrededor de mí.

Sus palabras son mi perdición. Con un grito que resuena por la cámara de la cama, llego al clímax, mi cuerpo convulsionando, mis paredes apretándose alrededor de su miembro mientras ola tras ola de placer me inunda. Adrian sigue poco después, sus caderas tartamudeando, su respiración entrecortada mientras se derrama profundamente dentro de mí, su gruñido de liberación vibrando contra mi piel.

Extiende la mano y desata las cintas, liberando mis brazos para abrazarlo ahora.

Durante mucho tiempo, yacemos enredados juntos. Sus labios rozan mi frente, su aliento cálido y suave.

—Eso fue... —me detengo, incapaz de encontrar las palabras.

—*Magnifique* —termina por mí, su voz suave, tierna—. Eres *magnifique*, Charlotte.

Sonrío, una sonrisa perezosa, satisfecha, y alzo la mano para trazar las líneas de su rostro, memorizando cada detalle tal como él había hecho conmigo.

—Tú tampoco estás mal, Adrian de Lanier.

Se ríe, un sonido profundo, retumbante, y me besa suavemente, sus labios persistiendo en los míos.

—Hacemos un buen equipo, *non*?

—El mejor —acepto, mi voz adormilada, contenta.

Me acurruco más cerca de él. Mañana, habrá más entrenamiento, más peligros que enfrentar. Pero esta noche, en este momento, solo estamos Adrian y yo, perdidos el uno en el otro, el mundo exterior olvidado. Nuestro vínculo cada vez más fuerte.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, su cuerpo un escudo contra lo que sea que nos espere.

—Duerme bien, Charlotte —murmura, su voz una nana.

Y con eso, dejo que la oscuridad me lleve. Afuera, la luna se desliza tras las nubes, sumiendo la habitación en una sombra más profunda. La energía entre nosotros es estable, y se convierte en algo más sostenible que la tormenta inicial.

Mientras me deslizo en los sueños, siento su presencia anclándome, manteniendo los susurros de abajo a raya. Cualesquiera que sean los cambios que están ocurriendo dentro de mí, cualesquiera que sean los peligros que aguardan, esta noche estoy a salvo en los brazos de un depredador que de alguna manera se ha convertido en mi protector más confiado.

Y mientras me hundo en un sueño más profundo, juro que siento a la mansión misma aprobando, la antigua estructura zumbando con satisfacción ante la alianza que se forma dentro de sus muros.

Capítulo Veintitrés

Entrenamiento y los secretos de la bruja

El amanecer irrumpe sobre Blackthorn Manor con una belleza sobrenatural: luz dorada filtrándose a través de la niebla matutina, haciendo que los terrenos parezcan flotar entre mundos. Observo desde mi ventana, sintiendo el calor persistente de la presencia de Adrian aunque partió antes del alba.

El poder de nuestro encuentro sexual vibra a través de mí. Mi reflejo en el espejo revela los pequeños anillos ámbar alrededor de mis pupilas, aunque mis ojos jade todavía se notan. Mi piel parece casi translúcida desde ciertos ángulos, con una tenue luminiscencia justo bajo la superficie. El poder corre por mis venas, ya no extraño sino integrándose, convirtiéndose en parte de mí.

El golpe de Elizabeth llega precisamente a las siete. —Entrenamiento al amanecer —anuncia cuando abro la puerta—. La energía de la mansión alcanza su punto máximo al amanecer y al anochecer. Perfecto para nuestro trabajo.

Me examina, abriendo ligeramente los ojos. —Vaya, vaya. ¿Noche ocupada?

El calor sube a mi rostro. —Solo estábamos... hablando.

—Claro —su sonrisa cómplice me hace sonrojar aún más—. Un «hablar» que ha acelerado considerablemente tu transformación. El ámbar en tus ojos ha crecido.

—¿De verdad?

—Es significativo —me entrega una taza humeante de algo herbáceo y fragante—. Sé que eres amante del café, pero bebe esto. Té estabilizador. Ayuda a integrar los cambios mágicos.

Sorbo con cautela, descubriendo que el sabor es sorprendentemente agradable: miel y lavanda con algo más profundo y terroso debajo.

—¿Dónde está Adrian? —pregunto, siguiéndola por el pasillo.

—Comprobando las barreras del sótano. El intercambio de energía entre vosotros parece haber agitado un poco a los Devoradores —me mira de reojo—. Sienten el poder. Responden a él. Como tiburones ante la sangre en el agua.

La comparación no ayuda en absoluto a mis nervios.

El lugar de entrenamiento de hoy es el jardín este, un espacio que apenas he explorado, donde círculos de piedra y extrañas esculturas asoman entre plantas cuidadosamente atendidas. El aire matutino se siente cargado, expectante.

—Primera lección —dice Elizabeth, dejando su bolsa de suministros —, defensa física. La magia y los hechizos de protección son maravillosos, pero a veces necesitas golpear cosas.

Levanto una ceja. —Tomé clases de autodefensa en la universidad.

—Contra humanos, claro —saca lo que parecen almohadillas de artes marciales—. Intenta defenderte de esto.

Sin previo aviso, se abalanza sobre mí, más rápido de lo humanamente posible, sus movimientos difuminándose con velocidad mejorada de bruja. Reacciono por instinto, bloqueando el primer golpe pero fallando el segundo, que toca ligeramente mis costillas.

—Muerta —anuncia—. Si yo fuera un vampiro. O algún otro ser sobrenatural.

—¡Te has movido demasiado rápido!

—Por supuesto que lo he hecho. Ellos también lo harán —me rodea depredadoramente—. Los vampiros del Alto Consejo son viejos, poderosos y muy, muy rápidos. Necesitas estar preparada, entenderlo y algún día igualar esa velocidad. Pero por ahora, comprende los movimientos defensivos.

—¿Cómo se supone que voy a...?

—Utiliza tus sentidos de Guardiana —me interrumpe—. Hay poder en tu sangre. Deja de pensar como una humana.

Ataca de nuevo. Esta vez, cierro brevemente los ojos, conectando con esa nueva conciencia. Cuando los abro, el mundo ha cambiado: todo ligeramente más nítido, los movimientos más fáciles de seguir. Bloqueo su primer golpe, esquivo el segundo y contraataco el tercero. Pero me golpea en el cuarto.

Elizabeth sonríe. —Ahora estamos avanzando. Bien. ¡Otra vez!

Durante la hora siguiente, me entrena sin piedad. Bloqueos, contraataques, formas de usar el impulso de un vampiro contra él. Cómo la sal puede convertirse en arma con la intención correcta detrás. Puntos de vulnerabilidad en cuerpos sobrenaturales. Cómo los hechizos de protección pueden ayudar.

Finalmente regresamos al interior, a la sala de estar donde Adrian se une a nosotras. Estoy sudorosa y magullada, pero me muevo con nueva confianza.

—Excelente momento —le dice Elizabeth—. Necesitamos un oponente más desafiante.

Adrian levanta una ceja. —¿Quieres que ataque a Charlotte?

—No con toda tu fuerza, obviamente —pone los ojos en blanco—. Solo lo suficiente para darle una práctica realista.

Nos movemos al centro de la habitación, despejada de cualquier mueble.

Él vacila, claramente incómodo con la idea de golpearme.

—Está bien —le digo—. Necesito saber a qué me enfrento.

Tras un momento de consideración, asiente. —De acuerdo. Pero contendré mis golpes por completo.

Elizabeth se burla. —No está hecha de cristal, vampiro.

Lo que sigue es el entrenamiento de combate más intenso de mi vida. Incluso a una fracción de su verdadera velocidad y fuerza, Adrian se mueve como una sombra viviente. Cada golpe llega más rápido de lo que cualquier reflejo humano podría contrarrestar. Me veo obligada a confiar enteramente en mis emergentes sentidos de Guardiana, en el poder que vibra en mi sangre.

Cuanto más entrenamos, más fácil me resulta seguir sus movimientos, anticiparme en lugar de simplemente reaccionar. Algo en nuestra conexión hace que sus patrones sean reconocibles para mí a un nivel casi subconsciente.

—Suficiente —finalmente llama Elizabeth—. Antes de que olvidéis que esto es un entrenamiento.

Me doy cuenta de repente que el ejercicio ha pasado de ser combate a algo más parecido a una danza: nuestros movimientos sincronizados, la energía fluyendo entre nosotros, mis ojos ámbar fijos en los suyos más oscuros.

—Lo siento —murmuro, retrocediendo.

—No te disculpes —dice Elizabeth, lanzándome una toalla—. Esa conexión es una ventaja. Úsala.

Después de un almuerzo ligero, pasamos a la siguiente fase del entrenamiento: estudio de grimorios en la biblioteca. Elizabeth ha traído varios volúmenes, y sacamos más libros de tapas rojas de Victoria y textos más antiguos con símbolos que no reconozco de la sección restringida.

—Estos contienen información sobre los primeros experimentos de Victoria —explica, abriendo un desgastado volumen de cuero—. Antes de que perfeccionara el proceso híbrido vampiro-bruja.

—¿Te refieres a antes de convertirse en lo que es? —pregunto.

—Victoria no nació especial —comenta Adrian, manteniendo una cuidadosa distancia de mí después de nuestra cargada sesión de entrenamiento—. Se transformó en algo nuevo a través de siglos de experimentación. Principalmente con sujetos involuntarios.

Elizabeth asiente gravemente. —Incluyendo a miembros de su propia familia. El linaje Blackwood siempre ha llevado sangre de bruja poderosa, pero Victoria quería más. Creía que combinar las habilidades de bruja con la inmortalidad vampírica crearía el ser perfecto.

—Pero salió mal —adivino.

—Docenas de veces —pasa las páginas, revelando inquietantes ilustraciones de transformaciones fallidas—. La magia y la maldición vampírica luchaban entre sí, destrozando a los sujetos desde dentro. Hasta que descubrió la clave: un linaje específico con propiedades naturales de integración.

—Los Blackthorn —dice Adrian en voz baja—. Tus antepasados eran conocidos por la magia curativa, por traer armonía a elementos en conflicto.

—Pasó décadas buscándolos —continúa Elizabeth—. Cuando finalmente encontró el linaje de Adrian, antigua nobleza francesa con rastros de magia aún más antigua, pensó que había encontrado su pareja perfecta.

—Pero me negué —la voz de Adrian se endurece—. Así que me maldijo en su lugar, uniéndome a su gran experimento en vez de hacerme su socio.

—Lo cual fue su primer gran error —señala Elizabeth, pasando a otra página—. La maldición que usó no era solo sobre castigo o vinculación. Mira aquí.

El grimorio muestra un complejo trabajo mágico: círculos dentro de círculos, símbolos fluyendo entre ellos como circuitos cósmicos.

—¿Esta es la maldición vinculante? —pregunto.

—Sí y no. Es lo que le dijo a Adrian que era: una forma de atraparlo en Blackthorn Manor, de obligarlo a vigilar la prisión de los Devoradores. Pero en realidad es mucho más —Elizabeth señala símbolos en los bordes del diagrama—. ¿Ves estos? No son solo runas de vinculación. Son transformativas.

—¿Qué significa?

—Significa —dice Adrian, estudiando la página con nueva comprensión—, que no solo me estaba atrapando aquí. Me estaba...

cambiando. ¿Preparándome?

—¿Para qué? —pregunto.

Elizabeth y Adrian intercambian una mirada significativa.

—Para ti —dice ella simplemente—. La maldición ha estado alterando lentamente la esencia vampírica de Adrian durante siglos, convirtiéndolo en el catalizador perfecto para tu transformación. No cualquier contacto vampírico potenciaría tus habilidades de esta manera, solo el suyo.

La revelación me deja momentáneamente sin palabras. La manipulación de Victoria va incluso más profundo de lo que nos dimos cuenta: no solo los experimentos de reproducción sino pasar siglos preparando a Adrian para ser la llave que desbloquea mi poder.

—Hay más —continúa Elizabeth, abriendo el grimorio rojo de Victoria —. Su objetivo final no era solo crear un híbrido poderoso. Era crear un recipiente capaz de canalizar a los Devoradores sin ser destruido. Un ser con suficiente poder para controlarlos, pero suficiente estabilidad para sobrevivir al proceso.

—¿Y una vez que haya servido a ese propósito? —Ya sospecho la respuesta.

—Toma el control —confirma Adrian sombríamente—. Fusiona su conciencia con la tuya, reclamando tu cuerpo y habilidades para ella misma.

—Convirtiéndose, efectivamente, en una diosa —añade Elizabeth—. Borrándote a ti. Y reclamando el poder para deshacer la realidad misma.

Me recuesto contra la silla acolchada de la biblioteca, procesando esto. —¿Así que me creó para ser lo suficientemente poderosa como para canalizar a los Devoradores, y pasó siglos preparando a Adrian para ser el catalizador que activa ese poder?

—Sí —Elizabeth parece sombría—. Pero aquí es donde se pone interesante. La cuidadosa planificación de Victoria tiene un defecto fatal.

—¿Cuál es?

—El libre albedrío.

Golpea significativamente el grimorio. —Todos sus cálculos, todos sus programas de reproducción y preparaciones mágicas, dependen de un comportamiento predecible. De que tú y Adrian interpretéis los roles que ella diseñó.

—Pero no lo hacemos —me doy cuenta—. No lo haremos. Al elegir trabajar juntos, al formar nuestra propia conexión en lugar de la que ella pretendía...

—Introducimos caos en su sistema —termina Adrian—. Variables que no pudo predecir.

—Exactamente —Elizabeth sonríe ferozmente—. Y hay una cosa más que ella no tuvo en cuenta: la naturaleza de vuestra conexión en sí.

Pasa a otra página en el grimorio. —Victoria diseñó la maldición de Adrian para convertirlo en tu catalizador, sí. Pero la maldición tiene otro efecto que quizás no pretendía —señala una sección de denso texto mágico—. Crea un vínculo simpático. Lo que afecta a uno, afecta al otro.

—¿Qué significa?

—Significa —dice Adrian lentamente—, que si Victoria toma control de ti...

—Tú lo sentirías —confirma Elizabeth—. Quizás incluso podrías interferir con el proceso.

La esperanza cobra vida. —Así que tenemos al menos dos ventajas que ella desconoce.

—Potencialmente —la expresión de Elizabeth se vuelve seria—. Y quizás más. Pero seguimos enfrentando a un ser con siglos de conocimiento mágico, obsesionada con una meta. Ha sido su único enfoque. Necesitamos más que solo teoría: necesitamos aplicaciones prácticas.

Saca otro libro que trajo en su bolso, este encuadernado en cuero pálido con cierres plateados. —Lo que nos lleva a las lecciones avanzadas.

Durante las siguientes horas, me guía a través de trabajos mágicos cada vez más complejos. Hechizos de protección con capas de intención. Formas de canalizar la energía de la mansión para propósitos defensivos y ofensivos. Magia de sangre que hace las líneas de sal casi impenetrables.

Adrian participa donde puede, su energía vampírica complementando mis habilidades en desarrollo. Nuestra conexión continúa fortaleciéndose con cada ejercicio, el poder fluyendo entre nosotros con creciente facilidad.

—El verdadero intercambio de sangre amplificaría todo esto —comenta Elizabeth durante un breve descanso—. Tú has bebido de él, pero el intercambio ceremonial de sangre aún no ha ocurrido. Podría crear un canal permanente entre vosotros.

Adrian se tensa visiblemente. —Eso es demasiado peligroso.

—¿Lo es? —le desafía ella—. ¿O tienes miedo de lo que más podría crear? ¿Vínculos que no puedan romperse?

—Ambas cosas —admite él, sorprendiéndome con su honestidad—. Charlotte ya está cambiando bastante rápido.

—Y el intercambio de sangre podría acelerar eso más allá del control —reconoce ella—. Buen punto. Pero tenlo en mente como último recurso.

A medida que avanza el día, pasamos a la fase final del entrenamiento: conexión directa con la mansión misma. Volvemos al jardín este. Elizabeth me hace sentar en el centro de un círculo de piedra, con las manos presionadas contra la tierra.

—Blackthorn Manor no es solo un edificio —explica—. Es una construcción mágica, diseñada para contener a los Devoradores pero también para canalizar y dirigir energía gracias a las líneas ley. Como Guardiana, puedes acceder a todas sus capacidades, si sabes cómo

pedirlo. Victoria puede no ser plenamente consciente de eso. Y ella no tendrá el mismo acceso que tú.

Cierro los ojos, extendiendo mi conciencia como Elizabeth me enseñó. La mansión responde inmediatamente, más fuerte que antes, casi ansiosa, como si hubiera estado esperando a una Guardiana que pudiera realmente comunicarse con ella.

A través de esta conexión, siento todo: cada habitación, cada pasaje oculto, cada protección. Pero más que eso, siento la... consciencia quizás sea una palabra demasiado fuerte, pero conciencia encaja. Me reconoce. Me acepta. Me muestra secretos.

—Me está mostrando cosas —murmuro, con los ojos aún cerrados—. Cámaras ocultas. Pasadizos que el Alto Consejo desconoce. Y otros que ellos han creado.

—La mansión se revela de manera diferente a cada Guardián —explica suavemente Elizabeth—. Mostrando lo que cree que necesitas saber. Lo que eres lo suficientemente fuerte para conocer.

De repente, mi conciencia se sumerge más profundo, bajo los cimientos hasta donde los Devoradores forcejean contra su prisión. Su hambre me golpea como una fuerza física: antigua, interminable, completamente alienígena. Pero algo más espera allí también, una presencia observando desde las sombras.

Victoria.

No completamente manifestada, pero haciéndose más fuerte. Reuniendo poder. Esperando.

Jadeo, rompiendo la conexión, con los ojos abriéndose de golpe. —Está ahí. Abajo. Con ellos.

—¿Qué viste?

—A Victoria. No físicamente, pero su... esencia. Está comunicándose con los Devoradores, extrayendo poder de ellos de alguna manera.

—Se está preparando para la luna nueva donde hay una alineación planetaria específica —dice Elizabeth sombríamente—. Esa alineación ocurre dentro de tres días. Cuando las barreras están naturalmente más delgadas.

—Entonces es cuando quiere apoderarse de Charlotte —concluye Adrian, su agarre volviéndose protector.

Elizabeth parece pensativa. —Necesitamos prepararnos para ambas posibilidades: que el Alto Consejo haga un movimiento y el ritual de apropiación de Victoria.

Nos dirigimos a la cocina para alimentarnos. Estoy asustada, pero siento que una nueva determinación me invade. Victoria ha pasado siglos elaborando este esquema complejo, manipulando linajes y atando a un vampiro a su voluntad, todo para crear el escenario perfecto para su ascensión.

Pero cometió un error crucial. Quizás más, según Elizabeth.

Me creó para ser su recipiente: un receptáculo pasivo para su conciencia y voluntad. En cambio, consiguió a una fiscal que se especializa en encontrar lagunas legales, una Guardiana

determinada a proteger en lugar de destruir, y una mujer que elige sus propias conexiones en lugar de aceptar las que le imponen.

Adrian camina a mi lado, su hombro rozando ocasionalmente el mío, nuestras energías mezclándose donde nos tocamos. Elizabeth nos sigue, los grimorios apretados protectoramente contra su pecho, su expresión preocupada y resuelta a la vez.

Tres contra una híbrida bruja-vampiro de siglos de antigüedad y sus antiguos aliados.

Las probabilidades no son excelentes.

Pero cuando la mano de Adrian encuentra brevemente la mía, sus dedos fríos apretando en silencioso apoyo, me encuentro pensando que quizás las probabilidades sean mejores de lo planeado.

Victoria creó un recipiente perfecto.

Está a punto de descubrir qué sucede cuando ese recipiente contraataca.

Capítulo Veinticuatro

Capturada

La cocina al anochecer se siente engañosamente normal—luces cálidas brillando contra sombras que se acumulan, el aroma del té de hierbas de Elizabeth mezclándose con algo sabroso que ha preparado la señora Graves. Por un momento, casi puedo fingir que somos tres amigos compartiendo una comida, no preparándonos para una guerra sobrenatural.

—Las barreras están más fuertes de lo que han estado en décadas —dice Elizabeth, removiendo miel en su té—. Tu poder conecta con la mansión de manera extraordinaria.

—Quizás demasiado bien —Adrian se apoya en la encimera, con su vino de sangre intacto a su lado. No ha apartado sus ojos de mí durante toda la noche, como si esperara que desapareciera en cualquier momento—. El Alto Consejo sentirá el cambio. Han estado vigilando durante siglos.

—Que vigilen —digo, intentando proyectar más confianza de la que siento—. Estamos preparados para ellos.

Pero incluso mientras hablo, noto que Adrian y Elizabeth intercambian una mirada.

—¿Qué no me estáis contando?

Elizabeth suspira.

—La luna oscura no es solo cuando Victoria es más fuerte. Es cuando el Consejo celebra su Corte Carmesí, una reunión de los miembros más antiguos y poderosos.

—¿Estarán todos aquí? —La alarma crece en mi garganta.

—Aún no —dice Adrian—. Pero ciertos miembros siempre llegan temprano para prepararse. Incluido Lord Thorne.

El nombre me provoca un escalofrío por la espalda, aunque nunca lo había oído antes.

—¿Quién es Lord Thorne?

—El líder del Consejo —explica Elizabeth—. Es antiquísimo, pre-romano, según dicen. Y obsesionado con el poder de los Devoradores.

—Es quien ordenó matar a Alexander Augustus —añade Adrian, con su expresión ensombreciéndose—. Y a incontables otros que se interpusieron en su camino.

Absorbo esta nueva información, añadiéndola a mi archivo mental de evidencias.

—Así que Thorne quiere el poder de los Devoradores, Victoria quiere fundirse con los Devoradores, y ambos quieren utilizarme como su llave.

—Exactamente —confirma Elizabeth—. Aunque ninguno conoce toda la extensión de tus habilidades ahora. Tu entrenamiento, tu conexión con Adrian... todo esto nos da ventaja.

—Pequeño consuelo si Thorne le pone las manos encima —murmura Adrian.

—No lo hará —digo con más convicción de la que siento—. La mansión está segura, las barreras son fuertes, y no estoy precisamente indefensa.

Para demostrarlo, dejo que el poder fluya a través de mis dedos, energía azul chispeando alrededor de mi mano como electricidad. Mi control ha mejorado dramáticamente; ahora puedo dirigir la energía de la mansión con una intención específica en lugar de simplemente canalizarla a ciegas.

—Impresionante —Elizabeth asiente con aprobación—. Pero el poder bruto no lo es todo. Thorne tiene milenios de experiencia y una corte de vampiros antiguos bajo su mando.

—Entonces permaneceremos vigilantes —digo simplemente—. Especialmente hasta que pase la luna oscura.

Después de la cena, me siento inquieta, las revelaciones del día dando vueltas en mi mente. El sótano me llama: necesito comprobar las líneas de sal cerca de la puerta que Adrian vigila, necesito

asegurarme de que nuestra última línea de defensa permanece fuerte.

—Debería acompañarte —dice Adrian cuando menciono mi plan.

—Estaré bien, *mon amour*. Ahora soy fuerte. Necesitas revisar los áticos donde hay debilidades. Lo vi cuando me conecté con la mansión. Elizabeth está reforzando las protecciones del espejo. Tenemos que dividirnos y conquistar.

Él duda, claramente dividido.

—Charlotte...

—No estoy indefensa, ¿recuerdas? —Dejo que un atisbo de poder brille en mis ojos jade con anillos ámbar—. Guardiana, sangre de bruja, fiscal. Creo que puedo manejar la revisión de unas cuantas líneas de sal.

Tras otro momento de consideración, asiente.

—Está bien. Pero toma esto —Se quita un colgante de plata del cuello: una rosa envuelta en espinas, que hace juego con la llave que encontré detrás de "El Paraíso Perdido"—. Está conectado a mí. Si estás en peligro, aplástalo en tu mano y podré localizarte más rápido.

El colgante se siente cálido contra mi piel, vibrando con un poder sutil.

—Gracias, mi hermoso vampiro.

Su mano se demora sobre la mía, fría contra mi calor.

—Ten cuidado, *ma lionne*. El Consejo ha esperado siglos por alguien como tú. La luna oscura está a solo tres días. Victoria intentará llevarte ese día. ¿Y el Consejo? No dudarán en tomar lo que quieren.

—Yo tampoco —prometo.

Con una última mirada preocupada, se va a fortalecer los áticos. Me dirijo hacia las escaleras del sótano, con el colgante seguro alrededor de mi cuello y el poder vibrando justo bajo mi piel.

El descenso al sótano se siente diferente ahora: mis sentidos mejorados captan sutiles cambios en la energía, mi conciencia extendiéndose a través de piedra y madera. Puedo sentir las líneas de sal brillando con poder protector, puedo percibir la antigua puerta que contiene a los Devoradores, incluso puedo detectar débiles susurros desde abajo.

Primero viene la bodega: hilera tras hilera de botellas, algunas que datan de siglos atrás. La colección de vino de sangre de Adrian ocupa una sección especial, las botellas más oscuras, más siniestras que sus contrapartes convencionales.

Más allá de este espacio familiar está la puerta que conduce más profundo, al verdadero sótano y a los límites que Adrian protege. Las líneas de sal aquí son más gruesas que en otros lugares, reforzadas con símbolos protectores que Elizabeth me enseñó.

Me arrodillo para revisar una sección que parece más delgada de lo que debería, metiendo la mano en mi bolsillo para sacar la bolsa de sal que ahora llevo a todas partes. Mientras trabajo para fortalecer la

línea, me doy cuenta de un cambio sutil en la energía del sótano: una ondulación en el zumbido de fondo de poder.

Algo va mal.

Me levanto lentamente, escudriñando las sombras. Nada parece fuera de lugar, pero el aire se siente cargado, expectante. El colgante contra mi piel permanece frío: ningún peligro inmediato detectado.

Quizás estoy siendo paranoica. El inicio de un entrenamiento intensivo, la vigilancia constante y la amenaza inminente de Victoria y el Alto Consejo pondrían nervioso a cualquiera.

Continúo mi inspección, moviéndome más profundamente hacia el sótano, hacia la antigua puerta. Las líneas de sal aquí pulsan con energía azul-blanca, más fuertes que en otros lugares debido a su proximidad a lo que contienen.

Una botella tintinea suavemente detrás de mí.

Giro, reuniendo poder en mi palma, pero no veo nada. Solo filas de vino, sombras y silencio.

—¿Señora Graves? —llamo suavemente—. ¿Emily?

Sin respuesta.

El colgante sigue frío. Sin peligro.

Sin embargo, algo no se siente bien.

Decido terminar rápidamente y volver arriba. Al volverme hacia la línea de sal, un movimiento parpadea en mi visión periférica, demasiado rápido, demasiado fluido para ser humano.

Vampiro.

Reacciono instantáneamente, levantando un escudo de poder como Elizabeth me enseñó, pero llego un segundo tarde. Algo me golpea desde atrás, con una fuerza imposible, enviándome contra los estantes de vino. Las botellas se rompen, derramando rojo por el suelo de piedra como sangre.

—Hola, pequeña Guardiana —ronronea una voz como terciopelo sobre cuchillas.

Me pongo de pie de un salto, llamando al poder a mis manos. Una figura se interpone entre yo y las escaleras: alto, aristocrático, con cabello oscuro veteado de plata y ojos como la medianoche helada. Lleva un traje impecable que parece extrañamente moderno en contraste con su aura antigua.

Lord Thorne.

—¿Cómo has pasado las barreras? —exijo, ganando tiempo, tratando de aplastar el colgante sin ser obvia.

—Tus defensas se enfocan hacia afuera, niña —Su sonrisa muestra colmillos mucho más largos que los de Adrian—. Pero hay caminos antiguos para entrar en la Mansión Blackthorn que ni tu vampiro ni tu bruja conocen.

Movimiento detrás de mí: otra presencia, igualmente poderosa pero con una energía más brutal. Estoy atrapada entre ellos.

—¿Qué quieres? —Una pregunta estúpida. Sé exactamente lo que quiere. Lo que quieren.

—Sabes precisamente lo que quiero —Lord Thorne se acerca, estudiándome con interés clínico—. Aunque debo decir que has superado las expectativas. Los ojos con anillos ámbar, la firma de poder... estás más avanzada de lo que anticipábamos. Una nueva Guardiana que encaja perfectamente en el papel. En lo que necesitamos. En lo que quiero.

Necesito activar el colgante, alertar a Adrian. Pero antes de que pueda hacerlo, el segundo vampiro se mueve con una velocidad cegadora. El dolor explota en la base de mi cráneo, y la oscuridad se precipita.

Mi último pensamiento antes de que la conciencia se desvanezca es sobre Adrian: cómo me advirtió, cómo se culpará a sí mismo.

Cómo debería haberle escuchado.

--

Despierto en opulencia y terror.

La habitación que me rodea sería hermosa en otras circunstancias: suelos de mármol, arañas de cristal, cortinajes de seda en rojo intenso. Pero las esposas en mis muñecas, atándome a una silla ornamentada, destruyen cualquier ilusión de lujo.

—Finalmente despierta —Lord Thorne se sienta frente a mí, observando con la paciencia de la inmortalidad—. Estábamos empezando a preocuparnos por ti.

Mi cabeza late donde fui golpeada. El colgante ha desaparecido de mi cuello. Mi conexión con la mansión se siente distante, amortiguada, pero no completamente cortada.

—¿Dónde estoy? —Mi voz suena más firme de lo que esperaba.

—El santuario del Consejo, por supuesto. Bajo los terrenos del este de Blackthorn, como creo que ya sabes —Hace un gesto a un sirviente que se acerca con una copa de cristal—. ¿Agua? Debes estar sedienta.

Le miro con rabia.

—No está envenenada, te lo aseguro —Bebe de la copa él mismo antes de ofrecérmela de nuevo—. No tenemos deseo de hacerte daño, Charlotte. Todo lo contrario.

A regañadientes, acepto el agua, sedienta a pesar de mi desafío.

—¿Qué quieres de mí?

—Qué pregunta tan directa —Sonríe, todo falsa calidez y hambre ancestral—. Lo que siempre hemos querido: acceso al poder bajo la Mansión Blackthorn. Poder para el que tu linaje fue diseñado como canal.

—Por Victoria.

Algo peligroso destella en sus ojos.

—Victoria tiene sus propios planes. Nosotros tenemos los nuestros.

—¿Y no coinciden?

—Digamos que tenemos una diferencia de opinión respecto a quién debería controlar a los Devoradores, y cómo, querida —Me estudia con una intensidad inquietante—. Ella cree que requieren un recipiente híbrido, ella misma, vistiendo tu piel. Nosotros creemos que un enfoque más... tradicional será suficiente. Y es superior.

—¿Significando?

—Significando que no deseamos poseerte, simplemente usar tu sangre como llave —Su sonrisa se afina—. Mucho más civilizado, ¿no estarías de acuerdo?

—Depende de cuánta sangre necesitéis.

—Ah —Se levanta, moviéndose con esa gracia inquietante que poseen todos los vampiros antiguos—. Esa es la cuestión, ¿no es así? ¿Cuánta de tu esencia se requiere para abrir la puerta? ¿Para domar lo que hay más allá?

Un frío pavor se acumula en mi estómago.

—¿Quieres decir que no lo sabes?

—Tenemos teorías. Cálculos. Pero no, no sabemos con absoluta certeza —Se acerca más, cerniendo sobre mí—. Por eso

procederemos con cautela. Tomaremos un poco. Probaremos los resultados. Tomaremos más si es necesario. Lo iremos trabajando, querida.

—¿Y si necesitas toda?

Sus ojos no contienen compasión, ni humanidad, solo hambre antigua y sin fin.

—Entonces te agradeceremos tu servicio a un propósito mayor.

Pruebo las esposas discretamente, buscando debilidades. Sin encontrar ninguna.

—Tu vampiro francés no te encontrará —dice Lord Thorne, notando mis movimientos—. Nuestro santuario existe en una dimensión de bolsillo adyacente a la mansión, accesible solo a través de caminos específicos, todos ahora sellados de nuevo.

—Adrian no es mi vampiro.

—¿No? —Una diversión genuina cruza sus rasgos—. El vínculo entre vosotros pulsa como un faro para aquellos con ojos para ver. La obra de Victoria, y sin embargo... algo más. Algo no planeado. Lo huelo en ti. Siento sus vibraciones en ti —Inclina la cabeza, estudiándome —. Fascinante.

Se acercan pasos: múltiples vampiros entrando en la cámara. Entre ellos, una mujer a la que llama Lilith, que tiene un desapego clínico en su mirada, llevando lo que parece ser equipo médico.

—Lord Thorne —saluda con una ligera reverencia—. Estamos preparados para comenzar la extracción. Aunque, ¿no quiere beber de ella usted mismo?

—Gracias, Lilith. Puede que beba de ella, pero aún no... Debo tener algo a lo que aspirar —dice mientras me mira e inhala mi aroma—. Pero empecemos nuestro ejercicio de poder con solo un poco de sangre. Tenemos todo el tiempo que necesitamos.

—Excelente —dice Lilith.

—Nada demasiado agresivo para empezar, Lilith. Queremos calidad sobre cantidad en la muestra inicial.

Mi corazón late con fuerza mientras ella se acerca, preparando su equipo a mi lado: tubos, viales, una aguja de aspecto malvado. Pero todos los vampiros en la habitación me miran con sed de sangre. Estoy segura de que si se les diera la oportunidad, beberían de mí, incluso me despedazarían. Solo la autoridad de Lord Thorne parece mantenerlos a raya.

¿Cómo voy a salir de esto? Debo encontrar una manera de escapar, de alertar a Elizabeth y Adrian. De usar mis nuevos poderes.

—Tu colgante fue ingenioso —comenta Lord Thorne conversacionalmente mientras Lilith se prepara—. Lo encontramos, por supuesto. Aplastar tales objetos activa su magia —Su sonrisa se vuelve cruel—. Así que hicimos que uno de nuestros sirvientes lo aplastara a kilómetros de aquí. Tu vampiro está enviando a la bruja y a los demás en una dirección completamente equivocada.

El pánico aumenta, pero lo fuerzo a bajar. El miedo no ayudará. Piensa. Analiza. Encuentra la debilidad en su plan. Piénsalos como la mafia en Boston, los criminales a los que derrumbaste.

—Victoria sabrá lo que estáis haciendo —digo, aferrándome a un clavo ardiendo—. No os dejará tomar lo que considera suyo.

—Quizás —Lord Thorne parece despreocupado—. Pero Victoria sigue limitada por ciertas restricciones. Su manifestación es incompleta. Su poder, aunque creciente, no es lo que una vez fue —Asiente a Lilith —. Comienza.

La aguja perfora mi piel, fría y afilada. Siento la tracción mientras mi sangre, mi poder, comienza a fluir hacia su sistema de recolección. El efecto es inmediato y horripilante: la debilidad extendiéndose a través de mí, la conexión a mi poder atenuándose como una luz que se extingue lentamente.

—Fascinante —murmura Lilith, observando el pequeño vial llenarse con sangre que brilla débilmente ámbar—. Los marcadores híbridos son más pronunciados de lo previsto.

—Es suficiente para la prueba inicial —instruye Lord Thorne—. Procederemos a la fase dos después de confirmar su eficacia.

Mientras mi sangre llena los contenedores, intento desesperadamente alcanzar cualquier poder restante, cualquier conexión con la mansión o con Adrian. Hay algo allí, débil pero persistente, como una señal de radio a través de estática.

La mansión no me ha abandonado. No completamente.

La oscuridad cerca mi visión. Creo que Lilith me ha drogado. Veo a Lord Thorne levantar los viales, examinando mi sangre con ojos codiciosos.

—La llave para todo —murmura—. Después de todos estos siglos. Hemos esperado tanto tiempo.

—Señor —se acerca otro vampiro, este de apariencia más joven pero aún irradiando poder antiguo—. Los preparativos en el umbral están completos. Esperamos solo su orden.

—Excelente —La sonrisa de Lord Thorne muestra genuina excitación ahora, la primera emoción real que he visto de él—. Alerta al Alto Consejo. La Corte Carmesí se reunirá pronto. Llevaremos estos experimentos durante la luna oscura, y mantendremos a la Guardiana alejada de Victoria y sus planes ese día. Vaya, ¿no será delicioso enfurecerla? Frustrar sus planes en la luna oscura —ríe, si es que se le puede llamar así.

Mientras la conciencia comienza a escaparse de nuevo, me aferro a esa conexión débil, con la mansión, con Adrian, con cualquier cosa más allá de esta hermosa prisión y los monstruos que me retienen.

Lo último que veo es a Lord Thorne inclinándose cerca, sus ojos antiguos llenos de triunfo.

—Llevarla a su jaula dorada, junto a los dos humanos que capturamos, y aseguraos de que esté atada —instruye al vampiro más joven.

—Pero el demonio... —comienza.

—Deja que se divierta. Eso no perturbará nuestros planes para su sangre. Necesitamos permitirle sus juguetes, que sus necesidades sean satisfechas para mantenerlo de nuestro lado...

Lord Thorne se inclina y susurra en mi oído.

—A los humanos parece gustarles lo que los demonios les hacen, querida, eventualmente... Descansa ahora, pequeña Guardiana —susurra—. Tu sangre inaugurará una nueva era. Una donde el Alto Consejo gobierne no solo desde las sombras, sino con el poder mismo de la creación. Seremos capaces de gobernar el mundo con el poder de los Devoradores bajo nuestro control. Las naciones se inclinarán ante nosotros.

La oscuridad me reclama, pero no antes de que dos pensamientos se formen con perfecta claridad:

¿Quién es este demonio? Y ellos no tienen ni idea de lo que están a punto de desatar.

Capítulo Veinticinco

La Serie - Vampiro en la Mansión Blackthorn

Hay cuatro libros en esta serie, y deben leerse en este orden:

La Maldición del Vampiro en la Mansión Blackthorn
Sangre y Traición en la Mansión Blackthorn
Los Secretos del Vampiro en la Mansión Blackthorn
El Vampiro y el Destino de las Brujas en la Mansión Blackthorn

En la serie *Vampiro en la Mansión Blackthorn*, Charlotte Blackwood Marlow, una intrépida abogada criminalista acostumbrada a enfrentarse a criminales peligrosos y a la mafia, se ve arrojada a un tipo de peligro completamente nuevo. Cuando inesperadamente hereda la misteriosa Mansión Blackthorn en Salem, Massachusetts, pronto descubre que no es una propiedad común. La mansión está habitada por dos enigmáticos fantasmas, es el hogar de un vampiro peligrosamente seductor, y oculta una antigua oscuridad maligna bajo sus cimientos—una que poderosas fuerzas harán cualquier cosa por desatar.

Si te encantaron Dark Shadows, Crepúsculo y El descubrimiento de las brujas, disfrutarás de esta serie.

Sobre la autora

Hola, soy Jade Christy, la mente maestra detrás de historias de Romantasy con vampiros y mujeres fuertes que hacen que tu corazón se acelere y que tus dedos de los pies hormigueen de placer. En definitiva, creo firmemente en eso de que "el amor hace girar el mundo". (También escribo romance contemporáneo).

Cuando no estoy perdida en el mundo de las palabras y la sociedad paranormal, normalmente me encontrarás rodeada de mis amigos peludos, mis fieles compañeros caninos que parecen entenderme a la perfección. Sí, soy una auténtica amante de los perros. Ah, y también tengo un grave caso de wanderlust, especialmente cuando mi marido me acompaña en la aventura, desempeñando el papel de mi héroe de la vida real.

¿Lista para escapar a un mundo de fantasía y romance? No te arrepentirás.

Gracias por leer este libro. ¡AGRADECERÍA UNA RESEÑA!

Quizás quieras más:

TODOS MIS LIBROS SE PUEDEN ENCONTRAR EN AMAZON AQUÍ (TANTO EBOOKS COMO EDICIONES EN PAPEL)

ÚNETE A MI LISTA PARANORMAL
ÚNETE A MI LISTA DE ROMANCE CONTEMPORÁNEO (nicho de Millonarios)

Puedes saber más en http://jadechristy.com